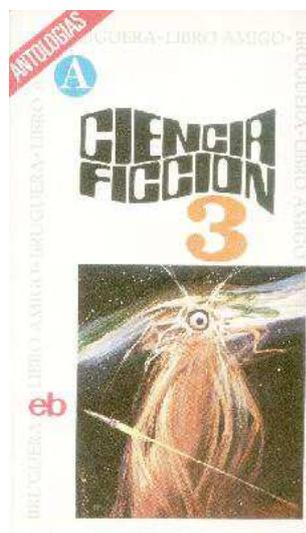


Antología CF Bruguera 03

Comentario [LT1]:



Título Original: The best of F & SF

ÍNDICE

Fantasia y especulación, por Carlo Frabetti

La doncella de Orleáns (*L'Arc de Jeanne* ©1966) Robert F. Young.

Y enseñar locamente (*And Madly Teach* ©1966) Lloyd Biggle, Jr.

El planetoide inepto (*Planetoid Idiot* ©1967) Phyllis Gottlieb.

Un mensaje de caridad (*A Message from Charity* ©1967) William E. Lee.

La extinción (*End of Line* ©1971) Chad Oliver.

PRESENTACIÓN - FANTASÍA Y ESPECULACIÓN

Resulta a menudo difícil determinar si un relato es de SF o, sencillamente, fantástico. Entre la fantasía —en el sentido tradicional del término— y la SF propiamente dicha, hay toda una gama de posibilidades intermedias que hacen borrosas las fronteras y discutibles los criterios de clasificación.

Sin ánimo de establecer reglas o esquemas rigurosos, sino con la única intención de aclarar conceptos, quisiera señalar las características más específicas de la SF, las que más contribuyen a conferirle una fisonomía propia, que la distingue de otras literaturas fantásticas.

En contra de lo que muchos creen, lo que caracteriza a la SF es, más que una temática (científica) o una ambientación (futurista), una estructura, un método.

En primer lugar, la SF conserva la lógica formal. El relato de SF se basa en unas premisas imaginarias, pero una vez establecidas éstas se intenta desarrollar sus consecuencias de una forma lógica y coherente. Por otra parte, las premisas imaginarias no se establecen arbitrariamente, sino que se da (o al menos se insinúa) una explicación científicamente verosímil de los elementos fantásticos utilizados en la narración.

La SF es básicamente especulativa.

No es necesario que un relato trate de seres extraterrestres o naves interplanetarias para que sea de SF. No es necesario, ni tampoco suficiente. Hay una infinidad de cuentos y novelas que se expenden con la etiqueta «ciencia ficción», pero que sólo utilizan los elementos espaciales o futuristas como simple mise en scène, como «coreografía» efectista de una trama convencional y a menudo pueril. A este tipo de productos se les debería llamar cosmowesterns o algo similar, pero no ciencia ficción.

En Y Enseñar Locamente, por ejemplo, los elementos fantásticos casi no existen: la historia que nos relata es perfectamente verosímil dentro de las coordenadas científicas y sociológicas actuales; sin embargo, su estructura (desarrollo lógico de las consecuencias de unas premisas obtenidas por extrapolación de unos hechos reales) es específicamente propia de la SF. Paradójicamente, este relato, que es el menos fantástico de los incluidos en la presente selección, tal vez sea el más genuinamente fantacientífico.

En la ciencia ficción, la ciencia pone no sólo el tema, sino, principalmente, el método.

¿Y la ficción? ¿Cuál es el papel de la fantasía?

Este aspecto es mucho más difícil de esquematizar, y su exposición exigiría, más que un prólogo, todo un ensayo.

Pero si quiere ir conociendo la respuesta..., lea con atención los relatos contenidos en este volumen.

Carlo Frabetti

LA DONCELLA DE ORLEÁNS

Robert F. Young

La SF «juvenil», escrita pensando principalmente (aunque no sólo en ellos) en los lectores adolescentes, no ha tenido apenas difusión entre nosotros, mientras que en Estados Unidos constituye una de las vertientes más prolíficas del género. Este tipo de SF, huelga decirlo, suele caracterizarse por su tono aventuroso y apasionado, que a veces roza lo épico, y por una dosis más o menos fuerte de ingenuidad. Como es fácil suponer, un elevado porcentaje de esta producción cae en la trivialidad, cuando no en la insulsez.

L'Arc de Jeanne constituye una valiosa excepción. Relato de corte claramente juvenil, ha merecido ser publicado en la más adulta de las revistas de SF, y, aunque al lector maduro no le pasará inadvertida la ingenuidad de algunos elementos de la narración, no por ello dejará de disfrutarla ni de reconocer la validez de su planteamiento. Pues el mayor interés de L'Arc de Jeanne estriba en que se trata de uno de esos escasos relatos que señalan el difícil camino de una auténtica literatura popular.

La 97.^a Unidad de infantería del Decimosexto Regimiento había conseguido desembarcar en la orilla norte del Fleuve d'Abondance, y desplegó sus efectivos por el pie de la ladera aluvial, que daba acceso al Plateau Provençal. En cuanto esa unidad lograra hacerse fuerte en una posición de la meseta, quedaría asegurada la caída de Fleur du Sud, ciudad clave en el hemisferio meridional del planeta Ciel Bleu.

El comandante de la 97.^a unidad, lleno de satisfacción ante el éxito obtenido por sus hombres como parte integrante del plan de desembarco, transmitió por radio su posición a la *GGG Ambassadors*, astronave almirante que estaba situada en órbita, y desde donde O'Riordan *el Restaurador*, dirigía la primera fase de la décima y última campaña, en la llamada Segunda Guerra Civil. O'Riordan se sintió complacido por la noticia y ordenó que se procediera inmediatamente a tomar la ciudad. Pronto, se dijo, Ciel Bleu quedaría tan indefenso como los otros nueve planetas secesionistas. Con ello iba a dar un paso más hacia la supremacía política en la que tenía puestas sus miras desde que en la Tierra, seis años antes, destruyera el poder religioso-político de la Iglesia Psicofenomenalista, e instauró el Gobierno Galáctico.

Con las armas de asalto preparadas, la 97.^a Unidad inició el ascenso por la ladera. Los pequeños cascos azules, que parecían boinas desde lejos, iban terciados airoosamente. Los uniformes de campaña, de color escarlata, adquirían el tono de la sangre bajo los rayos del sol matinal. Era primavera, y del sur soplaba una fresca brisa. Resultaba inconcebible que Fleur du Sud pudiera reunir las fuerzas suficientes para rechazar la ofensiva.

Sin embargo, cuando la 97.^a Unidad coronaba la pendiente, se halló ante un ejército de defensores. Pero se trataba de un ejército de desarrapados, en realidad, ya que aun, a pesar de la distancia, podía observarse que estaba formado principalmente por viejos, mujeres y niños. A primeras horas de aquella madrugada, el contingente principal del Regimiento 16.º había desembarcado muy al norte, sorprendiendo y aniquilando a las tropas situadas en las proximidades de Fleur du Sud. El triunfo parecía estar asegurado.

La unidad invasora se disponía a lanzarse al ataque, cuando de entre las filas heterogéneas de los defensores surgió un jinete que montaba un magnífico palafrén negro, y que avanzó con decisión por la planicie. El jinete era una muchacha, una joven que se cubría con una reluciente armadura, y que empuñaba con la mano izquierda un arco, y con la diestra una flecha, ambos extrañamente fulgurantes. Llevaba la cabeza descubierta, y su

largo cabello castaño claro ondeaba a impulsos del viento. Sus facciones no se distinguían a aquella distancia, pero su pálido rostro parecía una flor.

Los soldados de la 97 se detuvieron. Eran veteranos de nueve guerras interplanetarias, y, a pesar de ello, un murmullo de temor se difundió por sus filas, como el susurro de las hojas en el bosque.

Unos doscientos metros antes de iniciarse la pendiente, el corcel negro se detuvo. La doncella colocó la flecha en el reluciente arco, y lo tensó. En medio de un silencio de muerte, vibró la cuerda y la flecha se remontó a lo alto, hacia el azul incomparable del cielo. Pero no volvió a caer a tierra; en lugar de ello quedó cerniéndose sobre la unidad atacante, y al momento se convirtió en un rayo de vívido resplandor azulino. Retumbó el trueno y la bóveda celeste se ennegreció sobre la ladera. Comenzó a llover.

Pero el resto del cielo seguía límpido, de un sereno azul, y los rayos del sol se derramaban por la planicie como granos dorados.

Arreció la lluvia, que comenzó a caer densa, torrencial, hasta convertirse en una verdadera muralla de agua. Los oficiales de la 97.^a Unidad ordenaron a gritos a sus hombres que avanzasen, pero éstos se hallaban detenidos por la sorpresa y también por el cieno, que les llegaba ya a los tobillos. El borde de la meseta cedió, y todo el terreno de la ladera comenzó a deslizarse hacia abajo.

Desesperadamente, los soldados trataron de ponerse a salvo, pero estaban en medio de un río de lodo, implacable y vengativo, y corrían peligro de ir a caer a otra corriente aún más furibunda: las aguas revueltas del Fleuve d'Abondance. Parecía que tanto oficiales como soldados iban a correr el mismo sino ignominioso, pero el río no era en realidad más que una furiosa torrentera, y al fin consiguieron ponerse a buen recaudo en la orilla opuesta.

Se reunieron junto a la orilla, como ratas mojadas, y procedieron a contar sus efectivos y provisiones. El comandante transmitió por radio la noticia del desastre a la *Ambassadress*, explicó la causa de la derrota y luego se retiró con sus hombres a una serranía cercana, donde, después de ordenarles que se desplegaran, se puso a fumar un cigarrillo húmedo mientras aguardaba instrucciones del Restaurador.

O'Riordan no desconocía la historia. Se dio cuenta de la analogía, y ante aquella imprevista contienda meteorológica se sintió preocupado. Sabía muy bien hasta qué punto una moderna Doncella de Orleans podía influir en las gentes relativamente primitivas de Ciel Bleu, y sería capaz, aun sin armas que dominasen los elementos, de galvanizar el espíritu de aquellos campesinos. El Restaurador se dijo que tendría que someterlos por la fuerza, mediante bombardeos, si era necesario; pero con ello podía dañar una propiedad que ya consideraba suya. Por fin, ordenó que no sólo se retirase la 97.^a Unidad, y volviera a la astronave, sino que hiciera lo propio todo el Regimiento 16.^o Luego resolvió entregar el mando de la campaña, al menos temporalmente, a Smith-Kolgoz, jefe del Servicio Secreto.

En menos de una semana, el nuevo comandante le entregó un informe completo y elaboró un nuevo plan.

Raymond D'Arcy, descifrador de segunda clase del *GGS Watchdog*, nunca había tomado parte en una junta de guerra, hasta aquel día, y jamás había estado tampoco en la astronave *Ambassadress*. Se sentía intimidado y algo temeroso.

La *Ambassadress* era una verdadera ciudad que flotaba en el cielo. En el grandioso navío, aparte de la dotación, habitaba el propio O'Riordan junto con sus consejeros, colaboradores, guardias personales, ministros de guerra y jefes de Estado Mayor, sin olvidar su policía secreta, su cuerpo de Control Civil, de Reorganización, de Inteligencia,

sus médicos, sus cocineros personales, sus queridas, sus ayudas de cámaras, sus manicuristas y sus barberos.

Tanto por su forma como por su color, el navío almirante parecía una monstruosa naranja. Sin embargo, aquella tonalidad anaranjada no era la verdadera, sino el resultado de reflejarse la luz de las estrellas sobre la aleación especial de la que estaba hecho el casco. En conjunto, la espacionave se componía de siete cubiertas, de las cuales la central, que era la más amplia, servía de alojamiento a los departamentos ejecutivo, administrativo y judicial, con su correspondiente personal. Dichos sectores rodeaban una amplia zona llamada El Parque, donde crecían árboles y césped de verdad, y en cuyo centro había una plaza de pavimento asfaltado.

Las cubiertas se comunicaban mediante rampas y ascensores, y cada planta estaba dotada de pasillos transportadores muy rápidos. Además, los siete pisos poseían sectores de escape, para casos de emergencia, con embarcaciones salvavidas. El número de éstos era proporcional a las dimensiones e importancia de cada una de las plantas. La fuerza de gravedad se mantenía artificialmente, en todo momento, por medio de bobinas de inducción alojadas en el piso de las cubiertas. Las máquinas propulsoras del navío se hallaban en la cubierta número uno, donde nadie podía entrar, excepto el personal de mantenimiento de la *Ambassadress*.

La sala de la Junta de Guerra formaba parte de la unidad ejecutiva y daba al Parque. D'Arcy se hallaba de pie ante uno de los ventanales, contemplando con deleite los árboles, la hierba y los estanques artificiales, que doraban los rayos de un sol artificial. Crecían las flores en los parterres hidropónicos, entre cuyas plantas se ocultaban altavoces que emitían nostálgicos y melódicos trinos de pájaros, grabados en cintas magnetofónicas. Trató D'Arcy de identificar los distintos cantos y llamadas de las aves, pero unas voces a sus espaldas se lo impidieron. Por fin se dio cuenta que alguien estaba dirigiéndose a él.

—Por aquí, D'Arcy —le decían—. O'Riordan bajará en seguida.

Se acercó el aludido a la gran mesa de la Junta, y se instaló en el asiento que le indicaba el coordinador. Ante él había un vaso de agua, y tomó unos sorbos, pues tenía seca la garganta. Se sintió incómodo al observar los rostros de las personas con aire importante que estaban al otro lado de la mesa. Le pareció que aun del lado donde él se sentaba, su aspecto desentonaba con el de los demás. Se oyó el ruido de una puerta al abrirse y cerrarse, y siguió un profundo silencio.

—¡De pie! —ordenó el coordinador de la Junta, y todos le obedecieron.

D'Arcy había visto a O'Riordan en los telediarios, pero nunca en persona. Era un hombre bajo, de aire dinámico, rostro achatado y vivaces ojos castaños. No aparentaba los sesenta años largos que tenía. De complexión sanguínea, apenas se le veía una arruga en el semblante, exceptuando las muy acentuadas que se le formaban en las comisuras de los ojos. El pelo era de un rubio pajizo, ligeramente entrecano. A pesar de su espléndido uniforme azul con las insignias doradas de comandante supremo, tenía el aspecto de lo que fuera en sus comienzos, un pobre labriego que, gracias a su decisión y astucia campesina se había convertido en un príncipe de la política.

Rodeado por los fornidos miembros de su guardia personal, entró en la sala y tomó asiento a la cabecera de la mesa de la Junta.

—¡Tomen asiento! —exclamó el coordinador, y de nuevo fue puntualmente obedecido.

O'Riordan encendió un cigarrillo, y tras lanzar unas bocanadas echó un vistazo a las dos filas de rostros. Parpadeó algo desconcertado cuando observó el semblante de D'Arcy, pero sus ojos se iluminaron de nuevo al ver las facciones aguileñas del jefe del Servicio Secreto.

—Muy bien, Smith-Kolgoz —declaró—; oigamos lo que ha conseguido averiguar.

El aludido se puso en pie y contestó:

—Creo que será mejor, Excelencia, que escuchemos el informe directamente del hombre que lo ha preparado, Leopold Mac Grawski, el jefe de las Operaciones de Campaña.

Se puso en pie un hombre robusto con atuendo civil, mientras que Smith-Kolgoz volvía a sentarse. Se inició así de hecho, la Junta de Guerra.

—Seguimos el rastro de la muchacha, Excelencia —dijo Mac Grawski—. Para ese objeto destiné a tres agentes experimentados, que se encargaron del caso. Descubrimos que el nombre de la chica es Juana María Valcouris, y que vive sola en una cueva de el Bois Féérique. Este es un bosque extenso que rodea una bucólica población llamada Baudelaire, situada en el Plateau Provençal, unos cincuenta kilómetros al norte de Fleur du Sud. Los habitantes de la zona conocen a la joven como *La Pucelle du Bois Féérique*, y de no haber sido por la decisión de Vuestra Excelencia de suspender por el momento las hostilidades, impidiendo así que apareciese en otros campos de batalla, su apodo se habría difundido por todo el planeta, arraigándose en la mente de sus compatriotas, que la hubieran erigido en heroína del movimiento nacional psicofenomenalista. Según parece, el celo religioso-patriótico sigue vivo en esas gentes, y ella podría contribuir a atizarlo.

»Como ocurre con la mayor parte de las poblaciones de Ciel Bleu, Baudelaire es un pueblo atrasado y campesino, firmemente apegado al espíritu contrario al progreso que los colonizadores franceses trajeron al planeta hace tres siglos. La madre de Juana María Valcouris murió al nacer la pequeña, y su padre falleció nueve años más tarde. Entonces llevaron a Juana a un orfanato de los alrededores del pueblo. Hasta los doce años se comportó de un modo normal, pero luego, inexplicablemente, se escapó, escondiéndose en el Bois Féérique. Los encargados del orfanato dieron con ella al fin. Estaba viviendo en una cueva natural y parecía gozar de excelente salud, pero cuando intentaron llevarla de vuelta al asilo, la niña hizo algo que les causó un pavor tremendo. Huyeron del bosque y no volvieron a molestarla. No hemos podido precisar exactamente lo que hizo Juana en aquella ocasión, pero ya antes de la batalla de Fleur du Sud los habitantes de Baudelaire la consideraban como una especie de bruja diabólica. Sin embargo, desde el día del enfrentamiento han cambiado de parecer y ahora la tienen por una hechicera benéfica, aunque siguen sin decidirse a entrar en el Bois Féérique.

»Según parece, la actitud de esas gentes está en gran parte justificada. Algunos aseguran haberla oído hablar con los árboles y las flores, y los pocos osados que se atrevieron a preguntarle, afirman que les contestó que no hablaba con plantas ni árboles, sino que respondía a «voces de su cabeza». Además...

—¿Voces? —le interrumpió O’Riordan.

—Sí, Excelencia. Es evidente que la muchacha padece alucinaciones del tipo que suelen presentarse cuando existe una desnutrición intensa. Sabemos que fue educada en la doctrina psicofenomenalista y creo que se trata de una fanática que ayuna a veces varias semanas seguidas. En tales circunstancias, lo extraño habría sido que no hubiese oído aquellas voces, ni tenido visiones.

—Pero, ¿y el arco? —preguntó O’Riordan—. ¿Dónde lo obtuvo?

—Lamento decir que no hemos podido averiguar eso, Excelencia —repuso Mac Grawski—. Lo lleva consigo a todas partes adonde va, y también cuelga de su hombro un carcaj con abundantes flechas. Deduciendo que es un arma capaz de provocar lluvia a partir de una nube aislada tiene que ser un objeto temible, ordené a los agentes que no se mostrasen abiertamente ante ella, más que en caso absolutamente necesario, y que en ningún momento la provocaran. Tal vez si hubieran entrado cuando ella no estaba en la cueva, podrían haber averiguado algo más, pero...

—¿Por qué no entraron, entonces? —preguntó O’Riordan—. ¿Qué les detuvo?

Smith-Kolgoz se puso rápidamente en pie e intervino diciendo:

—Yo les ordené que no lo hicieran, Excelencia. Cuando la hubieron localizado, tracé un plan, para apresarla, que hubiera entrañado un mínimo de riesgos. No quise que obraran precipitadamente. Por otra parte, comprendí que para llevar a cabo con éxito el proyecto era necesario saber todo lo posible acerca de la personalidad de la muchacha, de modo que ordené a los agentes que interrogasen a los aldeanos que la habían conocido antes que huyera del orfanato, a fin de conocer sus gustos, sus costumbres y su actitud respecto a la vida. Desea usted que la hagamos prisionera, ¿no es cierto?

—Desde luego —contestó O’Riordan.

—Bien. Entonces, Excelencia, le diré lo que he hecho hasta ahora. En primer lugar, he sometido a la computadora de la *Ambassadors* todos los datos relativos a la muchacha obtenidos por los agentes, y la siguiente orden: «Describase física, emocional e intelectualmente el tipo de varón que puede influir más a fondo sobre esa hembra». Luego he comparado la descripción del cerebro electrónico con la ficha personal de todos los hombres de la flota. Ha sido una tarea laboriosa. Excelencia, puedo asegurárselo, pero valió la pena. Como es lógico, no he podido hallar el hombre que se ajusta exactamente a los datos específicos, pero sí pude conseguir uno, que tal vez, es el único apto para triunfar en la empresa. A mi juicio, tiene excelentes posibilidades de inspirar afecto a la muchacha, luego amor, y por lo tanto confianza, también. Cuando haya conseguido esto, será para él un juego de niños apoderarse de su arco, e incluso conseguir que ella lo acompañe voluntariamente hasta la *Ambassadors*. Y si no logra que lo haga de buen grado, entonces podrá recurrir a la fuerza.

Smith-Kolgoz hizo una pausa, y D’Arcy lo comparó para sí mismo con un perrito que hubiera recuperado la pelota lanzada por su dueño, y esperase unas palmadas afectuosas en la cabeza, por su hazaña. Pero O’Riordan no pareció haberse dejado impresionar.

—¿Y quién es ese irresistible componente del sexo masculino? —preguntó fríamente, observando a D’Arcy con abierto desdén.

—D’Arcy, levántese —mandó Smith-Kolgoz.

El aludido obedeció visiblemente intimidado.

—Raymond D’Arcy, descifrador de segunda clase del *GGS Watchdog*, Excelencia —manifestó Smith-Kolgoz, y prosiguió diciendo—: No sólo posee las principales cualidades requeridas, sino que es descendiente de los primeros inmigrantes de Ciel Bleu, y su dominio de la lengua local es excelente. Si le proporcionamos una historia convincente, le damos las instrucciones necesarias para que encuentre la cueva, y le dejamos por la noche en el Bois Féérique, tengo la completa seguridad que al cabo de dos semanas podrá poner a Juana María Valcouris, su arco y sus flechas, en nuestras manos.

O’Riordan movió negativamente la cabeza y dijo:

—Eso no, Smith-Kolgoz. La muchacha sí, pero el arco y las flechas no. No queremos las armas porque todo este enredo puede haber sido ideado justamente con el fin que introduzcamos ese arco y esas flechas a bordo de la *Ambassadors*, y esos objetos quizá posean una fuerza que una vez puesta en marcha nos reduzca a un estado de parálisis, o nos convierta en un hatajo de títeres sin voluntad. Seguramente habrá oído hablar del caballo de Troya, Smith-Kolgoz, y no necesito recordarle que, aunque la *Ambassadors* no es Troya, su «caída» significaría el fin del Gobierno Galáctico, ya que la astronave es justamente, a todos los efectos, el mismo Gobierno Galáctico.

El rostro aquilino de Smith-Kolgoz enrojeció de pronto, y dijo débilmente:

—No..., no se me había ocurrido esa analogía, Excelencia. Pero, entonces, ¿qué podemos hacer con el arco y las flechas, señor?

—Enterrarlos donde nadie los encuentre. Una vez que Ciel Bleu se haya rendido, haré que los desentierren y los sometan a un análisis.

Mientras se debatía todo esto, O'Riordan no había apartado la mirada del semblante de D'Arcy. Al fin añadió:

—¿No le parece, Smith-Kolgoz, que va a enviar usted a un muchacho a cumplir la misión de un hombre?

Smith-Kolgoz sonrió con aire deferente y repuso:

—Debo confesar, Excelencia, que al principio eso me hizo concebir algunos reparos. Pero luego me di cuenta que al fin y al cabo no se trataba de la misión de un hombre, sino de un muchacho; que en esencia era una nueva variante de la antiquísima historia amorosa: el joven conoce a la chica, la enamora y se la lleva.

D'Arcy era un «cinturón negro» de judo. Podía alzar sobre la cabeza dos veces su propio peso en las pesas. Era capaz de hacer diez flexiones seguidas en el suelo, sobre un solo brazo. Había sido condecorado tres veces con la Espiral de Aspas por su valor en horas de servicio y fuera de él. El canto de sus manos era tan duro como el de un madero, y podía dar un golpe de kárate con la fuerza de un mazo de ocho kilos. Sintió que se le enrojecía el rostro, pero continuó en silencio.

Por último, O'Riordan le dijo:

—¿Crees que serás capaz de traerla, chico?

D'Arcy asintió con la cabeza, pues no confiaba en sus palabras, si llegaba a hablar.

O'Riordan miró entre las dos filas de rostros, al tiempo que manifestaba:

—Por mi parte, creo que debe ponerse en práctica el plan. ¿Están todos de acuerdo?

Las cabezas se movieron afirmativamente, con cómica unanimidad, y se oyó un coro de palabras aduladoras.

—¡Basta, señores! —les interrumpió el Restaurador, al tiempo que se levantaba de su asiento.

—¡De pie! —ordenó el coordinador, y le obedecieron inmediatamente.

—Quiero que el muchacho esté en los bosques antes del próximo amanecer —declaró O'Riordan a Smith-Kolgoz, y dirigiéndose luego a D'Arcy agregó—: Te doy diez días; si para entonces no has hablado por radio pidiendo que vayan a buscarte, iré allá abajo y terminaré el asunto yo mismo.

Se volvió de espaldas a la mesa de la Junta, y murmuró:

—Escucharemos esas voces que dice oír. Si quiere ser una nueva Juana de Arco, peor para ella; que sea Juana de Arco.

Y salió de la estancia pisando con fuerza.

Cuando oyó aquellas voces por vez primera, Juana María Valcouris tenía doce años.

Eran dos las voces, y al cabo de un tiempo se dieron a conocer. La más suave pertenecía a Santa Raquel de Feu; la autoritaria era de José Eleemosynary *el Limosnero*. Este último fue el fundador de la Iglesia Psicofenomenalista, y había muerto ciento veinte años antes. Raquel de Feu era la primera santa de aquella Iglesia, y su fallecimiento ocurrió hacía setenta y seis años.

Al principio Juana sólo escuchaba las voces, pero más tarde éstas adquirieron un rostro. Como la muchacha nunca había visto una fotografía de Raquel ni del Limosnero, no es de sorprender que ninguno de los dos rostros tuviera el menor parecido con el original. Según los «veía» Juana, la cara de Raquel era redonda, de expresión dulce, con mansos ojos azules y labios que gozaban al sonreír. El semblante de José era juvenil, hermoso y vivaz, con gesto un tanto infantil. Su tez era morena, pero a causa de los rayos del sol. A veces la muchacha no podía precisar qué rostro le gustaba más.

Cuando se conocieron mejor, José le dijo: «Ve al Bois Féérique, y Raquel de Feu y yo buscaremos una cueva para que vivas en ella. Te ayudaremos a instalar un pequeño hogar y te enseñaremos muchas cosas maravillosas».

Juana no vaciló un momento. No le gustaba el orfanato; nunca le había gustado. Echaba mucho de menos a su padre; pensaba constantemente en él y no podía concentrarse en las lecciones. Por lo tanto, se dirigió a los bosques, y José y Raquel encontraron una cueva para ella. Luego le mostraron cómo podía convertirla en una morada, y lo hicieron «pensando» a través de las manos de la joven. Lo llamaban un proceso «psicotelúrico», pero ella se refería a él como «hacer pensando». Era una facultad que, según explicó Raquel, habían desarrollado los dos poco antes que O’Riordan hubiese dominado a la Iglesia Psicofenomenalista, realizando una matanza de fieles con los fusiles de radiaciones. Cuando O’Riordan se enteró de aquello, se burló abiertamente, asegurando que no creía que alguien pudiera crear objetos reales mediante el poder de la mente. De todas formas, añadió Raquel, Juana debía procurar no decir a nadie que ella tenía ese poder.

Después de haberle enseñado el modo de «hacer pensando» una cueva hogar, le dijeron cómo podía «hacer pensando» los enseres que debía haber en ella, como sillas, mesas, alacenas, alfombras, lámparas, un televisor, un escritorio, un fogón automático para la cocina, una estufa para el cuarto de estar, y una lavadora. Y, lo más importante de todo, le revelaron la forma de «hacer pensando» los alimentos.

¡Aquella fue la experiencia más maravillosa de su vida! Era como si sus dedos estuvieran dotados de pequeñas mentes propias, como si sus manos fuesen fábricas capaces de producir de todo lo imaginable. Raquel de Feu aseguró que eso lo conseguía Juana María mediante la energía que ellos dos le proporcionaban. Raquel añadió que la energía psíquica extraía los elementos necesarios de la tierra y del aire, los combinaba debidamente y los transformaba en lo que Juana deseaba.

Cuando los empleados del orfanato llegaron al Bois Féérique y trataron de hacer que la muchacha se volviera con ellos, Raquel y José la ayudaron a crear nubes de humo de las formas más horrendas que pueda concebirse, e hicieron que de los dedos y oídos de Juana salieran chorros de llamas y de chispas. Los empleados se asustaron tanto que la muchacha nunca había visto a nadie correr tan velozmente. Después de eso no volvieron a molestarla en la cueva, pero empezaron a llamarla bruja. A la chica no le importaba eso. Si realmente era una bruja, estaba contenta de serlo; se divertía enormemente.

Cuando tuvo quince años, Raquel y José empezaron a adiestrarla en la construcción de un arco y unas flechas. El arco resultó ser el objeto más hermoso que pueda uno soñar. Era como una vara hecha de un rayo de sol, que alguien hubiera curvado sujetándolo luego con una cuerda formada por el rocío de la mañana. Las flechas no eran menos bellas e impresionantes. De tonalidad argéntea, había que mirar con mucha atención para poder verlas. José le dijo que debía llevar con ella el arco y las flechas a dondequiera que fuese. Juana hizo un pequeño carcaj tomando algo de luz, oscuridad, arena, polvo, tiempo, esperanzas, sueños, madera, metal y otra docena de elementos, y puso en él las flechas, colgándolo del hombro opuesto al del arco. Sólo se lo quitaba para dormir; entonces lo colocaba al lado del dorado arco, en la cabecera de la cama.

Al cumplir Juana dieciséis años, Raquel y José la pusieron a trabajar en un proyecto aún más grato: la fabricación de una muñeca. La muchacha se mostró encantada. Nunca había tenido una muñeca, y la deseaba más que nada en el mundo. Día tras día fue creciendo la muñeca; no con rapidez, sino muy lentamente, pues se trataba de una labor extraordinariamente complicada. Juana no había imaginado que fuese tan difícil hacer una muñeca, aun siendo tan grande como aquélla, ni que se requirieran tantas cosas para elaborarla. La lista de los elementos necesarios llegó a marearla. ¡Pero debía hacer aquella muñeca! Indudablemente, ninguna chica había tenido una muñeca que pudiera compararse remotamente con ésa. Su índole tan especial hizo que Raquel de Feu le aconsejase agrandar la cueva y disponer un lugar especial y secreto para la muñeca. Juana hizo algo mejor: construyó una pequeña alcoba con una cama, dos sillas, un tocador, una cómoda y

una alfombra. Cuando el proyecto quedó terminado la muchacha contaba dieciocho años, y casi —pero no del todo— podía decirse que ya no necesitaba muñecas.

El plan que siguió fue la creación de una armadura, y comparado con el asunto de la muñeca fue relativamente sencillo. El objeto de la armadura, según dijo José, era doble: protegerla de cualquier daño físico, y ejercer una influencia psicológica sobre el enemigo. Juana María hizo la aleación con polvo de estrellas, metal y un centenar más de elementos, y cuando hubo concluido el trabajo se probó la armadura. Ésta era reluciente como el sol y tan liviana como una nube.

Entonces, Raquel y José dijeron al unísono que se acercaba el momento. «Debes ir a Baudelaire —agregaron— llevando contigo los peines de oro que has hecho para peinarte; allí los cambiarás por el más hermoso caballo negro que puedas encontrar.» Así lo hizo la joven, y puso al corcel el nombre de «San Germán O'Shaughnessy», el segundo santo psicofenomenalista. Luego construyó un establo para el animal junto a la cueva, y todos los días, excepto cuando llovía, se marchaba a cabalgar un rato por el bosque.

Por fin, José Eleemosynary le dijo que había llegado el día. Juana, sabiendo lo que aquello significaba, se puso la brillante armadura, montó en «San Germán O'Shaughnessy» y cabalgó orgullosa por el Plateau Provençal, entrando luego en la ciudad de Fleur du Sud. Recorrió entonces las calles de la población gritando:

—¡Siganme y les conduciré a la victoria sobre las fuerzas de O'Riordan, que nos amenazan por el sur! ¡Vengan y ayúdenme a salvar la Iglesia Psicofenomenalista de los poderes malignos!

Y «San Germán O'Shaughnessy» caracoleaba y piafaba entre las aclamaciones de la multitud que llenaba las calles. Cuando la muchacha emprendió la marcha hacia el Fleuve d'Abondance, formaron una larga y heterogénea fila detrás de ella. Llegado el momento, Juana se adelantó por la llanura y lanzó su centelleante dardo al cielo, y la torrencial lluvia barrió al enemigo. Entonces la muchacha regresó a su cueva del Bois Féérique para aguardar la siguiente llamada.

Sabido es que los bosques son hermosos en primavera; pero ninguno podía serlo tanto como aquél. D'Arcy, vestido con el atuendo de los campesinos de Ciel Bleu, aún tiritaba bajo el fresco del amanecer, pero sentía un enorme gozo interior.

Abandonando el claro donde le había dejado el piloto del vehículo nave-tierra, poco antes que llegase el alba, inició la marcha entre las sombras. Los árboles parecían tener personalidad; algunos eran como padres, otros como madres, y otros como niños y niñas. Parecían familias que convivían felices, entrelazando las ramas como si fueran brazos, y rozándose con las hojas, semejantes a dedos. El rocío de la mañana, que ya empezaba a iluminar el sol, relucía como diamantes desperdigados por el suelo del bosque. Y en las ramas cantaban pájaros de verdad, en lugar de trinos de cintas magnetofónicas.

Siguió un camino en línea recta hasta llegar a un arroyo, y entonces se dirigió hacia la derecha, remontando la corriente por la orilla. El riachuelo venía de las colinas, y allí era, justo frente a la breve corriente de agua, donde habitaba Juana. Los tres agentes de la *Ambassadress* que habían efectuado la investigación, habían instruido debidamente a D'Arcy antes de su partida, y le habían explicado todo cuanto necesitaba saber.

Cuanto necesitaba saber acerca de la zona que tendría que recorrer, desde luego. Bueno, también le habían dicho algo respecto a Juana Valcouris, pero él sospechaba que muchas cosas concernientes a la muchacha no se las habían dicho por la sencilla razón que ellos las ignoraban.

Afirmaron que a ella le gustaba pasear, y también correr y jugar. Le complacía andar a caballo por el bosque. En el orfanato leía con avidez; sus calificaciones fueron algo superiores al promedio, y seguramente habrían sido mejores, de haberse interesado ella

realmente en los estudios. Sentía inclinación por los vestidos de vivos colores y por los peines y cepillos. Continuamente estaba cepillando y peinando su cabello. Tenía un profundo espíritu religioso, y durante su permanencia en el orfanato nunca olvidó sus oraciones de la mañana, del mediodía y de la noche.

D'Arcy no alcanzaba a comprender por qué razón todo eso podía hacer que la muchacha se sintiera inclinada hacia él en los aspectos físicos, emocional e intelectual; pero, ¿quién era él para entrar en discusiones con el cerebro electrónico de la *Ambassadress*?

En la mente del joven el asunto pasó a segundo plano, al no poder evitar las distracciones que aquellos contornos le ofrecían. Flores de intensos colores cubrían las orillas del riachuelo, señalando a veces el efímero paso de una brisa matinal y juguetona. El arroyo emitía un sedante rumor al deslizarse sobre las piedras blancas como el yeso, y de cuando en cuando, como dardos de plata, se veían los pececillos jugar en el agua. El follaje dejaba pasar los rayos del sol, que se reflejaban en el suelo igual que las monedas esparcidas del tesoro de un pirata.

Aún le quedaban varios kilómetros de marcha. Al cabo de un rato, escuchó un resonar de cascos en el suelo, que fue haciéndose cada vez más intenso. Cuando el arroyo atravesó un claro, el sol dio de lleno en el rostro de D'Arcy, el cual advirtió que en ese momento llegaba al otro extremo del calvero un caballo con su jinete.

El joven se detuvo, pero no intentó esconderse. El animal era un palafrén negro, y lo montaba una muchacha ataviada con una falda azul y blusa roja con franjas blancas. De su hombro derecho pendía un arco dorado, y del izquierdo colgaba el carcaj con las flechas. Iba descalza y con la cabeza al descubierto, y llevaba el cabello castaño claro sujeto con una cinta roja. Aquel rostro hizo pensar a D'Arcy en una flor que acabara de abrir sus pétalos al sol.

Avanzó ella en su caballo hasta el lugar donde estaba el joven, y dijo:

—*Bonjour, monsieur.*

—*Bonjour, mademoiselle* —contestó él, y agregó—: Usted debe de ser *La Pucelle du Bois Féérique*, ¿no es cierto?

Ella sonrió y unas lucecitas bailaron en sus ojos, que eran del mismo color castaño que su cabello; en la mejilla izquierda de la muchacha destacaba un hoyuelo. Juana comenzaba a perder la ingenua lozanía de la adolescencia para adquirir la plenitud de la mujer.

—Me llamo Juana Valcouris, y soy una bruja —aseguró ella, muy seriamente.

—Eso me han dicho —repuso D'Arcy.

—¿Y no tiene usted miedo?

—¿Por qué tendría yo que temer a una bruja buena? —dijo él, sonriendo—. Una hechicera malvada sí me asustaría, pues tal vez me convirtiese en una salamandra o un sapo, pero una bruja buena sólo podría transformarme en algo mejor de lo que soy, y eso no me da miedo.

Juana se echó a reír. Luego se quedó un momento en silencio, con gesto de atención, como si estuviera escuchando algo. Por fin dijo:

—A las voces les gusta usted. Y me alegro, porque a mí también me gusta.

—¿Las voces?

—Raquel de Feu y José Eleemosynary —contestó ella, deslizándose de la grupa del caballo negro y cayendo suavemente sobre sus pies descalzos—. Y éste es «San Germán O'Shaughnessy». Creo que hasta a él le ha causado buena impresión.

El mismo animal piafó mientras D'Arcy pasaba una mano sobre la negra crin del animal.

—Bueno, me alegra saber que cuento con tantos amigos por aquí —afirmó el joven.

Al recordar lo que Mac Grawski había dicho acerca del hecho que la desnutrición producía alucinaciones, D'Arcy observó atentamente el rostro de la chica. Lo mismo que

su cuerpo, era la viva representación de lo que es una mujer bien nutrida, y de haber hecho ayuno, al menos había pasado un mes desde entonces. Por lo tanto, era necesario buscar otra explicación para las voces que ella oía.

Mas no era eso lo que debía hacer allí D'Arcy, sino apoderarse de la muchacha.

—Yo me llamo Raymond D'Arcy, y me he perdido —declaró entonces el joven, procurando que sus últimas palabras sonaran tan sinceras como las primeras—. Pero daría lo mismo, aunque no me hubiese perdido, porque ahora no puedo ir a ninguna parte. Anoche, mientras aguardaba la diligencia aérea para Molière, me golpearon en la cabeza; al recuperar el conocimiento vi que estaba tendido en un claro del bosque, y que me habían robado lo que llevaba encima.

El embuste había sido sugerido por Smith-Kolgoz, quien aseguró que una chica campesina como Juana pondría menos en duda una mentira corriente que otra más original. Era evidente que tenía razón Smith-Kolgoz, pues la joven no preguntó nada ni trató de comprobar la historia examinando el chichón que previsoramente le había hecho el piloto que llevó a D'Arcy hasta allí. En cambio, parecía muy interesada en el rostro del joven, y no apartaba la vista de él. D'Arcy no podía saber que tenía una gran semejanza con José Eleemosynary, según la muchacha se lo imaginaba, y que en ese instante Raquel de Feu estaba diciendo a Juana: «Parece un buen muchacho, ¿por qué no le ayudas?»

No necesitó ella una segunda invitación, y declaró inmediatamente:

—Venga a casa, Raymond, le prepararé algo de comer. Está bastante cerca de aquí.

La joven emprendió la marcha llevando de las riendas al caballo. Con aire culpable, D'Arcy la siguió.

—Tengo una casa muy bonita —aseguró ella—. Algunos creen que es sólo una cueva, pero se sorprenderían si la vieses. Aunque lo cierto es que nunca invité a nadie a entrar.

D'Arcy aprovechó su proximidad a la chica y echó un vistazo al arco. Aparte de comprobar que estaba hecho de una aleación muy distinta a cuanto conocía, y que dejaba en su retina una imagen persistente y dolorosa, el joven no pudo averiguar nada en absoluto. Una ojeada a las flechas resultó igualmente infructuosa. Lo único que alcanzó a ver fue las muescas de los extremos y sus plumas plateadas.

Se sintió tentado de preguntar a la joven acerca de aquellas desusadas armas, pero resolvió dejar el asunto para más adelante.

Mientras tanto, el terreno que bordeaba el riachuelo había ido elevándose. Pronto aparecieron unas colinas cubiertas de bosquecillos, y éstos se hicieron cada vez más densos. Por fin, los dos jóvenes y el corcel llegaron frente a la cueva; D'Arcy nunca hubiera adivinado que estaba allí. Los matorrales disimulaban la caverna, y sólo cuando Juana los apartó, pudo verse la entrada. Separó ella otras matas y D'Arcy vio la cueva establo de «San Germán O'Shaughnessy». El suelo estaba cubierto de heno, y había un pesebre y un abrevadero para beber. La caballeriza estaba incluso bien iluminada, mediante una lámpara perpetua que esparcía un resplandor rosáceo.

La muchacha dejó que el caballo paciera frente al establo (era tan manso, explicó ella, que nunca tenía que atarlo, menos por las noches), y acompañó a D'Arcy hasta la cueva que servía de vivienda. El joven se quedó asombrado al entrar en la caverna. Constaba de cuatro estancias y un cuarto de baño, pues dedujo que la puerta que daba a la alcoba debía ser el referido cuarto. Todas las habitaciones estaban completamente amuebladas. Las paredes y los techos se hallaban recubiertos con madera natural de fina veta; los suelos eran de azulejos que cubrían gruesas alfombras. También allí las luces eran de tipo perpetuo, y cada uno de los aparatos domésticos poseía su correspondiente motor de funcionamiento indefinido. El agua corriente procedía de una de las tuberías subterráneas que daban al riachuelo.

Juana le hizo sentar a la mesa de la cocina, y sacó huevos y tocino ahumado de un pequeño refrigerador que más parecía un cofre de reducidas dimensiones. Mientras el tocino se freía en la sartén, la muchacha preparó café. Tomó ella una taza con D'Arcy, cuando éste hubo terminado de comer, y él le preguntó cómo una chica como ella había podido transformar una cueva en aquella casa digna de una princesa. Juana sonrió y repuso:

—No puedo decírselo; es un secreto.

Luego, ante el asombro del joven, agregó sin más preámbulos:

—¿Le gustaría vivir aquí, conmigo?

Trató él de no mirarla, para que no viera su azoramiento. Parecía imposible que la muchacha fuese tan ingenua, y le pareció vergonzoso engañarla como lo estaba haciendo. Por fin, replicó evasivamente:

—¿Qué piensan sus voces, de esa idea?

—La aprueban, desde luego. Podría usted dormir en el sofá; es bastante grande y estoy segura que se sentiría muy cómodo en él. También, claro está, tendría que hacerle unos pijamas; y pantalones, y camisas. ¿Quiere usted tomar otra taza de café?

—Sí, gracias —contestó D'Arcy, débilmente.

Vivir en el Bois Féérique con Juana Valcouris, descubrió al poco tiempo el joven, era un poco como volver a ser niño de nuevo, como vivir —vivir de verdad— en uno de esos mágicos mundos con que todos hemos soñado cuando teníamos nueve o diez años.

Mucho antes de la llegada de D'Arcy, Juana había ideado una serie de juegos con que distraerse ella sola, y ahora hizo las modificaciones necesarias para que pudieran intervenir dos jugadores, o tres, mejor dicho, ya que el bueno de «San Germán O'Shaughnessy» actuaba en la mayoría de las partidas. Además de los juegos realizaban excursiones a idílicos parajes del bosque y prolongadas caminatas hasta las colinas llenas de frondas, cuando en el alba se cubrían con las perlas del rocío matutino. Aquél era el mundo de Juana María, que era a la vez su paraíso.

Por las tardes, ya anochecido, se sentaban junto a las enredaderas y los arbustos que cubrían la entrada de la cueva y miraban las estrellas, comentando de cuando en cuando los diversos acontecimientos del día. Algunos de los astros que veían eran planetas, pues Ciel Bleu poseía once hermanos, y otros eran naves de la flota de O'Riordan. Las astronaves se distinguían fácilmente de los astros verdaderos, no sólo por su luz fija, sin titilaciones, sino, sobre todo, porque se movían perceptiblemente siguiendo una trayectoria ecuatorial. Semejaban un collar de claros brillantes unidos entre sí por un hilo invisible. La nave almirante era la gema más grande, y se diferenciaba de las demás, aparte de su tamaño, por la tonalidad anaranjada de su fulgor. A D'Arcy le recordaba a veces una luna, y en realidad era eso justamente, una luna artificial en cuyo interior vivía un hombre que trataba de conquistar el universo.

Juana no dejaba de mirar a la *Ambadress* desde el momento en que aparecía por el nordeste hasta que se ponía por el sudoeste. Pero cuando él le preguntó el motivo de aquel interés, la muchacha contestó que no era ella la interesada, sino José y Raquel.

—Ven y oyen a través de mí —explicó Juana María—; por lo tanto, cuando están interesados en algo, les dejo que miren y escuchen a su gusto.

El joven la miró a los ojos, buscando en ellos alguna señal de engaño, pero sólo vio el reflejo de unos astros minúsculos de fulgor no menos maravilloso que el de los que brillaban en el firmamento. D'Arcy se sintió apenado al pensar que él era la causa de aquel brillo en los ojos de la muchacha. Sí, Juana ya estaba enamorada de él. La computadora tenía razón. Y, sin embargo, paradójicamente, D'Arcy no sentía nada por la muchacha, si

no era un afecto de hermanos. Pensó que así era mejor, pues haría más fácil lo que debía llevar a cabo.

Como siempre, Juana llevaba con ella a todas partes su arco y sus flechas. Un día D'Arcy le preguntó por qué nunca se separaba de aquellos objetos, y, en cambio, jamás trató de abatir algunas de las piezas de caza que abundaban por la zona. Ella le respondió que José y Raquel le habían dicho que no dejara nunca su arco y las flechas, pues tenían propiedades mágicas y servían para protegerla.

D'Arcy tuvo un fugaz presentimiento.

—¿Acaso te ayudaron Raquel y José a construir esas armas? —preguntó.

—Sí —repuso ella, afirmando con la cabeza, pero visiblemente contrariada.

El joven no la creyó, pero se dijo que tal vez ella estuviese convencida de lo que decía.

—¿Y también te ayudaron a acondicionar la cueva, y a hacer los muebles?

Otra reacia afirmación con la cabeza.

—¿Qué sucedería, si yo tocara tu arco? —preguntó él, sonriendo—. ¿Acaso me convertiría en un saltamontes?

—Claro que no —dijo ella, y se echó a reír—. Pero si lanzase una flecha contra ti, nadie sabe lo que podría ocurrirte. Eso no quiere decir, en modo alguno, que piense hacerlo.

Cierta tarde, cuando paseaban por el bosque, se separaron un momento y luego D'Arcy no fue capaz de encontrar de nuevo a la muchacha. Pensando que tal vez ella hubiera regresado a la cueva, se dirigió hacia allí. Aunque se dio prisa, no la veía por ninguna parte. Cuando llegó a la caverna, D'Arcy estaba seguro que algo le había ocurrido a la chica.

Entró en la cueva y la llamó en voz alta. No hubo respuesta. ¿Estaría escondiéndose de él, tal vez? Con frecuencia solía hacerlo, pues era uno de sus juegos preferidos. Miró debajo del sofá; se dirigió a la cocina y echó un vistazo detrás del fogón; observó dentro de la despensa, y al fin se encaminó al dormitorio de ella y miró debajo de la cama. La joven no estaba allí.

Al incorporarse, se encontró frente a la puerta del guardarropa. D'Arcy hizo chasquear los dedos, al comprender que ella debía estar escondida entre los vestidos, faldas y blusas multicolores. Sonriendo, aferró el tirador con la intención de abrir repentinamente la puerta y sorprender a Juana. Pero el tirador no giró. Al mirarlo de cerca, vio que estaba provisto de un cierre especial, que impedía abrir la puerta.

Con el ceño fruncido, el joven abandonó la alcoba. Ninguna de las puertas que había en la cueva de Juana estaba provista de aquel cierre. ¿A qué se debería esa excepción? Quizá guardaba allí su armadura, y no quería que él la viera. Y ahora que recordaba, ella nunca mencionó el papel que desempeñara en la batalla de Fleur du Sud. Posiblemente no quedó satisfecha de lo que había hecho.

Todo aquello le parecía extraño; tendría que buscar en otra parte la respuesta. Entonces, al salir D'Arcy de la cueva, divisó a Juana en el momento en que surgía del bosque. Se sintió tan aliviado al verla, que se olvidó al momento del incidente del ropero.

Luego, cuando en otra ocasión D'Arcy caminaba entre la espesura, esta vez solo, se encontró con una cueva pequeña, aunque oscura y tenebrosa, dentro de la cual vio dos esqueletos humanos. Estaban ambos muy juntos, y uno de ellos, a juzgar por lo delicado de los huesos, debió de haber pertenecido a una mujer. Se veían también algunos restos de tela, y cerca del hombre encontró D'Arcy una chapita de latón. La recogió y pudo ver que estaba llena de verdín, pero raspando la superficie reconoció que era una placa de identidad psicofenomenalista. Según la chapita, el nombre de su antiguo propietario era Alexander Kane. Este nombre resultaba vagamente familiar para D'Arcy, pero no pudo recordar por qué razón.

También le llamó la atención por otro motivo. En Ciel Bleu, como en los demás planetas nacionalistas, los habitantes tenían nombres que iban estrictamente de acuerdo con la nacionalidad común de sus antepasados, y, evidentemente, el nombre «Alexander Kane» no era de origen francés.

Antes de abandonar el lugar, D'Arcy se guardó el disco en un bolsillo. Al llegar a la cueva, lo enseñó a la muchacha y le habló de los esqueletos que había encontrado.

—Ya los he visto —respondió ella—. Están allí desde hace mucho tiempo. Pero nunca he vuelto a acercarme a ese sitio.

—¿Acaso tienes miedo?

Movió ella negativamente la cabeza y dijo:

—No..., no es eso. Raquel y José me prohibieron expresamente que visitara esa parte del bosque, a menos que fuera del todo necesario.

D'Arcy se preguntó qué motivo habría, pero no llegó a formular la pregunta. En primer lugar, dudaba que Juana conociese la razón, y, por otra parte, se negaba a tomar en serio lo de las voces que oía la muchacha. Eso tal vez rezaba con Smith-Kolgoz, o incluso con O'Riordan.

Pero el problema no dejaba de plantearse, y seguía preocupándole. Sin cesar se preguntaba por qué las voces de la mente de Juana, suponiendo que existieran, le impedían acercarse a dos montones de huesos inofensivos.

Aquella noche, cuando dormía en el sofá, le despertó una voz. Era la voz de O'Riordan y procedía del transmisor en miniatura adaptado al reloj de pulsera del joven.

—Faltan dos días, D'Arcy —decía la voz—. He creído conveniente recordártelo.

D'Arcy quedó estupefacto, no sólo porque O'Riordan se había dignado hablarle por radio personalmente, sino también al comprobar que había perdido la noción del tiempo. Por una parte, le parecía que llevaba en el Bois Féérique unos pocos días, y por otra parte tenía la impresión de haber estado allí toda su vida.

—¿Me oyes, D'Arcy? —inquirió O'Riordan.

—Sí..., sí, señor.

—Bueno, me alegra oír tu voz —dijo el hombre de la astronave—. ¿Va todo de acuerdo con el plan previsto?

—Sí, señor.

—Bien; espero recibir noticias tuyas dentro de las próximas cuarenta y ocho horas. En caso contrario, volverás a saber de mí. Y no lo olvides, antes de marcharte debes enterrar el arco y las flechas. Muy hondo, donde no pueda encontrarlos nadie.

O'Riordan cortó la comunicación.

Con eso, se acabó el sueño para D'Arcy, aquella noche. Cuando amaneció, aún seguía batallando con su conciencia, pero al fin pudo dominarse. En cierto modo, haría a Juana un favor, al llevársela. Por bucólico que fuese, un bosque no era el lugar más apropiado para que viviera en él una muchacha. Cómoda o no, una cueva resultaba un hogar inadecuado. Los jueces del tribunal de O'Riordan no eran más que seis histriones vestidos con largas togas pardas que les daban aspecto de osos, y cuando O'Riordan les gritaba: «¡Bailen!», los osos bailaban servilmente. Pero según los reglamentos del Tratado de Deimos, Juana no podía ser juzgada como criminal de guerra. Aunque era indudable que O'Riordan la haría procesar por algo, la pena impuesta no sería dura. Y cuando Ciel Bleu hubiera sido conquistado —como sucedería al cabo de un mes—, entregaría a la muchacha a algún organismo adecuado del nuevo Gobierno, que procuraría educarla y rehabilitarla, terminando por buscarle un lugar apropiado en la nueva sociedad.

Esa misma tarde, D'Arcy llamó por radio a la *Ambadress*, dio las coordenadas de la cueva y se puso de acuerdo con la dotación para que le recogiesen dos horas antes que amaneciese en el Bois Féérique.

El joven y Juana pasaron el día caminando entre los árboles, cabalgando alternativamente en «San Germán O'Shaughnessy», y divirtiéndose con los juegos de costumbre. Había preparado ella un cestillo lleno de alimentos, y comieron en un claro del bosque situado a unos cuantos kilómetros de la cueva. Sintiendo curiosidad acerca de la forma en que ella obtenía los alimentos, D'Arcy se decidió al fin a preguntárselo directamente. Esperaba que ella sonriese y le dijera que se trataba de un secreto; y eso fue justamente lo que le contestó. De no haber sido por sus convicciones, el joven hubiera jurado que ella era capaz de realizar fenómenos psicotelúricos, pero estaba seguro, igual que O'Riordan, que esos fenómenos no eran más que un mito que los dirigentes de la Iglesia Psicofenomenalista habían inventado con el fin de intimidar a sus enemigos. E incluso de haber creído que era algo más que un mito, no habría juzgado a Juana capaz de poseer tal capacidad, puesto que en teoría se necesitaba tener el coeficiente intelectual de un genio, y en segundo lugar, poseer una mente «parasintética» de similar nivel de cociente, con objeto de poder realizar esos fenómenos.

Comenzaba a caer la noche cuando regresaron a la cueva. Después de dejar a «San Germán O'Shaughnessy» en su cuadra, tomaron asiento en la parte exterior de la cueva para contemplar las estrellas. La luna que era la astronave se elevó en el horizonte a la hora prevista. En la órbita siguiente, bajarían de ella hasta el bosque y se llevarían a Juana Valcouris.

El joven procuró no pensar en eso, pero notó que su voluntad no le respondía en aquel aspecto. Más tarde, antes de echarse a dormir, puso en hora el zumbador de su reloj para que le despertase dos horas después de la medianoche. Cuando se hubo despertado se vistió en silencio, a oscuras, y luego se encaminó al dormitorio donde Juana dormía profundamente, alumbrada por el tenue fulgor de la luz que había encima de su lecho. Sin hacer ruido tomó el arco y el carcaj de flechas de la cabecera de la cama. En ese momento la muchacha se movió y quedó de lado, de cara adonde él estaba. D'Arcy permaneció inmóvil, temiendo que ella pudiera abrir los ojos en cualquier momento. Pero los ojos de la chica siguieron cerrados, y sólo emitió un suspiro, indicando que aún continuaba profundamente dormida. Algo más tranquilo, D'Arcy salió en puntillas de la habitación, cruzó el cuarto de estar y salió al exterior.

El joven procedió a enterrar el arco y las flechas en el mismo hoyo donde yacían los dos esqueletos de la cueva, pues estaba seguro que nadie se acercaría por allí. Cuando regresaba a la cueva, la *Ambadress* volvía a elevarse sobre el horizonte. Se sentó D'Arcy en la entrada de la cueva, aguardando la llegada del navío auxiliar.

Por fin lo vio. Parecía una estrella fugaz salida del seno del astro anaranjado. Descendió raudamente hacia el Bois Féérique, dirigido por las coordenadas que diera el joven. Por último, la pequeña nave se posó en el prado lleno de flores que bordeaba el arroyo.

Se abrió la capota transparente y el piloto saltó al exterior. Cuando hubo visto a D'Arcy, se le acercó y le preguntó si necesitaba ayuda.

—No —dijo D'Arcy, que al momento se puso en pie y se dirigió a la cuadra de «San Germán O'Shaughnessy».

Una vez allí procedió a desatar al animal, y al tiempo que le daba unas palmadas en la grupa, murmuró:

—Adiós, viejo amigo. Juana y yo nos marchamos, y me temo que no volveremos.

Abandonando el establo, se encaminó a la cueva y al entrar en el dormitorio creyó oír una especie de sollozo contenido. Pero sin duda era su imaginación, pues Juana parecía

seguir profundamente dormida. La sacudió suavemente por un hombro, maravillándose de la suave frialdad de su piel.

—Despierta y vístete, Juana —le dijo, cuando la muchacha abrió los ojos.

—¿Ocurre algo malo, Raymond? —preguntó ella—. Pero..., ¿dónde están mi arco y mis flechas?

—No hagas preguntas, Juana. Debes confiar en mí y hacer lo que te diga. Te fías de mí, ¿verdad?

El rostro de ella era inescrutable bajo la tenue luminosidad de la lámpara.

—Claro que sí, Raymond —contestó la joven—. Me fío completamente de ti.

Sintiendo que se odiaba a sí mismo, D'Arcy aguardó mientras ella se vestía. Luego la condujo al exterior de la cueva. Sólo cuando vio el pequeño navío espacial, Juana pareció comprender la verdad. Y cuando trató de volverse atrás no pudo hacerlo porque D'Arcy la retenía con fuerza por un brazo. El joven la obligó a entrar en el vehículo y se sentó junto a ella.

—Lo siento, Juana —dijo él—. Espero que algún día podrás perdonarme.

La muchacha no le miró y no dijo una sola palabra. El piloto se instaló ante los mandos y cerró la capota. La pequeña nave se elevó entre los árboles del Bois Féérique, y de nuevo se convirtió en una estrella fugaz que cruzaba el firmamento.

PRESTEN ATENCIÓN / PRESTEN ATENCIÓN / PRESTEN ATENCIÓN.

CGS AMBASSADRESS:

DÍA 10, MES 9.º, AÑO 2353.

ASUNTO: JUICIO Y SENTENCIA CONTRA JUANA MARÍA VALCOURIS, ACUSADA DE INVOCAR LAS FUERZAS OCULTAS DE LA NATURALEZA Y DE UTILIZARLAS EN LUGAR DE LAS ARMAS LEGALES DE TODA GUERRA CIVILIZADA.

CONSIDERANDO: 1) QUE CUANDO LAS FUERZAS NATURALES SE UTILIZAN CONTRA EL HOMBRE EL HECHO CONSTITUYE UN ACTO DIABÓLICO, ADEMÁS QUE TAL ACTO EN TIEMPO DE GUERRA ES CONTRARIO A LO ESTABLECIDO POR EL TRATADO DE DEIMOS; 2) QUE UN DELITO DE TAL ALCANCE NO PUEDE REPARARSE CON EL PROCEDIMIENTO LEGAL ORDINARIO; 3) QUE JUANA MARÍA VALCOURIS COMETIÓ INTENCIONALMENTE ESE DELITO Y ES RESPONSABLE DEL MISMO; 4) QUE LAS VOCES QUE JUANA MARÍA VALCOURIS AFIRMA OÍR SON DEL TIPO AUDIOVISUAL DESCRITO POR FRANCIS GALTON HACIA 1883 D. C. Y EN NADA ATENÚAN LA GRAVEDAD DE SU CULPA.

SENTENCIA: JUANA MARÍA VALCOURIS, HABIÉNDOSE NEGADO OBSTINADAMENTE A REVELAR A ESTE TRIBUNAL LA VERDADERA NATURALEZA DE LAS ARMAS QUE UTILIZÓ CONTRA LA UNIDAD 97.^a DEL REGIMIENTO 16.º, ASÍ COMO EL NOMBRE DE LA PERSONA QUE SE LAS PROPORCIONÓ, POR ELLO, A LAS 9.45 DE LA MAÑANA DEL DÍA 11, MES NOVENO, AÑO 2353, SERÁ ESCOLTADA DESDE LOS CALABOZOS DE LA *AMBASSADRESS* HASTA EL PARQUE Y UNA VEZ ATADA A UN POSTE QUE ANTERIORMENTE SE HABRÁ COLOCADO EN EL CENTRO DE LA

PLAZA, SERÁ QUEMADA VIVA ANTE UNA CÁMARA DE
RADIOTELEVISIÓN QUE TRANSMITIRÁ SU IMAGEN Y SUS
LAMENTOS HASTA TODOS LOS HOGARES DE CIEL BLEU.

TODO EL PERSONAL LIBRE DE SERVICIO ESTÁ OBLIGADO A
ASISTIR AL ACTO.

D'Arcy quedó horrorizado.

Cuatro horas habían transcurrido desde que entregara a la muchacha a Smith-Kolgoz, y pasó ese tiempo vagando por El Parque y aguardando a que alguno reparase en su presencia y dispusiera su regreso al *Watchdog*. Cuando el increíble aviso apareció en la pantalla teletipo de la plaza, D'Arcy se encontraba sentado bajo un árbol, pensando en el Bois Féérique.

Su primer impulso fue irrumpir en los aposentos celosamente guardados de O'Riordan y dar muerte al Restaurador con sus propias manos. Indudablemente, había subestimado la crueldad de O'Riordan, así como sus recursos, y él, D'Arcy, olvidó que las leyes de guerra, como todas las leyes, pueden ser quebrantadas y alteradas para adaptarlas a cualquier situación que convenga. Juana había proporcionado a O'Riordan un medio ideal para poner de rodillas ante él a los habitantes de Ciel Bleu, y el Restaurador sin duda pensaba ya de antemano quemarla en la estaca, revelase o no el secreto del arco y las flechas.

Pero D'Arcy no siguió su primer impulso. Se dijo que de haberlo hecho no hubiera muerto O'Riordan, sino él mismo, y con ello no habría mejorado nada la situación en que se hallaba Juana. Lo único lógico que quedaba hacer era concentrar sus energías en rescatar a la muchacha; y eso fue precisamente lo que hizo.

Para empezar, se encontraba en el lugar más apropiado. Tan sólo debía ocultarse y aguardar el momento oportuno. La noche y el día se hallaban estrictamente diferenciados en la *Ambassadors*. Todos los días, a las seis de la tarde, el sol artificial que bañaba con sus rayos El Parque, disminuía poco a poco de intensidad hasta quedar reducido al aspecto de una tenue estrella, y al cabo de doce horas, al mismo tiempo que las cintas magnetofónicas difundían el acento melodioso de los pájaros, el sol volvía a cobrar fuerza. Aguardó D'Arcy a que se produjera el cambio nocturno, y buscó un lugar oculto donde pasar la noche, rogando interiormente que en la *Ambassadors* nadie le echase de menos, aunque sólo fuera durante las dieciséis horas siguientes.

No trató de dormir, sino que permaneció sentado en el más completo silencio, preguntándose cómo había tardado tanto tiempo en descubrir la verdadera naturaleza de O'Riordan. El error de D'Arcy era más imperdonable porque había leído mucho de Historia, y esas páginas se hallaban plagadas de casos como el del Restaurador. Algunos de esos hombres vistieron pieles de animales, otros usaban togas, otros llevaban brillantes uniformes, y otros más, modernos atuendos; pero todos ellos pertenecían a la misma hermandad; habían colocado el poder en un pedestal, y los medios implacables de los que se valieron para conquistar ese poder sólo podían compararse con los métodos crueles que utilizaron para mantenerlo.

Al llegar el amanecer artificial, D'Arcy buscó un árbol situado estratégicamente, subió a sus ramas y se escondió en una de ellas, la que cruzaba justamente por encima del camino que los guardias del calabozo debían seguir escoltando a Juana hasta el lugar del suplicio. Tenía el propósito de arrebatarles a la muchacha, huir con ella hasta la primera zona de salvamento, apoderarse de un vehículo salvavidas y escapar hacia el Bois Féérique, en la superficie de Ciel Bleu. Allí desenterrarían el arco y las flechas, y los emplearían en defensa de Juana. Se trataba de una empresa sumamente arriesgada, pero era la única posibilidad que tenía.

A las siete de la mañana aparecieron los carpinteros de la astronave y comenzaron a plantar la estaca en el suelo de la plaza. En torno al palo situaron una serie de haces de ramas sintéticas, que arderían con una intensidad diez veces mayor que la de la madera corriente. Cuando los carpinteros se hubieron marchado, los técnicos de la televisión empezaron a instalar el equipo de transmisión.

Por fin se presentó un grupo de mecánicos que practicaron una gran abertura en la cúpula, justamente por encima de donde estaba la estaca, e instalaron un poderoso ventilador destinado a extraer el aire caliente generado por la combustión. Todo estaba ya preparado para que pudiera celebrarse el «auto de fe».

Hacia las nueve de la mañana la plaza comenzó a llenarse. Se presentaron los consejeros de O'Riordan, sus guardaespaldas, sus ministros, sus jefes de Estado Mayor, su Policía Secreta, sus funcionarios del Cuerpo Civil, sus funcionarios de Reorganización, sus agentes del Servicio Especial, sus médicos, sus ayudas de cámara, sus cocineros, sus queridas y sus barberos, así como todo los miembros de la dotación de la *Ambassadors* que estaban fuera de servicio.

El ambiente tenía que haber estado saturado de horror. Pero no era así; se oían risas, bromas y hasta conversaciones obscenas. El ambiente era una síntesis de la corrupción reinante. Un miembro del Cuerpo de Reorganización pellizcó a una componente del Cuerpo Civil; un barbero robó un beso a una manicurista debajo de un sauce llorón; un abogado homosexual inició una conversación con un jefe de Estado Mayor, también invertido, y un agente del Servicio Secreto, totalmente borracho, tomó un trago más de su botella de whisky. Aquellos bufones, aquellos cortesanos corrompidos, pensó D'Arcy, serían los herederos del Cosmos.

Tenía hambre, estaba cansado y sentía calambres en los brazos y las piernas a causa de su forzada postura en la rama del árbol. Pero nada de eso le dolía, porque estaba lleno de odio y de disgusto.

Poco después de las nueve de la mañana hizo su aparición el propio O'Riordan, rodeado por los miembros de su escolta personal. Dos de los guardias llevaban un sillón de rico forro bordado, y cuando la comitiva llegó al centro de la plaza, los dos hombres colocaron en el suelo el sillón y el Restaurador tomó asiento en él. Vestía un uniforme blanco como la nieve con charreteras escarlata, y fumaba un largo cigarro.

Las manos de D'Arcy adquirieron el aspecto de garras mortíferas. Él mismo tuvo que forzarse para relajar los músculos. La misión más importante de su vida era ahora rescatar a Juana, no asesinar a O'Riordan.

De pronto se hizo un profundo silencio en el parque, y al mirar por el camino, D'Arcy vio a la joven, que se acercaba. Su cabello castaño claro le caía en ondas desordenadas sobre el atractivo semblante. Su atuendo campesino, de alegres colores, ponía una nota de contraste en medio del verde césped. Como siempre, iba descalza.

La escoltaban tres corpulentos guardias de la prisión armados con pistolas paralizadoras. D'Arcy se levantó ligeramente, quedando apoyado en las rodillas y las manos, y cuando el grupo pasaba justamente debajo de la rama, dio un salto.

Fue a caer sobre las espaldas del guardia que cerraba la marcha, al que despachó con un fuerte golpe dado con el canto de la mano sobre un lado del cuello. Antes que los otros dos tuvieran tiempo de volverse, envió a uno de ellos al suelo con una poderosa llave que le dejó fuera de combate.

El tercer hombre había extraído ya parcialmente su pistola paralizadora de la funda, cuando D'Arcy volvió a poner en juego la potencia del canto de su mano y quebrantó de un golpe seco el antebrazo del guardia, lo que envió el arma dando tumbos por el suelo. D'Arcy recogió la pistola, y con la otra mano aferró a Juana por la muñeca.

—¡Vamos, echa a correr! —le gritó.

Ante su asombro, ella se quedó en su sitio.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó—. ¿Cómo no has vuelto a tu nave?

D'Arcy alcanzó a preguntarse vagamente, algo desconcertado, cómo sabía ella que no pertenecía a la *Ambadress*. Pero, como es lógico, no era momento adecuado para aquellas consideraciones, y exclamó:

—¡No te preocupes! ¡Ven conmigo!

—¡No, tú no lo entiendes!

Perdida ya la paciencia, tomó a la joven en brazos y se la echó a la espalda. Le pareció que era excesivamente pesada, para ser una chica tan esbelta, pero no era su peso lo que más le sorprendía, sino los desesperados movimientos que hacía para librarse.

—¡Por todos los cielos, Juana! —exclamó él—. ¿Deseas acaso que te quemem viva?

—¡Sí, sí!

Luego ella dejó de resistirse, y quedó inmóvil, al tiempo que agregaba:

—No puedes entenderlo, y nunca te lo haría comprender en tan poco tiempo. ¡Es inútil!

D'Arcy seguía corriendo. Detrás de él, y a los lados, la gente gritaba y lanzaba imprecaciones. Un grupo de policías secretos trató de interponerse en su camino, pero él los paralizó con la pistola antes que ellos pudieran usar sus armas. Los árboles fueron espaciándose cada vez más, y al fin el joven llegó a la explanada que limitaba el sector administrativo. Se volvió hacia la derecha y corrió con su carga a hombros hacia la entrada iluminada de rojo que correspondía al pasillo de emergencia. Al terminar el corredor se hallaba la salvación de ambos. Cuando lo hubo franqueado, llegaron a la zona de salvamento. D'Arcy cerró las pesadas compuertas. Ya podía considerar que estaban a salvo del peligro, al menos por el momento.

En la zona de salvamento había dieciocho vehículos de escape, en total. Estaban situados uno al lado del otro, en la rampa de lanzamiento automático, y uno de ellos se encontraba ante las compuertas, ya dispuesto. El joven llevó a Juana hasta la embarcación, y la depositó en la cabina. Luego trepó al interior, se colocó al lado de ella y cerró la capota. Se inclinó hacia adelante para observar los mandos, y entonces alcanzó a ver de soslayo la llave inglesa que descendía sobre su cabeza. Las estrellas que encandilaron sus ojos eran casi tan brillantes como las que relucían en el exterior, y la oscuridad que siguió a ellas, igual de intensa que la negrura del espacio.

Cuando D'Arcy recuperó el conocimiento, se dio cuenta que había estado inconsciente bastante tiempo. Un breve vistazo a su alrededor no hizo más que confirmarle esa impresión.

La pequeña nave de salvamento en que se hallaba era ahora como un minúsculo adorno en el fulgurante árbol de Navidad del Cosmos. Mucho más lejos, tal vez a algunos centenares de kilómetros de distancia, pendía otro adorno mayor, que era la *Ambadress*, y como fondo aparecía el ornato más grande y más hermoso de aquel firmamento: el planeta Ciel Bleu.

No resultaba difícil imaginar lo que había ocurrido. Después de golpearle con la llave inglesa, Juana había conectado el piloto automático y saltó fuera de la nave, tras dirigirla hacia el espacio.

Pero, ¿por qué lo hizo? Además, ¿cómo una muchacha campesina había podido realizar aquella serie de maniobras tan complicadas?

A D'Arcy le dolía terriblemente la cabeza y sus pensamientos no cesaban de atormentarle. Sin embargo, logró hallar una respuesta a la primera pregunta. Juana había querido alejarle de su camino a fin que volvieran a capturarla..., para que la quemasen viva.

Aún tenía D'Arcy que enfrentarse con otra realidad mucho más dolorosa y terrible.

Como ocurría en todas las naves espaciales, aunque fuesen pequeñas y de salvamento, como aquella, había instalado un receptor de televisión, el cual se hallaba conectado con el canal de la *Ambassadors*, en aquel caso. Lo único que tenía que hacer el joven era pulsar los mandos de la pantalla. Al fin lo hizo con mano temblorosa.

No pudo evitar un estremecimiento. La pira estaba ya encendida; la leña ardía.

Frenéticamente, D'Arcy detuvo la marcha de la nave de salvamento y la hizo girar en redondo, aun cuando se daba cuenta que sólo actuaba por el ciego instinto, puesto que Juana se encontraba ya imposibilitada de recibir cualquier ayuda humana.

De pronto, en la pantalla desapareció la imagen.

El joven movió rabiosamente los pulsadores, no porque deseara contemplar de nuevo aquel odioso espectáculo, sino porque comprendió que tenía que hacer algo. Pero la pantalla se negó a funcionar, y sólo dejó ver algo parecido a una cortina de nieve.

Súbitamente se dio cuenta del motivo de aquel extraño fulgor, que le rodeaba por todas partes en la cabina, mas no era en ésta donde se originaba. Levantó la mirada y observó a través de la capota transparente..., pero tuvo que cerrar los ojos para no quedar deslumbrado.

Donde había estado la *Ambassadors* ahora había una brillante nova, una estrella en proceso de formación.

Espantado, D'Arcy cambió el rumbo de la nave de salvamento. El último acontecimiento tuvo un efecto tranquilizador sobre su mente, que se hallaba más lúcida que nunca. Ahora se daba cuenta de cosas en las que no había caído anteriormente. Comprendió que los dos esqueletos con los que había tropezado accidentalmente durante su paseo por el Bois Féérique estaban relacionados con las voces que resonaban en la mente de Juana. Luego, prosiguiendo con su deducción, no sólo comprendió que los dos santos de la Iglesia Psicofenomenalista poseían realmente una capacidad psicotelúrica, sino que la habían utilizado como piedra angular para otro designio de no menor importancia: la capacidad para concentrar voluntad y espíritu en el intelecto, logrando una existencia sobrehumana, o «ente», y separando luego el «ente» de la carne.

Era bien sabido que cuando O'Riordan desarticuló el poder terrenal de la Iglesia Psicofenomenalista, había utilizado para ello armas de radiaciones con las que eliminó a los patriarcas del credo. Algunos de éstos, aunque con graves quemaduras, consiguieron huir a los planetas exteriores del imperio, donde el Psicofenomenalismo había recibido un firme apoyo. O'Riordan no persiguió a los patriarcas por la sencilla razón que a todos los efectos estaban muertos.

Una vez que hubo comprendido todo aquello, resultaba fácil para D'Arcy deducir quién era Alexander Kane..., o mejor dicho, quién había sido. Se trataba de uno de los patriarcas que habían conseguido escapar, y al que acompañaba su esposa, Priscilla Kane.

Ahora resultaba posible comprender lo que ocurriera más tarde. Al llegar a Ciel Bleu, Alexander y Priscilla se dieron cuenta que sólo les quedaban unos pocos días de vida. Comprendieron que la única forma de derrotar a O'Riordan consistía en poner en juego sus «entes». Esto significaba que tendrían que buscar un «anfitrión», ya que sus «entes» sólo podían trasladarse a una distancia limitada en el espacio, y aunque capaces de comunicarse por telepatía, no podían actuar con eficacia si no disponían de ojos y oídos.

Uno de los dos, Priscilla o Alexander, recordó la figura legendaria de Juana de Arco, y así nació el plan. Juana era el «anfitrión» ideal, y después de transformarse en «entes», Priscilla y Alexander abandonaron sus cadáveres en el Bois Féérique y se instalaron en la mente de la joven. Haciéndose pasar por espíritus protectores, pusieron su plan en acción. El arco y las flechas que ayudaron a hacer a Juana no eran más que un señuelo para distraer la atención de O'Riordan del verdadero Caballo de Troya —la misma Juana—, y una vez que ésta se halló a bordo de la *Ambassadors*, Alexander y Priscilla esperaron el momento

oportuno, transformaron sus «entes» en energía pura, y la astronave saltó por los aires desintegrada, junto con todos los que en ella se encontraban, incluida Juana y ellos mismos.

D'Arcy se inclinó hacia adelante y dejó descansar la frente sobre el cuadro de mandos, permaneciendo largo tiempo en aquella posición. De vez en cuando un estremecimiento recorría su cuerpo. Cuando al fin se hubo serenado, se irguió de nuevo y marcó las coordenadas del Bois Féérique en el control. Luego pulsó el botón que señalaba «A toda velocidad».

¿Por qué D'Arcy decidía volver al Bois Féérique?

¿Quién hubiera podido adivinarlo? Tal vez lo hizo porque aún sentía curiosidad por el arco y las flechas, y por los restos de Alexander y Priscilla. O tal vez deseaba contemplar una vez más la cueva de Juana.

De todas formas, estaba obligado a volver a Ciel Bleu, pues poco después de la destrucción de la *Ambadress* el resto de la desmoralizada flota invasora había partido con rumbo a la Tierra.

Desenterró el arco y las flechas, primeramente, en cuanto se halló en el bosque. Luego, dejando la nave de salvamento en el pequeño claro donde había aterrizado, se encaminó hacia la cueva. Antes de entrar en ella, echó un vistazo a la cuadra de «San Germán O'Shaughnessy». Estaba vacía.

Tampoco había nadie en la cueva. Eso era lo que esperaba D'Arcy, desde luego, pero a pesar de todo sintió una opresión en el pecho cuando recorrió las solitarias habitaciones.

Entró suavemente en el dormitorio, y al mirar el lecho vacío murmuró:

—Perdóname, Juana...

De pronto, advirtió que la puerta que había tratado en vano de abrir una semana antes se hallaba abierta. Pero no daba a un guardarropa, como él había creído, sino a otra habitación.

Lleno de extrañeza, cruzó el umbral. La estancia era casi idéntica a la que acababa de abandonar. Había en ella una cama, un tocador y una cómoda, así como algunas sillas y una alfombra en el suelo. ¿Tendría acaso Juana una hermana gemela?

No, no era precisamente una hermana...

D'Arcy se dio cuenta de toda la verdad cuando un momento después salió de la cueva, y bajo los rayos del sol matutino vio a Juana que se acercaba saliendo de entre los últimos árboles del bosque. Cuando ella le divisó a su vez, su rostro se encendió como un pequeño astro. Bajó de un salto del caballo, y le dejó pacer por la orilla del arroyo, que acababa de cruzar. «San Germán O'Shaughnessy» pareció lanzar un relincho de bienvenida, y Juana gritó:

—¡Has vuelto, Raymond!

Luego, mientras se aproximaba, la muchacha siguió diciendo con voz entrecortada:

—Antes..., antes que Raquel y José se marcharan, me dijeron que seguramente volverías, pero yo temí que no fuera cierto. Y ahora, ¡ah, Raymond, qué dichosa me siento al verte!

La voz de D'Arcy no era tan serena como el hubiera deseado, cuando contestó:

—De modo que no estás disgustada conmigo por..., por...

—¿Por haberte llevado mi muñeca? Claro que no. Raquel y José me dijeron que eso formaba parte de su plan, que por esa razón hicieron que la colocase en mi cama, aquella noche, y que me acostara en la habitación de ella. Yo no sabía muy bien lo que era la muñeca, ni lo que pensaban hacer Raquel y José. ¿Crees que volverán?...

—No, Juana, no volverán —contestó D'Arcy, moviendo negativamente la cabeza.

Los ojos de la muchacha se empañaron, y una lágrima resbaló temblorosa por su mejilla.

—Lo siento, eran muy buenos —susurró.

—Sí, y también eran valientes.

Sin duda alguna habían sido valientes, pero no tan poderosos como hubiera podido creerse. La muñeca a la que dieron vida había sido la verdadera bomba que causó la destrucción de la *Ambassadors*, y no ellos mismos. Ellos sólo habían actuado como detonador.

—Antes que abandonasen mi mente —dijo Juana—, me hicieron prometer algo.

La joven eligió una flecha del carcaj, y la colocó en la mano derecha de D'Arcy.

—Me pidieron que, si volvías, te hiciera disparar esta flecha al aire. Dijeron que eso formaba parte del plan.

—Está bien —repuso D'Arcy—. Lo haré.

Y disparó la flecha. Ésta subió alto, muy alto..., y luego dio la vuelta y cayó como una centella hacia donde estaba él. D'Arcy saltó hacia un lado, pero con ello no hizo más que colocarse en el lugar que parecía previamente determinado. El joven no sintió dolor alguno cuando el dardo le atravesó el corazón.

De pronto, el arco se desintegró y desapareció. Lo mismo sucedió con la flecha que se había clavado en el corazón del joven, y con las demás flechas.

Cuando D'Arcy pudo mirar de nuevo a Juana, no vio ya una bonita muchacha, sino una hermosa mujer... La misma mujer que había estado buscando toda su vida, y que no había podido encontrar. Antes que él se diera cuenta de lo que acababa de ocurrir, Juana estaba ya en sus brazos y le besaba tiernamente.

A Raquel de Feu y José Eleemosynary siempre les habían gustado los finales felices.

Y ENSEÑAR LOCAMENTE

Lloyd Biggle, Jr.

Los relatos de SF que se esfuerzan por demostrar que lo que llamamos, un tanto irreflexivamente, «progreso» es muchas veces todo lo contrario, constituyen uno de los más válidos e interesantes filones del género. Por otra parte, las narraciones que señalan las funestas consecuencias del mal uso que ya se está haciendo de la TV son bastante frecuentes. Lo que no es tan frecuente es exponer los peligros de un posible «buen» uso de la TV...

A And Madly Teach se le puede hacer unas cuantas objeciones desde el punto de vista crítico, debido a su nostálgico y simplista («bradburiano», diría yo) apego a esquemas y valores que hay que superar. Pero tiene el acierto de señalar que en la comunicación y la solidaridad humanas está la alternativa al espíritu de competencia y el principio de rendimiento que taran nuestra sociedad.

La señorita Mildred Boltz juntó ambas manos y exclamó:

—¡Qué escuela más encantadora!

Esplendía deliciosamente bajo el brillante sol de la mañana como oasis en delicado blanco y azul, como una gema entre las indescriptibles torres y cúpulas de aquel complejo metropolitano.

Pero pronto modificó su opinión. La forma del edificio era cuadrada, utilitaria y fea. Sólo su color era hermoso.

El conductor del taxi aéreo murmuraba para sí porque había tomado una ruta equivocada perdiendo su turno. Se volvió rápidamente preguntando:

—¿Cómo dice?

—La escuela —contestó la señorita Boltz—. Tiene un color encantador.

Trazaron unos cuantos círculos obligatorios maniobrando luego convenientemente para seguir al final la ruta apropiada. Entonces el conductor se volvió otra vez hacia ella.

—He oído hablar de las escuelas. Creo que hay algunas en el oeste. Pero eso que usted ve no es una escuela.

La señorita Boltz, confusa, miró al hombre esperando no sonrojarse. No era propio de una mujer de su edad ruborizarse.

Dijo:

—Me parece no haberle entendido bien. Creí que era...

—Sí, señora. Ésa es la dirección que usted me dio.

—Entonces, por supuesto que se trata de una escuela. Yo soy profesora y voy a enseñar allí.

El hombre movió la cabeza.

—No, señora. Nosotros no tenemos escuelas.

El descenso fue tan rápido y brusco que la señorita Boltz tuvo que callar sus protestas para sujetarse al cinturón de seguridad. Pronto llegaron a la zona de estacionamiento; y el chofer abrió la portezuela. Ella le pagó y descendió del taxi aéreo con una actitud digna para una maestra de escuela de mediana edad. Le hubiese gustado mucho averiguar esa extraña opinión del hombre respecto a las escuelas, pero no quería llegar tarde a la cita. Y aún así..., ¡qué sorpresa! Si aquello no parecía una escuela, ¿qué era en realidad?

En la distribución de los pasillos, marcados con siglas y dobles siglas, cada esquina que doblaba le parecía un laberinto, y ya empezaba a respirar agitadamente, luchando contra

una rara sensación de pánico, cuando llegó por fin a su destino. Una recepcionista le preguntó su nombre y dijo seriamente:

—El señor Wilbings la está esperando. Puede usted pasar.

La puerta del despacho tenía un flamante rótulo: «ROGER A. WILBINGS. SUPERINTENDENTE AYUDANTE DE EDUCACIÓN (SECUNDARIA) DISTRITO ESCOLAR DEL NORDESTE DE LOS ESTADOS UNIDOS». La señorita Boltz se detuvo un momento y la recepcionista le volvió a repetir:

—Puede usted pasar.

—Gracias —respondió la señorita Boltz, al mismo tiempo que abría la puerta.

El caballero, que se hallaba detrás de una mesa de despacho situada a distancia del centro de la habitación, la esperaba con expresión seria reflejada en un rostro oval coronado por una brillante calva. La señorita Boltz parpadeaba nerviosamente deseando en aquel momento tener puestas sus lentillas. La atención del señor Wilbings se fijaba en unos papeles que tenía dispersos sobre la mesa y le señaló una silla, sin molestarse en levantar la cabeza. La señorita Boltz avanzó por la habitación como si caminara sobre una cuerda floja y se sentó.

—Un momento, por favor —dijo el hombre.

La señorita Boltz decidió relajarse. No era una jovencita que acabara de abandonar el colegio para buscar desesperadamente un empleo, su primer empleo. Tenía un contrato y la experiencia de veinticinco años de ejercicio como profesora: simplemente se presentaba allí para que le diesen un destino.

Pero sus nervios no le permitieron relajarse.

El señor Wilbings recogió sus papeles, los ordenó minuciosamente y los guardó en una carpeta.

—Señorita..., ¡ah!..., Boltz —dijo.

Su aspecto curiosamente afectado la fascinaba. El hombre usaba gafas, objetó éste que ella no había visto hacía años; y ostentaba una fina línea de pelo recortado sobre su labio superior, cosa que ella tampoco recordaba haber visto nunca a no ser en las películas y en algunas obras de teatro. El hombre levantó la cabeza, después volvió a bajarla, suspirando hondo luego de haber contemplado con disgusto a la maestra.

De pronto asintió con un movimiento de cabeza mirando a su mesa de despacho al mismo tiempo que decía:

—He examinado su expediente, señorita..., ¡ah!..., Boltz...

Separó una carpeta poniéndola a un lado con gesto de impaciencia y añadió:

—Mi consejo es que renuncie. Mi secretaria le proporcionará los impresos necesarios para que los rellene. Buenos días.

Estas sorprendentes palabras aplacaron al momento todo el nerviosismo que la señorita Boltz había experimentado antes. Dijo calmamente:

—Aprecio en gran manera su interés, señor Wilbings, pero no tengo la menor intención de renunciar. Ahora..., respecto a mi nuevo destino...

—¡Mi querida señorita Boltz!

Al parecer ahora el hombre había decidido mostrarse amable con ella. Su expresión se alteró perceptiblemente al hacer una mueca entre sonrisa y gesto de molestia. Luego añadió:

—Lo que me preocupa es su propio bienestar. Entiendo que su renuncia podría ocasionarle algún perjuicio financiero, y en estas circunstancias creo que podríamos concretar un adecuado reajuste en su pensión. La dejaré con toda libertad para que haga lo que usted le plazca, pero puedo asegurarle que usted no está...

El hombre hizo una pausa para golpear sobre la mesa con su dedo índice, y concluyó:

—...Preparada para la enseñanza. Por muy dolorosa que pueda ser para usted esta afirmación, es la pura verdad; y cuanto más pronto lo comprenda...

Después de un momento de desorientación la señorita Boltz no pudo contener la risa. El hombre encolerizado la miró.

—Lo siento —dijo ella volviendo a su natural expresión—, soy profesora desde hace veinticinco años..., una buena profesora, lo comprobará usted si se molesta en examinar mi expediente. La enseñanza representa toda mi vida y me gusta. Ya es un poco tarde para advertirme que no estoy preparada para esta profesión.

—La enseñanza es una profesión para la gente joven y usted tiene casi cincuenta años. Además..., debemos tener en cuenta su salud.

—Que es perfectamente buena —interrumpió la señorita Boltz—. Por supuesto, padecí de cáncer en el pulmón. Es cosa frecuente en Marte. Lo produce el polvo, usted lo sabe; pero se cura fácilmente.

—Según los informes padeció usted de cáncer cuatro veces.

—Sí, lo tuve cuatro veces y en todas me curé. He regresado a la Tierra solamente porque los médicos opinaron que yo era muy susceptible al cáncer marciano.

—La enseñanza en Marte —dijo el señor Wilbings en tono despreciativo—. Usted no ha dado clases en ninguna otra parte y debe tener en cuenta que la educación ha experimentado una evolución, señorita Boltz, y que esta evolución la ha desplazado a usted por completo.

El hombre tamborileó sobre la mesa con todos los dedos de una mano, en demostración de impaciencia; y añadió, después de una breve pausa:

—No está usted preparada para enseñar. Por lo menos en este distrito.

La señorita Boltz dijo seriamente:

—¿Cumplirán ustedes mi contrato o tendré que acudir a la vía legal?

El hombre se encogió de hombros, y miró el expediente de la señorita Boltz.

—Inglés hablado y escrito. Décimo grado. Supongo que está usted al corriente de todo eso.

—Sí. Lo estoy.

—Su clase es, desde las diez y cuarto hasta las once y cuarto, de lunes a viernes.

—No me interesan las clases por horas.

—Es una norma del reglamento.

—¿Cinco horas a la semana?

—Su cargo la obliga a cuarenta horas semanales de clase. Usted posiblemente necesitará muchas más horas que ésas.

—Comprendo —murmuró la señorita Boltz.

Jamás había estado tan atemorizada.

—Las clases empiezan el próximo lunes. Le proporcionaré un estudio y convocaré inmediatamente una conferencia de ingeniería para usted.

—¿Un estudio?... —dijo entrecortadamente.

—Sí, un estudio —replicó el señor Wilbings con una nota de maliciosa intención en su voz—. Tendrá usted aproximadamente unos cuarenta mil alumnos.

El señor Wilbings extrajo de un cajón dos libros, uno de ellos era un grueso volumen titulado *Técnicas y procedimientos de la enseñanza por TV*, y el otro, mecanografiado, con espiral de plástico, era un curso referido al décimo grado de inglés en el Distrito Escolar del nordeste de los Estados Unidos.

El señor Wilbings añadió:

—Estos dos volúmenes contienen toda la información que usted necesita para ponerse al día.

La señorita Boltz dijo, casi tartamudeando:

—¿Enseñanza por televisión? Entonces..., ¿mis alumnos asistirán a clase por televisión?

—Desde luego.

—Entonces yo nunca podré verlos.

—Ellos la verán a usted, señorita Boltz. Con eso basta.

—Supongo que los exámenes se computarán...; pero, ¿y los ejercicios? En todo un semestre no podré revisarlos y...

El señor Wilbings la miró con expresión irónica.

—No hay exámenes —dijo—. Ni ejercicios que revisar. Supongo que el sistema de educación en Marte todavía emplea estas cargas inútiles que obligan a estudiar a los alumnos, pero nosotros hemos superado las edades oscuras de la educación. Si tiene usted la idea de abrumar a sus alumnos con exámenes y ejercicios, puede ir olvidándola. Esas cosas son síntomas de una mala enseñanza y no lo permitiríamos aunque fuese posible, si bien no lo es.

—Sin exámenes ni ejercicios; y sin ver a mis alumnos, ¿cómo podré conocer los resultados de mi enseñanza?

—Para eso tenemos nuestros métodos. Usted recibirá un cómputo Trendex cada dos semanas. ¿Algo más?

—Sólo una cosa —dijo la señorita Boltz, sonriendo tímidamente—. ¿Tendría usted algún reparo en decirme por qué lamenta mi presencia aquí?

—No tengo el menor inconveniente —replicó el señor Wilbings con tono de indiferencia—. Existe un contrato que tenemos que cumplir, pero estamos seguros que no permanecerá usted todo el curso aquí. Cuando usted se vaya se nos presentará el problema de hallar un sustituto para terminarlo y cuarenta mil estudiantes habrán estado sometidos a varias semanas de mala instrucción. No puede usted culparnos de adoptar una actitud que es beneficiosa para usted: su dimisión, y cuanto antes mejor. Si cambia usted de idea hasta el lunes, le garantizo unas buenas indemnizaciones de retiro. De lo contrario, recuerde esto: los tribunales apoyan nuestro derecho a despedir a un profesor por incompetente, a pesar de sus años de servicio.

La secretaria del señor Wilbings le entregó un número de habitación.

—Éste será su despacho —dijo la joven—, espere aquí mientras vienen a verla.

Era una habitación pequeña con una mesa de despacho: estanterías con libros, un archivador, un pequeño armario para guardar películas, y un lector de películas. Una estrecha ventana se enlazaba con largas filas de otras estrechas ventanillas. En la pared opuesta a la mesa de despacho había una pantalla de televisión. Era el primer despacho que tenía la señorita Boltz y se sentó frente a la mesa entre los muros de color castaño que la rodeaban. Estaba pensativa y se sentía muy sola, acobardada y algo atemorizada.

Llamó el teléfono. Tras frenética busca lo localizó bajo un panel, en la parte superior de la mesa, pero al ir a tomarlo ya había dejado de sonar.

La señorita Boltz volvió a examinar la mesa, encontrando otro panel que protegía los mandos de la TV. Había cuatro diales, cada uno de ellos numerados del cero al nueve. Sin casi pensarlo calculó el posible número de canales en 9.999. Probó varios números sin que nada apareciera a la pantalla excepto el canal 0001 que indicaba un anuncio: «LAS CLASES COMIENZAN EL LUNES DÍA 9 DE SEPTIEMBRE. LA MATRÍCULA ESTÁ ABIERTA. DEBE USTED MATRICULARSE PARA PODER RECIBIR EL CERTIFICADO DE GRADUACIÓN».

Llamaron a la puerta. Entró un hombre de cabellos grises, aproximadamente de cincuenta años de edad y de aspecto amable, el cual se presentó seguidamente como Jim Pargrin, ingeniero jefe.

Se sentó al borde de la mesa sonriendo a la señorita Boltz.

—Temía que se hubiese usted perdido. Telefoneé, pero nadie contestó —dijo.

—Cuando di con el teléfono usted ya había colgado —respondió la señorita Boltz.

El hombre tosió para disimular, diciendo luego seriamente:

—De modo que usted es la marciana. ¿Sabe usted adónde ha venido?

—¿Le han enviado a usted aquí para atemorizarme?

—Yo no atemorizo a nadie como no sea a los nuevos ingenieros. Sólo me preguntaba..., pero no tiene importancia. Venga conmigo a su estudio y se lo explicaré todo.

Salieron pasando al caminar por varias filas de despachos, y en cada habitación se notaba una enorme ventana de cristal orientada hacia el pasillo. La señorita Boltz recordó al momento el acuario de Marte, donde algunas veces llevaba a sus alumnos para enseñarles la extraña vida marina de la Tierra.

Pargrin abrió con llave una puerta y luego se la entregó.

—6.439 —dijo—. Es un largo camino desde su despacho, pero por lo menos está en la misma planta.

Una fea mesa de despacho, negra, con patas metálicas estaba situada ante un estrecho encerado. La cámara enfocaba desde la pared opuesta y junto a ella había una pantalla piloto. Pargrin abrió la caja de control y rápidamente las luces cegaron a la señorita Boltz.

—Como usted es profesora de inglés todos se imaginan que no necesita ningún equipo especial —dijo—. ¿Ve usted estos botones? El número uno le proporciona el enfoque sobre el encerado y aproximadamente llega hasta el espacio delimitado por esa línea del suelo. El número dos da un primer plano de la mesa. El número tres es un primer plano del encerado. ¿Está dispuesta a probar?

—Por ahora no entiendo absolutamente nada.

El hombre pulsó otro interruptor y dijo:

—¡Ya está!

La pantalla piloto se iluminó. Al mirarla, la señorita Boltz vio a una mujer de mediana edad de aspecto melancólico que también la miraba a ella..., dándose cuenta que era ella misma, pero cruelmente vieja. El vestido que había comprado con tanto cuidado y que tan caro le había costado el día anterior aparecía en la pantalla como un mosaico de repulsivos colores. Su rostro estaba sorprendentemente pálido. Se dijo a sí misma con tristeza, que en realidad tenía que haber estado más tiempo en la terraza de sol antes de venir de Marte.

—Pruebe ahora el número dos —le indicó Pargrin.

La señorita Boltz se sentó frente a la mesa de despacho y oprimió el botón número dos. La cámara se movió, contemplándose la profesora a sí misma en un primer plano, quedando estremecida al verse otra vez. El número tres, con ella ante el encerado, también le dio una visión desagradable.

Pargrin desconectó la cámara y cerró la caja de control.

—Aquí junto a la puerta es donde usted empieza —dijo—. Si no ha presionado usted este botón a las diez y cuarto, su clase quedará automáticamente cancelada. En otro caso..., debe usted salir inmediatamente cuando su clase haya terminado a las once y cuarto a fin que pueda prepararse el siguiente profesor para la clase de las once y media. Consideramos una buena costumbre dejar limpio el encerado y todas las demás cosas. Lo necesario para todo ello está en la mesa. ¿Queda todo bien claro?

—Supongo que sí —respondió la señorita Boltz—. A menos que pueda usted decirme cómo voy a enseñar inglés hablado y escrito sin escuchar ni ver a mis alumnos.

El hombre guardó silencio mientras abandonaban el estudio. Cuando llegaron al despacho de la señorita Boltz, dijo:

—Sé lo que piensa usted. Pero las cosas son ahora muy diferentes de cuando yo era un muchacho. Entonces la TV era algo que se miraba cuando la familia se lo permitía a uno; también se asistía a la escuela en compañía de otros chicos. Pero ahora todo es distinto, y

al parecer, da resultado. Por lo menos la gente importante así lo cree. De todas maneras, bien..., le deseo mucha suerte.

La señorita Boltz caminó hacia su mesa y pensativa abrió el libro titulado *Técnicas y procedimientos de la enseñanza por televisión*.

A las diez y cinco minutos de la mañana siguiente, la señorita Boltz ya estaba en su estudio. Fue recibida con el encendido de una luz blanca sobre la pantalla piloto. Se sentó ante la mesa, y luego de oprimir el botón número dos enlazó ambas manos y esperó.

Exactamente a las diez y cuarto, la luz blanca cambió a roja, y desde la pantalla piloto su propia imagen la miró con un aire de desaprobación.

—Buenos días —dijo—. Éste es el décimo grado de inglés. Soy la señorita Boltz.

Había decidido dedicar la primera clase a su propia presentación. Aunque nunca llegaría a conocer a sus miles de alumnos, creyó que cuando menos ellos debían saber sobre ella. Consideró que les debía tal atención.

Les habló sobre sus años de enseñanza en Marte, cómo los alumnos asistían a clase en grupos y que solamente eran veinte o veinticinco en cada una, en vez de ser cuarenta mil a través de la televisión. Describió el tiempo de recreo, durante el cual los estudiantes que abandonaban la protección de la cúpula tenían que usar máscaras de oxígeno para poder respirar. Relató las excursiones al campo, cuando la clase y o veces toda la escuela salía a estudiar la flora marciana y las rocas o las formas del terreno. Y también les explicó que sus alumnos marcianos solían hacerle preguntas respecto de la Tierra.

Los minutos transcurrían aburridamente. La señorita Boltz se sentía como prisionera bajo el implacable objetivo de la cámara y su imagen en la pantalla piloto empezó a parecerle la de una persona asustada y atemorizada. Nunca había pensado que la enseñanza podía exigir, con ese sistema, un terrible esfuerzo.

Tardó en llegar el final de la hora más de lo que había supuesto. Sonrió débilmente y la pantalla piloto reflejó la caricatura de una sonrisa.

—Volveré a estar con ustedes mañana —dijo—. Buenos días.

La luz roja cambió a blanca. La señorita Boltz dio una última mirada a la cámara y salió huyendo.

Se encontraba sentada ante la mesa de su despacho luchando denodadamente por contener las lágrimas, cuando llegó a visitarla Jim Pargrin.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—Debí haberme quedado en Marte.

—¿Por qué motivo? Ha tenido usted un comienzo magnífico.

—Creo que no.

—Yo sí —dijo él sonriéndole—. Tomamos una muestra Trendex de usted esta mañana en los últimos diez minutos. Siempre lo hacemos cuando viene un nuevo profesor. La mayor parte de los alumnos empiezan las clases que se les indican, pero si el profesor no es de su agrado cambian de canal inmediatamente. Y así probamos este extremo al final de la primera hora para observar el resultado. Wilbings pidió un Trendex sobre usted y estuvo con nosotros cuando lo tomamos. Creo que se sintió decepcionado...

El hombre tosió alegremente y añadió tras una pausa:

—Dio una fracción por debajo de cien, lo que prácticamente es perfecto.

Pargrin salió antes que la señorita Boltz pudiese darle las gracias, y al volver nuevamente a la mesa de despacho su depresión moral había desaparecido como por arte de magia. Alegremente se concentró en la tarea de tomar numerosas notas sobre el décimo curso de inglés.

No puso ninguna objeción al plan básico, que era sencillo, bien construido y a veces hasta lógico. Pero los ejemplos, la escasa lista de relatos, novelas, y dramas que se mencionaban como lecturas suplementarias resultaban realmente increíbles.

«Obras que se recomiendan» decía el plan de estudios *No puedes casarte con un elefante*, de H. N. Varga. Y luego comentaba: «Esta deliciosa farsa...»

La señorita Boltz tachó estas últimas líneas con firmes trazos de su pluma y escribió al margen: *El mercader de Venecia*, W. Shakespeare. Luego substituyó por la obra de Dickens *Historia de dos ciudades* la de *Mantas de silla y seis pistolas*, una emocionante novela del viejo oeste escrita por Percival Oliver. No encontró nada relacionado con la poesía, por lo que la señorita Boltz anotó unas cuantas. Continuó escribiendo sobre el plan de estudios sin preocuparse en absoluto por ello. ¿No decía el manual que debía haber originalidad en los profesores?

A la mañana siguiente, cuando empezó a recorrer el pasillo para dirigirse a su estudio ya no estaba nerviosa.

La soledad de su austero despacho y la frialdad del edificio la deprimían tanto que decidió preparar las clases en su apartamento. Tardó casi veinte días para poder encontrar el camino que conducía al décimo piso, donde había una cafetería. Al esperar su turno ante las máquinas expendedoras, los jóvenes profesores y las radiantes profesoras que la rodeaban la hicieron sentirse casi prehistórica.

Se levantó una mano para saludarla cuando miró hacia las mesas. Jim Pargrin se puso en pie y le tomó la bandeja. Un hombre más joven la ayudó a sentarse. Después de tantas horas de soledad, tal solicitud la dejaba sorprendida.

—Es mi sobrino —dijo Pargrin, presentando al joven—, Lyle Stewart. Enseña física... La señorita Boltz es la profesora de Marte.

Era un joven de tez morena y bien parecido con una sonrisa siempre en los labios. La señorita Boltz le dijo que estaba muy contenta de conocerle; y en realidad decía lo que sentía.

—¡Vaya..., pero si es usted el primer profesor con quien hablo aquí! —exclamó ella.

—Bien, en general nos ignoramos los unos a los otros —comentó Stewart—. Supongo que es una especie de atavismo antagónico que aún prevalece y...

—Pero yo creía que existía cierta cooperación...

El joven movió la cabeza negativamente y dijo:

—Supongamos que inventa usted algo bueno y efectivo. En consecuencia tiene usted un alto Trendex y los demás profesores se dan cuenta de ello. Entonces es casi seguro que observen sus clases y si pueden robarle sus sistemas sin duda alguna lo harán. Luego quizá llegue el momento en que usted observe las clases de los demás para ver si les puede robar algo y se asombrará al darse cuenta que ya se lo habían robado a usted, y que están empleando las técnicas suyas. Naturalmente a usted no le gustará esto. Todavía tenemos aquí profesores que están complicados en apropiación de técnicas ajenas, sujetos por ello a procedimiento legal; y otros acusados de comportamiento dudoso. Por eso lo mejor que podemos hacer es no tratarnos ni hablarnos.

—¿Qué le parece todo esto? —preguntó Pargrin.

—Echo de menos a mis alumnos —dijo la señorita Boltz—. Me preocupa no poder conocerlos y comprobar sus progresos.

—Procure no dejarse influir por algo tan abstracto como eso que usted llama «progreso» —advirtió Stewart amargamente—. La Nueva Educación lo ve de esta otra forma: sometemos al niño al tema o sujeto más conveniente. Este sentimiento se realiza en su casa, que es el ambiente más adecuado y natural para él. Asimilará lo que le permita su capacidad individual y no nos corresponde profundizar más que eso.

—El niño carece del sentido de la superación..., sin incentivos para aprender —protestó la señorita Boltz.

—En la Nueva Educación esos dos factores no tienen importancia. Luchamos sencillamente por la técnica, que ha hecho de la publicidad un factor tan importante en nuestra economía. Llamar y sostener la atención del público y hacer que la gente compre aun en contra de su deseo. En nuestro caso llamar y sostener la atención del alumno haciendo que aprenda, le guste o no.

—Pero el estudiante no aprende así ningún valor social.

Stewart se encogió de hombros. Luego añadió:

—Por otra parte, la escuela no tiene problemas de disciplina. No estamos obligados a supervisar actividades extraescolares. Tampoco hay problemas relacionados con el transporte de los chicos a la escuela y a sus casas. ¿Todavía no está usted convencida?

—¡Por supuesto que no!

—Pues procure guardar para usted su opinión. Y entre nosotros..., le diré a usted cuál es el factor más importante en la filosofía de la Nueva Educación: el dinero. En lugar de invertir una enorme fortuna en edificios y terrenos, con miles de escuelas que mantener, nosotros disponemos de un estudio de TV. Ahorramos un inmenso capital en honorarios del profesorado ya que utilizamos un solo profesor para miles de alumnos en vez de destinar uno para cada grupo de treinta o cuarenta. Los chicos y chicas más inteligentes, los más dotados, siempre aprenderán por mal que se les enseñe; y eso es todo lo que necesita nuestra civilización..., unas cuantas personas inteligentes que construyan muchas máquinas también «inteligentes». Además, la tarifa que se cobra por las clases es la más baja del último siglo y medio.

El joven profesor empujó su silla hacia atrás y se puso en pie.

—Me alegro mucho de conocerla, señorita Boltz. Puede que seamos amigos. Como usted es profesora de inglés y yo de física, no es probable que podamos robarnos nada. Ahora tendré que inventar alguna nueva técnica, porque mi Trendex está un poco bajo.

La señorita Boltz observó pensativamente la marcha del joven profesor y al final comentó:

—Creo que trabaja demasiado.

—La mayor parte de los profesores no tienen contratos como el de usted —dijo Pargrin—. Pueden ser despedidos en cualquier momento. Al finalizar el curso, Lyle quiere trabajar en una industria y es posible que le sea difícil encontrar trabajo, si aquí le despiden.

—¿Abandona la enseñanza? ¡Qué desatino!

—En la enseñanza no hay ningún porvenir.

—Siempre hay un futuro para un buen profesor.

Pargrin movió la cabeza en ademán de duda y dijo:

—Mire a su alrededor. Los profesores son todos jóvenes. Están aquí mientras pueden porque la paga es buena, pero llega un momento en que la seguridad es mucho más importante que el dinero. De todas formas, en un futuro no muy lejano no habrá profesores. El Distrito Central está ahora mismo ensayando experimentos con clases filmadas. Tome usted un buen profesor, filme un año de su trabajo y ya no lo necesitará usted más. Se proyectan una y otra vez las mismas películas. Insisto, hay poco porvenir en la enseñanza. ¿Recibió usted ya su copia de los índices Trendex?

—No. ¿Es que debo recibir una copia?

—Se distribuyen cada dos semanas. Se han repartido ayer.

—No me han entregado nada.

Pargrin gruñó mirando a la señorita Boltz con expresión de disculpa.

—Wilbings cuando quiere puede convertirse en un elemento peligroso. Posiblemente espera tomarla a usted por sorpresa.

—Temo que no comprenderé esos índices.

—No hay en ellos nada complicado. En un período de dos semanas tomamos mil muestras de los alumnos de un profesor. Si todos ellos miran y escuchan sus clases con atención, el Trendex del profesor es de 100. Si solamente ven y oyen sus clases la mitad, entonces el Trendex es de 50. Si el Trendex de un profesor desciende a 20 inmediatamente queda despedido por incompetente.

—Entonces..., veamos. ¿No tienen obligación de atender a la clase los alumnos que no lo desean?

—Sus padres deben proporcionarles los aparatos de televisión —dijo Pargrin—. Ellos tienen que preocuparse para que sus hijos estén presentes durante las sesiones correspondientes a sus clases, pero no son responsables del hecho que asistan o no a una determinada clase en particular. Si así fuera, tendrían que vigilarles continuamente y los tribunales han dictaminado que esto sería absurdo. Lo sería igualmente adquirir aparatos que funcionaran solamente para canales concretos; y aun si esto ocurriera, los alumnos también podrían escuchar las clases que recibirían en otro momento. En consecuencia, los alumnos están en su casa con sus aparatos de TV encendidos, pero si no les agrada la clase de usted pueden ver y escuchar otra cualquiera. Ahora se dará usted cuenta de lo importante que es para un profesor lograr que sus clases sean interesantes.

—Entendido. ¿Cuál fue el resultado de mi Trendex?

Pargrin miró hacia un lado y respondió:

—Cero.

—¿Quiere usted decir que..., que nadie me escuchó? Creí haber hecho las cosas correctamente.

—Quizá el primer día hizo usted algo que les interesó. Tal vez luego se cansaron de eso. A veces ocurre así. ¿Ha presenciado usted las clases de algún otro profesor?

—En absoluto. Estuve tan ocupada que no he tenido tiempo de pensar en eso.

—Puede que Lyle tenga alguna idea para usted. Le diré que se reúna con nosotros en el despacho de usted para la clase de las dos. Y luego, bien..., ya veremos.

Lyle Stewart extendió algunos papeles sobre la mesa, frente a la señorita Boltz, inclinándose sobre ellos.

—Estos son los índices Trendex —dijo—. Supongo que tendrá usted una copia.

La señorita Boltz miró la lista de nombres, fijándose inmediatamente en el suyo. «Boltz, Mildred. Décimo grado de inglés. Hora: 10.15. Canal 6.439. Cero. Promedio del año: cero.»

—El tema se relaciona con los trucos que pueda usted utilizar —dijo Stewart—. Aquí tenemos a una tal Marjorie MacMillan a las dos en punto. Enseña el décimo primer grado de inglés, y su Trendex es de sesenta y cuatro. Muy alto por cierto. Veamos cómo actúa.

Seguidamente Stewart manejó los diales.

Con exactitud matemática, a las dos en punto Marjorie MacMillan apareció en la pantalla y la primera impresión de sorpresa de la señorita Boltz fue ver que la profesora empezó a desnudarse. Sus zapatos y medias estaban cuidadosamente colocados en el suelo. En aquel momento comenzaba a deslizar la cremallera de su blusa. La profesora miró hacia el objetivo de la cámara.

—¿Qué es lo que hacen ahí, pillines? Creí que estaba sola —dijo en un tono cariñoso.

Se trataba de una rubia esbelta y muy bonita. Su perfil ponía de relieve unas curvas fabulosas. Sonriendo, echó hacia atrás la cabeza y comenzó a alejarse de puntillas, al tiempo que decía con el mismo tono de voz:

—¡Oh, bien, mientras esté entre amigos...!

La blusa cayó al suelo y lo mismo ocurrió con la falda. La profesora permaneció durante un segundo ante la cámara ataviada solamente con unos *shorts* y un sujetador. La cámara resaltaba sus colores oro y escarlata perfectamente. La profesora caminó por su estudio iniciando unos pasos de danza y al pasar junto a su mesa de despacho tocó uno de los mandos que inmediatamente enfocó al encerado en un primer plano.

—Es hora de ponernos a trabajar —dijo la rubia profesora de inglés—. Esto se llama «oración gramatical»...

Se puso a leer en voz alta al mismo tiempo que escribía en el encerado:

—El... hombre... corrió... calle... abajo. Correr calle abajo, esto es lo que hizo el hombre. Se trata de una oración, ¿entienden?

La señorita Boltz dejó oír una protesta:

—¿Décimo primer grado de inglés? —interrogó.

—Ayer hablamos de los verbos —dijo a continuación Marjorie MacMillan—, ¿lo recuerdan? Seguro que no pusieron mucha atención. Quizá ahora tampoco están prestándome la atención debida.

La señorita Boltz abrió la boca con asombro, quedando estupefacta. De pronto el sujetador se desabrochó tomándolo la señorita MacMillan precisamente a tiempo para que no cayera al suelo.

—Casi lo he perdido esta vez —dijo sonriendo—. Puede ser que lo pierda definitivamente uno de estos días. Y ustedes, granujillas, están deseando que ocurra tal cosa, ¿verdad? Es mejor que presten atención. Ahora estudiemos otra oración.

La señorita Boltz dijo con calma:

—Todo esto no es adecuado para mí, ¿verdad?

Stewart apagó la pantalla y dijo:

—Su alto índice no durará mucho. Tan pronto como sus alumnos comprendan que la profesora realmente no va a perder esa prenda..., pero observemos ahora a otro profesor. Décimo grado de inglés. Profesor varón. Cuarenta y cinco en su Trendex.

Era un hombre joven, bastante bien parecido e inteligente. En ese momento mantenía en equilibrio sobre su nariz un trozo de tiza. A continuación hizo juegos malabares con dos borradores. Luego realizó algunas imitaciones. Más tarde empezó a leer la obra clásica moderna *Mantas de silla y seis pistolas* haciéndolo muy bien y representando varios papeles de la obra con un arte consumado, arrastrándose detrás de su mesa para disparar imaginariamente seis tiros a la cámara. El espectáculo resultaba auténticamente real.

—A los chicos les gusta —dijo Stewart—. Probablemente su clase dure mucho tiempo. Ahora veamos si hay alguien más.

Efectivamente, había un profesor de historia, se trataba de una mujer joven, de aspecto tranquilo, dotada de gran talento artístico. Dibujó magníficas caricaturas y otros esquemas en el encerado animándolos con una aguda y chispeante conversación. Había también un profesor de economía que hacía notables juegos de manos con naipes y monedas. Había asimismo dos mujeres jóvenes cuyo sistema se aproximaba mucho al utilizado por Marjorie MacMillan, aunque en menor escala. Sus índices también eran bastante más bajos.

—Esto es suficiente para que tenga usted una idea de lo que tendrá que luchar —dijo Stewart.

—Un profesor o profesora que únicamente sabe enseñar se encuentra aquí en enorme desventaja —dijo pensativa la señorita Boltz—. Estos profesores no son otra cosa que actores. No enseñan a sus alumnos..., sólo les divierten.

—Tienen que referirse al tema principal de sus cursos. Si los alumnos están pendientes de la pantalla, sin duda alguna «algo» aprenderán.

Jim Pargrin había permanecido en silencio mientras por la pantalla pasaba uno y otro profesor. Se puso en pie moviendo alternativamente su cabeza.

—Comprobaré lo que hay en el departamento de ingeniería. Quizá pueda enseñarle algunas películas. Normalmente esto no está bien visto en algunos sectores ya que no tenemos personal ni medios de hacerlo para todos, pero creo que lo podré conseguir.

—Gracias —dijo la señorita Boltz—. Es usted muy amable. Y gracias también a usted Lyle, por ayudar en una causa perdida.

—La causa no está perdida mientras siga usted trabajando.

Salieron Pargrin y Stewart juntos. Después de haber cerrado la puerta la señorita Boltz permaneció sentada ante la blanca pantalla de TV preguntándose por cuánto tiempo seguiría trabajando.

Durante veinticinco años en el desolado e inhospitalario Marte, había soñado con la Tierra. Había imaginado caminar descalza sobre la blanca hierba, rodeada por árboles verdes llenos de vegetación; y en lo alto, en vez de divisar una atmósfera enrarecida, poder admirar un interminable horizonte azul. Había permanecido en el ávido desierto marciano soñando también con océanos que se perdiesen en el infinito.

Ahora se hallaba de vuelta a la Tierra y viviendo en una complicada ciudad del este de los Estados Unidos. Las calles y edificios parecían amenazar los diminutos parques. El cielo azul estaba casi oscurecido por el tráfico aéreo. Había visto el océano una o dos veces antes de descender a tierra.

Mas allí estaban efectivamente los campos verdes, los lagos, los ríos y los océanos. Sólo tenía que salir e ir a ellos. Pero en lugar de hacerlo trabajaba. Se esclavizaba preparando los temas de su clase. Había pasado muchas horas leyendo, revisando y reuniendo sus escritos; y más tiempo ensayando meticulosamente, practicando sus lecciones antes de presentarlas al ojo devorador de la cámara.

Y nadie la había visto ni oído su voz. Durante aquellas dos primeras semanas sus alumnos se habían alejado de ella a decenas, a cientos y miles, hasta haberlos perdido a todos.

Se encogió de hombros haciendo un esfuerzo por disimular su tristeza y seguidamente se concentró en la lectura de *El mercader de Venecia*. Jim Pargrin la ayudó luego personalmente a hacer excelentes películas de material de fondo y escenas de la obra.

La señorita Boltz dijo suavemente:

—¿No es una lástima mostrar estas cosas tan maravillosas cuando nadie quiere verlas?

—Yo las veo —respondió Pargrin—. Y disfruto con ellas.

Los amables ojos del hombre la estremecieron al recordarle algo de hacía mucho tiempo..., al joven apuesto que la había despedido para ir a Marte y la había mirado de aquella misma manera, prometiéndole reunirse con ella en cuanto terminara sus estudios de ingeniería. La había besado al despedirse y la única noticia que tuvo de él fue que había muerto en un estúpido accidente. Fueron largos años los que habían transcurrido entre esas afectuosas miradas para la señorita Boltz; pero ella nunca los consideró años vacíos. Jamás pudo pensar en la enseñanza como una ocupación poco remuneradora y sin porvenir hasta encontrarse en una pequeña habitación frente a una cámara que la enfocaba.

Pargrin la llamó cuando se distribuyeron los nuevos índices.

—¿Recibió usted una copia? —preguntó.

—No.

—Le conseguiré una y se la enviaré.

Así lo hizo, pero ella sabía sin mirarla que los índices de Boltz, Mildred, inglés, décimo grado, seguían siendo cero.

Buscó tratados relacionados con la enseñanza por TV. Los librereros estaban repletos de ejemplares relativos a aquellos temas que se prestaban, naturalmente, a su presentación visual; pero ofrecían muy poca ayuda a la enseñanza del décimo grado de inglés.

Recurrió a los diarios de tipo educativo y estudió los problemas de la Nueva Educación. Leyó cosas sobre la libertad del individuo y el derecho del estudiante a recibir la educación en su propio hogar, sin ser molestado por las distracciones sociales. Leyó también sobre los peligros psicológicos de la competencia en la enseñanza y los males causados por las normas anticuadas; y asimismo se enteró de los inconvenientes que ofrecían los grupos de educación ya pasados de moda y su desdichada contribución a la delincuencia.

Pargrin le entregó otro índice Trendex. La señorita Boltz forzó una sonrisa.

—¿Cero otra vez? —preguntó.

—Bueno..., no exactamente.

Miró al papel y parpadeó. Volvió a mirarlo nuevamente. Su índice era de 1..., la décima de uno por ciento. ¡Sólo tenía un alumno! En aquel momento hubiese dado todos los beneficios de su retiro por el privilegio de conocer personalmente a aquel leal jovencito.

—¿Qué supone usted que decidirán? —preguntó.

—El contrato de usted no es ninguna broma. Wilbings no ejercerá ninguna acción hasta asegurarse del hecho que tiene el caso ganado.

—De todos modos siempre es agradable saber que por lo menos cuento con un alumno. ¿Cree usted que tendré más?

—¿Por qué no pide que le escriban? Si recibiera usted muchas cartas podía aportarlas como prueba.

—No me preocupan las pruebas —dijo la señorita Boltz—, pero pediré que me escriban. Gracias.

—Señorita..., ¡ah...!, Mildred...

—¿Sí?

—Nada. Quiero decir, ¿tendría usted inconveniente en cenar conmigo esta noche?

—Ninguno. Por el contrario, encantada.

Transcurrió una semana antes de decidirse a pedir a sus alumnos que le escribieran. Sabía muy bien por qué dudaba. Temía no recibir ninguna carta.

Pero llegó ese día y cuando faltaba un minuto para que terminara la clase tuvo tiempo de enlazar ambas manos y sonreír ante la cámara. Luego dijo:

—Me gustaría pedirles un favor. Quiero que cada uno de ustedes me escriban una carta. Cuéntenme algo de ustedes mismos. Díganme si les gustan o no las cosas que estamos estudiando. Me conocen todos, pero yo no conozco a ninguno. Se lo ruego, escribanme.

Recibió once cartas. Las abrió cuidadosamente leyéndolas con mucho interés. Luego reanudó su lección de *Historia de dos ciudades* con renovada confianza.

Llevó las cartas a Jim Pargrin, y cuando él terminó de leerlas, la señorita Boltz dijo:

—Tiene que haber miles como estos chicos inteligentes..., ansiosos de aprender si no estuviesen como drogados por este entretenimiento que los conduce a una indiferencia pasiva.

—¿Ha tenido usted alguna noticia de Wilbings?

—Ninguna.

—Me ha pedido que tome su próximo Trendex sobre dos mil ejemplos. Le dije que necesitaba una orden especial de la Junta. Dudo que se moleste en hacerlo.

—Probablemente estará ya dispuesto a emprender alguna acción en contra mía.

—Eso me temo —dijo Pargrin—. Tenemos que ir pensando en preparar una defensa para usted. Necesitará un abogado.

—No sé si podré defenderme. Quizá sea mejor que me establezca como profesora particular.

—Hay escuelas particulares, ya lo sabe usted. Los que pueden hacerlo envían allí a sus hijos, pero los que no pueden, no le pagarán, aunque los envíen.

—Me da lo mismo. Cuando tenga tiempo llamaré a los niños que me escribieron.

—Se espera el próximo Trendex para el lunes —dijo Pargrin—. Posiblemente entonces tenga noticias de Wilbings.

Wilbings la llamó el lunes por la mañana. La señorita Boltz no le había visto desde el primer día, pero su raro aspecto y sus estudiados modales se le habían quedado firmemente grabados en la memoria.

—¿Está usted ya familiarizada con los índices Trendex? —preguntó.

Como la señorita Boltz sabía que el hombre había tratado deliberadamente de ocultárselos, movió la cabeza negativamente con expresión de gran inocencia.

El señor Wilbings le explicó pacientemente la técnica de los índices y su finalidad.

—Si el Trendex es tan valioso como usted indica —dijo la señorita Boltz—, ¿por qué no permite usted que los profesores se enteren de sus índices respectivos?

—Los conocen. Reciben una copia de cada uno.

—Yo no he recibido ninguna.

—Probablemente la habrán pasado por alto debido a que es este su primer curso. Sin embargo, las tengo yo todas, excepto la de hoy; y ésa me la enviarán tan pronto como esté preparada. Puede verlas todas si usted gusta.

A continuación el señor Wilbings las examinó una por una señalando intencionadamente los ceros. Cuando llegó al índice de 1 se detuvo.

—¿Lo ve usted, señorita Boltz? De todos los miles de ejemplos que hemos tomado llegamos a la conclusión que sólo hay un alumno que la escucha. El suyo es, desde luego, el peor índice que hemos tenido en esta escuela. Debo exigirle que se retire voluntariamente; y si se niega usted a ello entonces no me quedará más remedio que...

El hombre se detuvo cuando su secretaria entró de puntillas con el nuevo Trendex.

—Sí, gracias —murmuró el señor Wilbings—. Aquí lo tenemos... Boltz, Mildred...

El dedo del señor Wilbings quedó grotescamente suspendido en el aire. Una especie de parálisis parecía haberle suprimido la facultad de hablar. La señorita Boltz buscó su nombre en el Trendex y siguió la línea marcada a la derecha para leer su índice.

Era de veintisiete.

—Evidentemente he mejorado —se oyó decir a sí misma—. ¿Hay algo más?

El señor Wilbings tardó un momento en recuperar la voz y cuando lo hizo su tono fue ligeramente chillón.

—No, nada más.

La señorita Boltz salió a la oficina exterior y siguió escuchando la voz del señor Wilbings, que casi gritaba ante el teléfono que comunicaba con su secretaria.

—¡Pargrin! ¡Quiero que venga Pargrin inmediatamente!

Pargrin la estaba esperando en la cafetería.

—Todo ha salido bien, ¿verdad? Bueno, lo supongo —dijo con estudiada indiferencia.

—Demasiado bien.

La señorita Boltz se llevó un bocadillo a la boca para comérselo apetitosamente.

—Jim, ¿por qué lo hizo usted? —preguntó al cabo de unos instantes.

Pargrin se ruborizó.

—¿Hacer qué?

—Alterar mi Trendex de esa forma.

—Nadie puede modificar un Trendex. Es imposible. Wilbings bien lo sabe.

Hubo un silencio y luego añadió con calma:

—¿Cómo se ha enterado usted?

—Es la única explicación razonable; pero no debía haber hecho nunca eso. Podría traerle dificultades y debe usted darse cuenta que lo único que está haciendo es retrasar lo inevitable. En el próximo índice aparecerá nuevamente un cero.

—Eso no importa. Wilbings actuará de todos modos, pero ahora ya no se mostrará tan impulsivo.

Comieron en silencio hasta que llegó el camarero de la cafetería con un recado urgente del señor Wilbings para que el señor Pargrin acudiese a su despacho.

Pargrin guiñó maliciosamente un ojo a la señorita Boltz.

—Creo que voy a disfrutar con esto —dijo—. ¿Estará usted esta tarde en su despacho?

Ella movió la cabeza negativamente y respondió:

—Iré a visitar a mis alumnos.

—Entonces la veré mañana.

La señorita Boltz siguió con la vista la marcha de Pargrin quedando pensativa y temiendo que fuese a tener un disgusto serio con Wilbings por causa de su índice.

En la terraza de aterrizaje de la azotea rogó al empleado que llamase un taxi aéreo. Mientras esperaba extrajo de su bolso una carta y volvió a leerla:

«Mi nombre es Darrel Wilson. Tengo dieciséis años y me veo obligado a permanecer en mi cuarto casi siempre porque tengo la enfermedad de Redger y parte de mi cuerpo está paralizado. Me gusta su clase, y, por favor, ¿no podríamos disfrutar un poco más de Shakespeare?»

—Aquí está su taxi, señora.

—Gracias —dijo la señorita Boltz.

Guardó nuevamente la carta en su bolso y subió con rapidez por la pequeña rampa que conducía al mismo vehículo.

Jim Pargrin se rascó la cabeza, asombrado, y la miró.

—¡Vaya..., vaya! ¿Qué es esto? ¿Una sala de clases?

—Tengo nueve estudiantes que vienen aquí todos los días para asistir a clase. Necesitaré disponer de algún lugar para enseñarles.

Pargrin tosió suavemente.

—¡Wilbings va a sufrir un ataque cardíaco! —exclamó.

—Mis clases de TV solamente me llevan cinco horas a la semana y ya tengo planeado todo el trabajo del curso. No creo que nadie ponga dificultades para que yo pueda dar clases a un grupo selecto de alumnos en mis horas libres.

La señorita Boltz hizo una pausa y añadió emocionada:

—Estos chicos me necesitan.

Eran muchachos maravillosos, inteligentes, pero deseaban hacer preguntas, coordinar sus pensamientos, expresar sus sentimientos, y que alguien comprendiese sus problemas individuales con simpatía. Se necesitaban los unos a los otros. Decenas de miles, cientos de miles de chicos bien dotados estaban anquilosados intelectual y emocionalmente en la fría soledad de sus clases de TV.

—Wilbings no se enfadará si no se entera —dijo Pargrin— y espero que no se entere. Pero..., ¿una sala para un grupo? No hay ninguna en todo el edificio. Podría usted usar un estudio grande. Pondríamos una cortina sobre el cristal de la ventana para que nadie pudiera molestarla. ¿A qué horas serían las clases?

—Todo el día. De nueve a tres. Los chicos traerán aquí sus almuerzos.

—Bien..., bien..., pero no olvide usted su clase de TV. Aunque nadie la escuche.

—No la olvido. Mis alumnos emplearán esa hora para repasar sus ejercicios. A no ser que le sea a usted posible arreglar las cosas para que yo pueda dar mi clase de TV en ese estudio grande.

—Sí, puedo hacerlo.

—¡Maravilloso! No sé cómo darle las gracias.

El señor Pargrin se encogió de hombros y, tímidamente, miró a otro lado.

—¿Tuvo usted algún inconveniente con el señor Wilbings? —preguntó la señorita Boltz.

—No muchos. Creyó que el Trendex de usted era el resultado de una equivocación. Como yo no recibo ni tomo los índices personalmente, lo mejor que pude hacer fue decirle que consultara con el ingeniero Trendex.

—Entonces debo aprovechar el tiempo que me queda. Empezaré mi clase mañana.

Tres de los estudiantes llegaron en sillas de ruedas. Ella era una encantadora y sensible muchacha que había nacido sin piernas y, aunque tenía unas de ortopedia no le gustaba llevarlas. Darrel y Charles sufrían la enfermedad de Redger. Sharon era ciega. Los programadores de la TV no habían podido interesarla con sus trucos, ni tampoco aquellos extraños profesores que más bien eran actores; pero Sharon escuchaba cada palabra de la señorita Boltz con ansiosa expresión reflejada en sus facciones.

El nivel de inteligencia de aquellos chicos superaba en mucho a todos los conocidos por la señorita Boltz en sus largos años de experiencia. Se sentía algo incómoda y con cierta aprensión, pero reaccionó inmediatamente al mirar esos rostros tan alegres en la primera mañana de darles la bienvenida con la audaz aventura que ella iniciaba sobre la Antigua Educación.

Sharon había llegado con dos compañeros. Jim Pargrin se hizo cargo de los aspectos técnicos de su hora en TV y alegremente dispuso que toda la clase apareciese ante la cámara. Y Lyle Stewart, que acababa de encontrar la oportunidad de trabajar con buenos alumnos, venía por las tardes para dar dos horas de clase sobre ciencias y matemáticas.

La señorita Boltz inició con gran entusiasmo sus clases sobre historia, inglés, literatura y estudios sociales. Más tarde, si la clase continuaba, trataría de formar un grupo para lenguas extranjeras. Aquel miércoles fue el día más feliz que había pasado, desde su regreso a la Tierra.

En la mañana del jueves, un mensajero especial le trajo un sobre que parecía oficial. En efecto, contenía su aviso de despido.

—Ya he oído hablar de eso —dijo Jim Pargrin cuando ella le telefoneó—. ¿Para qué fecha es la audiencia?

—El próximo jueves.

—Todo estaba previsto. Wilbings obtuvo permiso de la Junta para tomar un Trendex especial. Incluso hizo venir del extranjero a un ingeniero a fin que se ocupara de este asunto y para estar seguro del hecho que se recibirían las dos mil muestras. Necesitará usted un abogado. ¿Conoce alguno?

—No. No conozco a casi nadie en la Tierra.

La señorita Boltz suspiró profundamente. Se había sentido tan optimista aquel primer día de auténtica clase que este otro choque con la realidad la aturdía. Hubo una pausa y añadió:

—Un abogado costará mucho dinero y lo cierto es que voy a necesitar el poco que tengo.

—Un asunto sencillo como es la audiencia en una Junta de Educación no debe costar mucho. Déjelo de mi cuenta..., le buscaré un abogado.

La señorita Boltz quiso contestar, pero no tuvo tiempo. Sus alumnos la estaban esperando.

El sábado almorzó con Bernard Wallace, el abogado recomendado por Pargrin. Era un hombre de baja estatura, ya mayor, con agudos ojos oscuros que parecían atravesarla cuando la miraban por debajo de unos párpados caídos. Durante el almuerzo le hizo varias preguntas en tono indiferente; después de dejar a un lado los platos del postre, el abogado, echándose hacia atrás en su silla, empezó a girar un llavero sobre el dedo índice sonriendo a la señorita Boltz.

—Algunas de las mejores personas que he conocido en mi vida han sido mis profesores —dijo—. Creí que esta clase de gente ya se había extinguido.

—También hay en Marte excelentes profesores —dijo la señorita Boltz.

—Seguro. Las colonias contemplan la educación en forma muy distinta. Sería lo mismo que suicidarse si repentinamente adoptasen el sistema de filmación y proyección. Pero creo que aquí, en la Tierra, también nos estamos suicidando. La llamada Nueva Educación da resultados que quizá usted no conoce. Lo malo es que los chicos no se educan. Los hombres de negocios tienen que formar a sus nuevos empleados desde un grado primario. También llega el impacto al Gobierno. Una campaña política es aproximadamente lo que queda esperar de un electorado que no tiene más que una preparación muy deficiente. Por esto me alegro de hacerme cargo de su caso. No tiene usted que preocuparse por los honorarios. En absoluto.

—Es usted muy amable —susurró la señorita Boltz—, pero ayudar a una profesora, ya mayor, no mejorará mucho las condiciones generales de esta cuestión.

—No le prometo ganar este caso —dijo Wallace seriamente—, Wilbings tiene todos los triunfos en la mano. Puede ponerlos sobre la mesa, pero usted debe tener los suyos en reserva porque, si bien su mejor defensa consistiría en demostrarles la estupidez de esta Nueva Educación, esto sería contraproducente. No debemos atrevernos a atacar a la Nueva Educación. Esto sería un argumento favorable para la Junta y así lo han mantenido con éxito ante los tribunales ininidad de veces. Si queremos vencer tenemos que luchar en su propio terreno.

—Eso convierte al asunto en algo sin esperanza, ¿verdad?

—Francamente hablando, será difícil ganar.

El abogado extrajo del bolsillo un antiguo reloj de oro para consultarlo. Luego añadió:

—Ignoro por ahora cómo saldremos a flote. Ya le dije que Wilbings tiene todas las cartas buenas, y cualquier cosa que hagamos precipitadamente la aprovecharía para sus fines. Pero reflexionaré sobre ello y puede que se me ocurra alguna sorpresa. Usted concéntrese en la enseñanza y deje para mí las preocupaciones.

Cuando el abogado se retiró, la señorita Boltz pidió otra taza de café para sorberlo lentamente, muy preocupada.

El lunes por la mañana tuvo una gran alegría al recibir la visita de tres muchachos y cuatro chicas que se presentaron en su despacho solicitando permiso para asistir a las clases. «Los hemos visto por TV», dijeron, añadiendo que todo les parecía divertido. La señorita Boltz se sintió complacida, pero dudó. Solamente uno de ellos era oficialmente alumno suyo. Tomó el nombre a los demás y los envió a su casa. Sólo permitió que se quedara el que era alumno suyo,

Se trataba de un muchacho larguirucho de unos quince años de edad aproximadamente y, si bien parecía inteligente, había en él cierta reserva melancólica que hizo que la señorita Boltz se sintiera incómoda. Se llamaba Randy Stump.

—Es un nombre extraño, pero me conformo de tenerlo —murmuró el muchacho.

La señorita Boltz le hizo algunas preguntas sobre Shakespeare y otros nombres; el chico se quedó mirándola con la boca abierta, algo asustado.

El primer impulso fue enviarle a su casa como a los demás. Semejante alumno podría desorganizar quizá su clase. Lo que le detuvo fue el pensar que la atractiva profesora de TV, aquél máximo exponente de la Nueva Educación, haría exactamente esto. Enviarle a casa.

Se dijo a sí misma: «Sería una simple profesora de nombre solamente, si no pudiera resolver un sencillo problema de disciplina».

El muchacho se movió nerviosamente cuando la señorita Boltz le observó por segunda vez. Era bastante más alto que ella y le pareció ver en aquel chico un buen elemento para realizar una labor verdaderamente interesante.

Caminó a su lado tímidamente cuando ella le acompañó hasta el salón de clase, donde se sentó en un pupitre; seguidamente se sumió en una pasmosa inmovilidad pareciendo que estuviera al borde de la hipnosis. Los otros alumnos intentaron que participara en sus discusiones, pero el muchacho hizo caso omiso. Siempre que la señorita Boltz levantaba la cabeza, veía los ojos del muchacho fijos en ella con gran intensidad. Inmediatamente lo comprendió: el muchacho estaba en la clase, pero todavía seguía contemplando instintivamente la televisión.

Su hora de TV transcurrió bien. Se formó un grupo para discutir sobre *Historia de dos ciudades* y la sagacidad de sus alumnos la encantó. A las once y cuarto en punto se apagó la luz roja. Jim Pargrin alzó una mano saludándola desde atrás de su ventanilla de cristal, respondiendo ella de la misma manera. A continuación comenzó su clase de historia. La señorita Boltz reflexionaba en hallar algún medio para apartar a Randy Stump de su costumbre televisiva.

Cuando miró a sus alumnos todos ellos dirigían sus ojos hacia la puerta, que se había abierto silenciosamente. Una voz seca preguntó:

—¿Qué es lo que aquí ocurre?

Era Roger Wilbings.

El hombre se quitó las gafas volviendo a colocárselas nerviosamente. Preguntó de nuevo:

—¿Puedo saber qué significa todo esto?

Nadie respondió. La señorita Boltz había previsto sus justificaciones para el caso que le llamasen la atención respecto a aquella enseñanza no autorizada, pero la inesperada interrupción la dejó momentáneamente sin habla.

—¡Señorita Boltz!

La boca del señor Wilbings se abrió y cerró varias veces buscando las oportunas palabras. Hubo un largo silencio y luego añadió:

—He visto a muchos profesores hacer cosas absurdas, pero jamás he visto hacer una como ésta. Me siento muy satisfecho de tener en este momento otra fehaciente prueba de su incompetencia. No solamente es usted una profesora inepta, sino que evidentemente sufre algún trastorno mental. Ninguna persona razonable hubiese traído a estos..., estos...

Se detuvo. Randy Stump acababa de salir de su hipnosis con una fuerte sacudida. Saltó hacia delante, se plantó enérgicamente delante de Wilbings y le gritó:

—¡Retire inmediatamente lo que acaba de decir!

Wilbings le miró con gran serenidad.

—Vete a casa, muchacho... —dijo.

Su mirada recorrió toda la estancia y añadió:

—Retírense todos a vuestras casas. ¡Inmediatamente!

—No puede usted obligarnos —dijo Randy.

Wilbings decidió hacer uso de toda su autoridad.

—Ningún joven delincuente...

Randy le atacó de pronto. Las gafas de Wilbings volaron por el aire quedando destrozadas en el suelo. Trató de responder al ataque, pero el golpe que Randy le aplicó seguidamente produjo en su rostro un ruido seco. El superintendente ayudante se tambaleó hacia atrás cayendo luego sobre el pavimento con un ruido de cristales rotos que se esparcieron en el pasillo exterior.

La señorita Boltz se inclinó para ayudarle. Randy permaneció inmóvil y atemorizado.

—Lo siento, señorita Boltz —tartamudeó.

—Estoy segura que sí. Pero ahora..., creo que lo mejor que puedes hacer es irte a casa.

Cuando se llevaron a Wilbings, la señorita Boltz advirtió con gran sorpresa que el hombre no pronunciaba ni una sola palabra más, pero la mirada que le dirigió al abandonar la habitación hacía innecesaria toda ulterior conversación.

Jim Pargrin llamó inmediatamente a un empleado para que colocara un cristal nuevo.

—Mal asunto —comentó—. Ya no podrá serle usted más antipática después de esto, y, estoy seguro que en la audiencia de mañana hablará de lo que ha ocurrido en esta clase.

—¿Debo enviar a casa a todos los chicos? —preguntó la señorita Boltz ansiosamente.

—Eso en estos momentos sería abandonar la lucha, ¿verdad? Siga usted adelante. Ya arreglaremos esto sin molestarla a usted para nada.

La señorita Boltz volvió a sentarse ante su mesa, abrió un libro de notas y dijo:

—Ayer estuvimos hablando de Alejandro Magno...

Los quince miembros de la Junta de Educación ocupaban todo el lado de una mesa larga y estrecha. Eran hombres de negocios y algunos de ellos ejercían profesiones liberales, en su mayor parte, de edad madura, todos muy serios demostrando evidente impaciencia.

En el lado opuesto de la mesa, estaba sentada la señorita Boltz en compañía de Bernard Wallace. Roger Wilbings ocupaba el otro extremo junto a un aburrido técnico que estaba preparando un informe sobre los procedimientos a seguir. Un hombre sencillo de aspecto nervioso, al que Wallace identificó como el superintendente de Educación, entró en la sala, y después de hablar brevemente con Wilbings volvió a salir.

—Casi todos son imparciales —murmuró Wallace en voz muy baja—. Son honestos. Con esto tenemos algo ganado en principio. La dificultad principal consiste en que no saben nada sobre educación; hace ya bastante tiempo que dejaron de ser estudiantes.

Desde su lugar en el centro de la mesa, el presidente puso orden en la sala. Miró fijamente a Bernard Wallace y anunció:

—Señores, esto no es un juicio, se trata solamente de una audiencia para obtener los datos esenciales que ayuden a la Junta a tomar una decisión justa y adecuada. No es nuestro propósito discutir aspectos de carácter legal.

—El presidente de la mesa también es abogado —dijo Wallace—. Un buen profesional.

—Puede usted empezar, Wilbings —añadió el presidente.

Wilbings se puso en pie. Tenía un ojo amoratado y sonrió fingidamente con dificultad.

—El motivo de esta reunión se relaciona con el hecho que la señorita Mildred Boltz tiene un contrato tipo 79B concedido en el año 2022. Recordarán todos ustedes que este distrito escolar inicialmente se hizo responsable de estos contratos durante una escasez de profesores en Marte, cuando...

El presidente golpeó con el mazo sobre la mesa y dijo interrumpiéndole:

—Ya sabemos todo eso, Wilbings. Usted quiere despedir a Mildred Boltz por incompetente. Presente usted las pruebas de tal incompetencia y luego oiremos lo que dice sobre ello la señorita Mildred; y acabemos pronto. No estamos dispuestos a pasarnos aquí toda la tarde.

Wilbings, cortésmente, hizo una reverencia.

Entregó a todos los presentes cuatro índices normales Trendex de Mildred Boltz, y también un índice especial que fue autorizado recientemente por la Junta.

Se repartieron los documentos. La señorita Boltz estudió únicamente el índice Trendex que todavía no había visto. Indicaba un 2..., las dos décimas de un uno por ciento.

—Cuatro de estos índices son de cero o tan bajos que prácticamente podemos considerarlos como cero —dijo Wilbings—. El índice de veintisiete constituye un caso especial.

El presidente, inclinándose hacia delante, dijo:

—¿No resulta poco frecuente que un índice se desvíe tan desproporcionadamente de los otros?

—Tengo razones para creer que ese índice significa una de estas dos cosas: fraude o error. Admito desde luego, que mi opinión es absolutamente personal y que carezco de pruebas para que las acepte un tribunal.

Los miembros de la Junta comentaron ruidosamente entre ellos. El presidente dijo con lentitud:

—Se me ha asegurado más de mil veces que el Trendex es infalible. ¿Puede usted, si no tiene inconveniente, decirme cuáles son sus razones para tener tales sospechas?

—Preferiría no decirlas.

—Entonces no tendremos en cuenta su opinión personal.

—El problema, en realidad, está bien claro. A pesar de ser veintisiete el número señalado en uno de los índices, la señorita Boltz tiene un promedio de cinco en la fracción de nueve semanas.

Bernard Wallace estaba recostado cómodamente en un sillón, con una mano metida en el bolsillo y la otra girando en el aire su llavero.

—No consideramos el problema tan claro como usted dice. Hay un índice de veintisiete —dijo.

El presidente frunció el ceño.

—Si tiene usted la amabilidad de permitir que el señor Wilbings exponga su caso... —dijo.

—Muy gustosamente. ¿Qué está esperando?

Wilbings se sonrojó.

—Es inconcebible —dijo— que un profesor o profesora competente pueda dar índices de cero o fracciones de tanto por ciento. Como prueba más amplia de la incompetencia de la señorita Boltz, deseo informar a la Junta que, sin autorización, trajo a diez de sus estudiantes a un estudio de este edificio y les dio clase durante mañanas y tardes enteras.

El rozar de pies sobre el suelo, el fumar de los cigarrillos y los ocasionales murmullos se detuvieron. Miradas de desorientación se fijaron en la señorita Boltz. Wilbings disfrutó brevemente de aquel silencio antes de continuar:

—Ahora expondré a todos ustedes los efectos funestos de esta extraña intromisión a nuestro sistema educativo. Todos ustedes están familiarizados con ella. En el caso que los hechos precisen alguna demostración, estoy dispuesto a ofrecer como prueba la declaración del daño físico producido en uno de estos períodos de clase, así como los causados sobre mi propia persona, que fue atacada por uno de esos jóvenes granujas sobre los que la señorita Boltz tiene influencia. Afortunadamente descubrí este, digamos, complot en contra de la juventud de nuestro distrito antes que sus efectos malignos e irreparables pudiesen

progresar. Por supuesto, su inmediato despido pondría fin a todo ello. Este, señores, constituye nuestro caso.

El presidente dijo:

—Es difícil de creer. Señorita Boltz, ¿tendría usted la amabilidad de explicar a la Junta por qué...?

Bernard Wallace interrumpió al presidente para preguntar:

—¿Es mi turno, señor presidente?

El presidente dudó, miró al resto de los presentes por si deseaban hacer alguna pregunta. Y ante el silencio de los miembros de la Junta, dijo:

—Adelante. Puede usted hablar.

—Una pregunta, caballeros. ¿Cuántos de ustedes han recibido su educación bajo esas funestas circunstancias que tan elocuentemente acaba de describir Wilbings? Levanten una mano, por favor, y seamos sinceros... Ocho, diez, once. Once entre quince. Gracias. Y díganme, señores, ¿atribuyen ustedes su actual estado de «degeneración» a ese sistema educacional tan siniestro?

Las irónicas palabras de Wallace promovieron la sonrisa de todos los miembros de la Junta.

—Usted, Wilbings —continuó Wallace—, habla como si aquí todos estuviesen familiarizados con los fatales efectos de la enseñanza en grupo. ¿Es usted una autoridad en ese terreno?

—Por supuesto. Estoy familiarizado con toda clase de estudios e investigaciones de tipo sistematizado y normativo.

—¿Tiene usted alguna experiencia de ese sistema de educación? ¿Ha enseñado usted de acuerdo con sus bases normativas?

—¡Desde luego que no!

—Entonces no es usted una autoridad en esta materia. Todo cuanto usted sabe sobre los «funestos efectos» es lo que haya podido escribir algún imbécil.

—¡Señor Wallace!

—Bien, olvidemos eso. Dígame, ¿es o no correcta mi pregunta? Todo cuanto usted sabe...

—Estoy dispuesto a aceptar el veredicto de una reconocida autoridad en la materia.

—Y dígame, esas reconocidas autoridades en la materia, ¿han tenido o tienen alguna experiencia de la enseñanza en grupo?

—Si son autoridades reconocidas...

Wallace dio un fuerte puñetazo sobre la mesa y exclamó:

—¡No conteste saliéndose por la tangente! Reconocidas autoridades..., ¿entre quiénes? La cuestión es si realmente saben algo de lo que escriben. ¿Bien...?

—No puedo estar seguro sobre cuál es la base que emplean para sus estudios.

—No se trata sólo de la base, como usted dice, sino más bien de conocer el tema. Si yo le presentase una autoridad con años de experiencia y estudio sobre el sistema de enseñanza en grupo, ¿aceptaría usted la palabra de esa persona en lo referente a los efectos de dicho tipo de enseñanza ya sean dañinos o todo lo contrario?

—Me complacería considerar la opinión de una autoridad en el campo de la enseñanza —respondió Wilbings.

—¿Y ustedes qué dicen, caballeros?

—Nosotros no somos expertos en educación —dijo el presidente—. Tenemos que confiar en los entendidos.

—Magnífico. Pues bien, aquí les presento a la señorita Mildred Boltz, cuyos veinticinco años de enseñanza en grupo, efectuada en Marte, la convierten indudablemente en la más

competente autoridad sobre el tema, en todo el hemisferio occidental. Señorita Boltz, la enseñanza en grupo, ¿es dañina para los alumnos?

—Desde luego que no —contestó la señorita Boltz—. En veinticinco años de ejercicio no recuerdo ni un solo caso en el que la enseñanza en grupo haya sido perjudicial para el estudiante. Por otra parte, la enseñanza por televisión...

La señorita Boltz se detuvo cuando el señor Wallace le dio un suave codazo.

—He aquí la respuesta a la última declaración de Wilbings —dijo Wallace—. La señorita Boltz es una experta en el campo de la enseñanza en grupo. No hay aquí nadie que pueda discutirle en este aspecto. Si ella trajo diez de sus alumnos a este edificio, sabía perfectamente lo que hacía. En realidad yo mismo opino que sería una buena medida que cada distrito escolar tuviese entre su personal un experto en enseñanza de grupo. ¡Wilbings parece no opinar así, pero ustedes, señores de la Junta, podrían considerar este asunto. Ahora en cuanto a la tontería del Trendex...

Wilbings dijo friamente:

—Los índices Trendex no son una tontería.

—Podría demostrarle a usted que sí lo son, pero no quiero hacer perder mucho tiempo a estos señores. Usted alega que el índice veintisiete se debe a un fraude o a un error. ¿Y cómo sabe usted que estos otros índices no se deben también a fraude o error? Tomemos el último..., este índice especial. ¿Cómo lo sabe?

—Ya que usted parece insistir sobre esto —dijo Wilbings— considero un deber declarar que la señorita Boltz es amiga personal de cierto miembro del departamento de ingeniería que ocupa una posición suficiente para poder influir en los índices. Este amigo supo que la señorita Boltz iba a ser despedida. Repentinamente y sólo por una vez, su índice ascendió hasta alcanzar un nivel satisfactorio. Las circunstancias hablan por sí solas.

—¿Por qué está usted tan seguro del hecho que este último índice no se debe a fraude o error?

—Porque hice venir del exterior a un ingeniero en quien puedo confiar. Él se hizo cargo personalmente del último Trendex de la señorita Boltz.

—¡Acabemos! —dijo Wallace con tono despreciativo—. Wilbings quiere que se despida a la señorita Boltz. No confía en la veracidad de los Trendex tomados por los ingenieros del distrito. Y así llama a un amigo suyo del exterior, a una persona en la que él puede influir para que tome el índice que le interesa. Ahora, díganme ustedes, si eso no abre la puerta al fraude o al error...

Los fuertes rumores que estallaron en la sala hicieron vibrar los cristales de las distantes ventanas: Wilbings se puso en pie vociferando; el presidente golpeaba sobre la mesa exigiendo orden; los miembros de la Junta discutían acaloradamente entre sí.

—Señores —dijo Wallace, cuando logró que le escuchasen—. Yo no soy una autoridad en Trendex, pero puedo decirles que estos cinco índices y las circunstancias que los rodean no están claros. Sin embargo, hay una forma para que los señores que forman la Junta queden satisfechos en todo lo referente al resultado de esta audiencia. En este momento no creo que ninguno de nosotros sepa si la señorita Boltz es o no una profesora competente. Pero lo sabremos muy pronto. Obtengamos otro Trendex. Consigamos otro Trendex de todos los alumnos de la señorita Boltz. No hago aquí ninguna promesa, pero si lo resultados están de acuerdo con el promedio que aquí tenemos, en tal caso yo mismo aconsejaré a la señorita Boltz su inmediata renuncia, sin realizar más pruebas periciales.

—Eso es razonable —dijo el presidente—. Aceptada la propuesta. Wilbings, que venga Pargrin aquí y veremos si eso se puede llevar a término.

La señorita Boltz permaneció sentada en su silla mirando con tristeza la brillante superficie de la mesa. Se sentó como traicionada. Era totalmente evidente que su suerte dependía del rechazo de aquellos últimos Trendex. La prueba que había sugerido Wallace

lo confirmaría definitivamente y su defensa caería por tierra. Sabía que Jim Pargrin así lo entendería.

Cuando entró Pargrin en la sala, evitó intencionadamente mirar a la señorita Boltz.

—Es posible hacerlo —dijo, cuando el presidente le comunicó lo que deseaba—. Quizá altere algo nuestro programa y recibamos retrasado el próximo Trendex normal, pero si es necesario podemos hacerlo. ¿Podemos presentarlo mañana?

—¿Le parece bien mañana, Wilbings? —interrogó el presidente.

—Tratándose de la señorita Boltz no tengo ninguna confianza en los índices tomados por nuestro personal —respondió Wilbings.

Pargrin frunció una ceja.

—No sé a lo que usted se refiere, pero si duda usted de nosotros envíe llamar a ese ingeniero suyo y que él lo haga. Probablemente siendo éste un trabajo extra, los hombres del Trendex, se lo agradecerán.

—¿Le satisface eso, Wilbings? —interrogó de nuevo el presidente.

Wilbings asintió con un movimiento de cabeza y luego respondió:

—Sí. Me satisface.

—Pues bien. La clase de la señorita Boltz termina a las once y cuarto. ¿Podemos tener los resultados para las once y media? Magnífico. La Junta se reunirá mañana a las once y media y dictaminará en definitiva sobre este caso.

Se dio por terminada la reunión. Bernard Wallace dio en un brazo a la señorita Boltz una afectuosa palmada y murmuró a su oído:

—Ahora no se preocupe por nada en absoluto. Actúe como de costumbre y procure darnos su mejor clase de TV. Espero que las cosas salgan bien.

La señorita Boltz regresó a su clase, donde Lyle Stewart la estaba sustituyendo.

—¿Qué ha decidido la Junta? —preguntó.

—Todavía no ha resuelto —dijo ella—. Aunque creo que no hay muchas dudas. Mañana puede ser mi último día de clase de modo que veremos cómo acaba todo.

La clase de TV de aquel miércoles por la mañana fue la mejor de las que la señorita Boltz había explicado hasta entonces. Los estudiantes actuaron magníficamente. Al mirarlos, la señorita Boltz pensó, muy apenada, en los miles de chicos y chicas que habían perdido su maravilloso tiempo contemplando en la pantalla a aquellos actores y actrices en paños menores.

Se apagó la luz roja. Lyle Stewart entró en el estudio.

—Muy bien —comentó.

—¡Han estado todos maravillosos! —exclamó la señorita Boltz dirigiéndose a sus alumnos.

Sharon, la muchacha ciega, dijo casi con lágrimas en sus tristes ojos:

—Nos dirá usted lo que suceda, ¿verdad? ¿Nos lo dirá?

—Se lo comunicaré tan pronto como yo lo sepa —respondió la señorita Boltz.

Luego forzando una sonrisa abandonó el estudio.

Al caminar apresuradamente por el pasillo una larguirucha figura se interpuso a su paso: un muchacho alto, pálido, con una expresión de temor reflejada en su rostro.

—¡Randy! —exclamó la señorita Boltz—, ¿qué estás haciendo aquí?

—Lo siento, señorita Boltz. Lo siento mucho, y no volveré a hacerlo otra vez. ¿Puedo volver a clase?

—Me gustaría que volvieres, Randy, pero quizá después de hoy ya no haya más clases.

El muchacho quedó claramente sorprendido.

—¿Que no habrá más clases?

La señorita Boltz movió la cabeza negativamente.

—Temo que posiblemente me despidan; ya lo sabes.

El muchacho crispó ambos puños. Cayeron algunas lágrimas por su cara y su voz se quebró en un sollozo. La señorita Boltz trató de consolarle. Transcurrieron algunos minutos antes que ella comprendiera por qué lloraba el muchacho.

—¡Randy! —exclamó—. No es culpa tuya si me despiden. Lo que tú has hecho nada tiene que ver con esto.

—No permitiremos que la despidan —dijo el chico—. Todos nosotros..., los muchachos..., no lo permitiremos.

—Tenemos que respetar la ley, Randy.

—¡Pero no la despedirán! —exclamó Randy con rostro resplandeciente—. Es usted la mejor profesora que conozco. Sé que no la despedirán. ¿Puedo regresar a clase?

—Si mañana hay clase, Randy, puedes venir. Ahora tengo que darme mucha prisa. Llegaré tarde.

Efectivamente llegó tarde al salón de sesiones, situado en la planta baja del edificio. Caminó apresuradamente por el pasillo y se detuvo finalmente ante una puerta cerrada. Consultó su reloj. Eran las doce menos cuarto.

Llamó tímidamente a la puerta. No hubo respuesta.

Llamó más fuerte y finalmente abrió un poco.

La sala estaba vacía. Allí no había miembros de la Junta, ni técnicos, ni Wilbings, ni tampoco se hallaba presente el abogado Wallace. Todo había terminado y ni siquiera se habían molestado en notificarle el resultado.

Sabían que ella pronto se enteraría. Y enjugándose los ojos con la manga del vestido, se dijo a sí misma: «¡Animo!» Seguidamente regresó por donde había venido.

Al caminar escuchó pasos apresurados que la seguían. Se trataba de Bernard Wallace, quien se acercó a ella sonriendo.

—Me preguntaba dónde estaría usted metida. Estuve hace un momento en su despacho. ¿Sabe las noticias?

La señorita Boltz movió la cabeza negativamente y respondió:

—No sé absolutamente nada.

—Su Trendex fue de 99,2. Wilbings al conocerlo casi sufrió un desmayo. Quiso gritar «¡fraude!», pero no se atrevió. Y no se atrevió porque había hecho intervenir a su ingeniero particular. La Junta, al conocer el resultado del índice cerró el caso. Creo que hasta pensaban despedir a Wilbings, pero tenían prisa.

La señorita Boltz respiró profundamente apoyándose contra la pared sumamente aliviada. Luego exclamó:

—¡No es posible!

—Pero es una realidad. Esto lo teníamos planeado en cierta manera. Jim y yo conseguimos los nombres de todos los alumnos de usted y les enviamos cartas. «Clase especial el próximo miércoles. Gran acontecimiento. No se lo pierdan». Estoy seguro que muy pocos se lo perdieron. Wilbings cayó así en nuestras manos y le hemos vencido.

—No —dijo la señorita Boltz moviendo la cabeza y exhalando un profundo suspiro—. No. No vale la pena simular. Por supuesto que le estoy muy agradecida, pero ha sido un truco y cuando el próximo Trendex llegue, el señor Wilbings volverá a armar ruido.

—Ha sido un truco —convino Wallace—, pero es un truco permanente. La generación más joven de hoy nunca había pasado por la experiencia de una auténtica clase como la de usted. El primer día usted les contó cosas sobre la escuela de Marte y les fascinó. Logró atraer su atención. Jim me estuvo contando todo esto. Pensamos luego que si aparecía en la pantalla toda su clase en grupo también les fascinaría. Wilbings tomó el Trendex especial antes que usted empezara con sus clases, pero Jim ha estado observando su actuación estos últimos días y los índices han ido en aumento. Ayer pasó de los diez, y ahora que todos los

chicos saben lo que está usted haciendo, seguro que los índices subirán al máximo continuamente. Así que se acabaron las preocupaciones, ¿se siente feliz?

—Muy feliz. Y muy agradecida.

—Algo más. El presidente de la Junta desea hablar con usted respecto a estas clases. Cené con él la noche pasada y le informé de todo cuanto pude. Está muy interesado. Sospecho que tiene más de una duda sobre la Nueva Educación. Por supuesto que no podemos sustituir en veinticuatro horas la enseñanza por TV, pero podemos iniciar poco a poco su supresión. Ahora tengo que trabajar. La veré pronto.

El abogado se alejó, jugando con sus llaves.

La señorita Boltz se dio la vuelta y vio cómo Jim Pargrin se acercaba a ella. Le estrechó la mano y dijo:

—Todo se lo debo a usted.

—Usted no debe nada a nadie como no sea a usted misma. Estuve arriba en su clase, se lo he comunicado a todos los chicos. Lo están celebrando.

—¡Dios mío! Espero que no rompan nada.

—Me alegro por usted. Por otra parte lo siento.

Jim Pargrin la miró de aquella manera que la había hecho sentirse más joven. Hubo un silencio y el hombre añadió:

—Pensé en que si perdía usted su empleo podría pedirle que se casara conmigo.

Jim Pargrin se detuvo mirando hacia otro lado tímidamente. Después añadió:

—Por supuesto, habría echado usted de menos sus clases, pero quizá si llegásemos a tener algunos chicos nuestros...

La señorita Boltz se sonrojó vivamente.

—¡Jim Pargrin! —exclamó—. ¿A nuestra edad?

—Me refiero a adoptar alguno o algunos.

—Realmente..., nunca se me ha ocurrido pensar qué es lo que echaría de menos al no tener hijos. He tenido una familia toda mi vida, desde que comencé a dedicarme a la enseñanza; y aun cuando los niños eran diferentes cada año les he querido a todos. Y ahora tengo una familia más, esperándome. Esta mañana estaba tan nerviosa que he dejado mis notas de historia en el despacho. Tendré que darme prisa.

La señorita Boltz dio unos cuantos pasos y luego se volvió para mirar a Pargrin.

—¿Qué es lo que le ha hecho creer que no me casaría con usted si continuase con mis clases?

La exclamación de alegría que lanzó Pargrin fue clara y terminante, y antes de doblar la esquina del pasillo, la señorita Boltz escuchó un silbido de alegría.

En la sexta planta avanzó por el pasillo para ir a su despacho, de prisa, ya que sus estudiantes estaban celebrando el éxito y no quería perderse la fiesta. Al mirar hacia delante vio cómo se abría lentamente la puerta del despacho. Se asomó un rostro e inmediatamente después una figura larguirucha cerró apresuradamente la puerta desapareciendo en la otra esquina del pasillo. Era Randy Stump.

—¡Randy! —murmuró en voz baja la señorita Boltz.

¿Qué hacía en su despacho? No había allí nada a no ser sus libretas de notas y algún material de escritorio, y..., ¡su bolso! Había dejado el bolso sobre la mesa del despacho.

—¡Randy! —repitió nuevamente.

Abrió la puerta y miró a su interior. De pronto la señorita Boltz lanzó una carcajada..., reía y lloraba a la vez, inclinada contra el dintel de la puerta. Luego de haberse calmado un poco exclamó:

—¡Vaya...! ¿Cómo se le habrá ocurrido semejante idea?

Su bolso se hallaba sobre la mesa, sin tocar. Junto a él, bajo la luz que iluminaba la estancia había una enorme y redonda manzana.

EL PLANETOIDE INEPTO

Phyllis Gotlieb

Phyllis Gotlieb nació y ha vivido siempre en Toronto, y está casada con el director del Instituto de Cibernética de la Universidad de dicha ciudad canadiense. Como escritora, no se dedica a la SF de una forma exclusiva, y sus poemas aparecen regularmente en las revistas literarias del Canadá. En los Estados Unidos, ha publicado una novela (Sunburst) y varios relatos de SF.

«No siento especial predilección —dice la señora Gotlieb— por un género literario determinado. Todos me parecen necesarios, como las vitaminas.»

Planetoid Idiot es uno de esos relatos —tan escasos en la SF— que interesan más por las tensiones y contrapuntos psicológicos establecidos entre los personajes (pertenecientes, en este caso, a diversas razas cósmicas) que por la trama argumental propiamente dicha.

Era pasada la medianoche en el puesto de observación Fedgal, de Xirifor II. Una tenue neblina planeaba sobre las aguas, y la gran nave donde se albergaba la sección de la Federación Galáctica en el planeta, estaba anclada en la orilla. Suaves olas morían en silencio contra el casco impulsadas por el frío viento nocturno. Dentro, en la sala de tanques, una mano giró la llave del tanque de sueño de Vavvingru, y éste comenzó a ahogarse.

El agua penetró entre las hojillas de sus pulmones, pero no se despertó. Aunque había perdido las branquias exteriores a causa de una enfermedad, lo que quedaba de su sistema interno le permitía extraer del agua, durante media hora, la mezcla de gases que él llamaba aire. Luego el medio se sobrecargó y el durmiente empezó a asfixiarse.

Se despertó con una sensación de pánico silencioso ahogándose en el agua familiar, tratando de desprenderse del cierre que bajo el maxilar le mantenía habitualmente con la cabeza sobre el nivel del agua. Sus dedos, debilitados por la falta de circulación, no pudieron aflojarlo. Se debatió débilmente, en una desesperación impotente y aterradora. «¡Socorro!», chilló su mente. No habría ayuda, no tenía forma de escapar, no podía emitir ningún sonido. Estaba condenado a morir.

Al otro lado de la sala, en un tanque más grande lleno de agua de un planeta distinto, Hrufa se agitó mientras dormía y se despertó. Sin abrir siquiera los ojos, en menos de un segundo se dio cuenta de lo que sucedía: Vavvingru se estaba ahogando, estaba muriéndose. Alguien le había inundado el tanque. Pero Hrufa era demasiado grande y pesada para saltar sobre el borde de su propio tanque. El cierre que siempre utilizaba habría tardado unos cuantos minutos en abrirse, y para entonces Vavvingru ya estaría muerto.

Comenzó a emitir fuertes impulsos mortales, como inaudibles pitidos de una sirena. De haberlos oído alguien, sin duda se le hubieran roto los tímpanos, y hasta el cráneo. Poco después el cristal de su tanque empezó a agrietarse como una taza de porcelana, y el agua se filtró suavemente por las hendeduras hacia el suelo. En el lecho de cieno de las oscuras profundidades marinas todas las criaturas vivientes se estremecieron. Las ondas telepáticas percutieron sobre los solares cuando estaban en sus literas, y les hicieron saltar de ellas. Thlyrrh, en su concha de durmiente, estuvo a punto de desintegrarse, y en las honduras marinas, muchas millas más lejos, un asesino en potencia se detuvo cuando ya asestaba el golpe. Un vaso sanguíneo se rompió en su cerebro, cuyas venas ya estaban distendidas por el miedo y el sentido de culpabilidad. Murió como abatido por el rayo, y su cuerpo fue arrastrado por la corriente.

Los solares, Olivia Smith y Michael Faraday Berringer, se sentaron apretándose la cabeza con las manos. Eran menos sensibles porque no eran telépatas, pero el efecto del fuerte impulso de Hrufa les produjo un intenso dolor de cabeza. Thlyrrh, que era telémeta, estaba muy alarmado. Se metió en su concha de labor y allí se detuvo, jadeante.

«¡Rápido, cierren la válvula de agua!», gritó Hrufa. Como la mayoría de los telépatas y reptiles, no tenía voz. Sólo hablaba telepáticamente.

Los solares hicieron girar la válvula, treparon por la escalerilla para soltar el cierre y sacaron del tanque el cuerpo exánime. El agua había rebasado los bordes del tanque, y volvieron empapados.

—¿Por qué no funcionó el sistema de desagüe? —preguntó Berringer.

«También lo desconectaron», repuso la telémeta.

—Normalmente no suelen ser tan inteligentes —añadió Berringer, y entre él y Thlyrrh sostuvieron a Vavvingru cabeza abajo y le sacudieron hasta que el agua salió de sus hojillas pulmonares, permitiéndole de nuevo tomar aire. Mientras tanto, Hrufa observaba con ansiedad las operaciones, nadando de aquí para allá en su tanque.

Vavvingru no pesaba mucho, y Berringer se lo llevó hasta el laboratorio y lo tendió sobre la camilla. Thlyrrh extrajo un estetoscopio de su cápsula y escuchó el desfalleciente corazón.

—¿Cómo se encuentra?

Thlyrrh no contestó; no podía hacerlo porque era incapaz de captar los impulsos del solar. Hrufa, que lo captaba todo, relacionó la conversación casi sin solución de continuidad.

«Dice que está muy alicaído, pero que vivirá.»

El tono era ligeramente jocoso al emplear el equivalente de la jerga solar.

Thlyrrh nunca había trabajado con solares, hasta entonces, y no conocía su modo de actuar y de expresarse.

—Será mejor que salgas de ese condenado tanque —recomendó Berringer, al que aún le dolía la cabeza.

Olivia Smith, con el rostro pálido y mustio, temblaba descalza, pisando el suelo lleno de agua fría. Por lo menos no había necesidad de muchas explicaciones: como Hrufa y su gente eran los telépatas más potentes de toda la Galaxia, había despertado a todo el mundo haciendo saber lo que ocurría.

—También podrías ponerte algo en los pies —añadió Berringer dirigiéndose a Olivia con una sonrisa—. No sabía que llevases camión de franela.

Olivia miró hacia abajo, a su empapada prenda, se sonrojó, y alzando un poco el borde de la falda repuso:

—Tampoco creí yo que eso podía interesarte, Berringer.

Berringer movió las cejas desconcertado, y Olivia experimentó una cálida sensación de gozo. Por una vez había conseguido hacerle callar.

Hrufa salió de su tanque por la portilla y observó los daños.

«No quise causar ningún perjuicio —declaró—. La llamada era tan apremiante...»

—Claro... Habrá sido uno de los walashi el que ha intentado matarte, ¿no es cierto?

«Sí. Poco a poco han ido acercándose a nosotros, desde que llegamos.»

Berringer regresó al laboratorio y echó una mirada al inconsciente Xirifor.

—Si hubieran hecho bien el trabajo, habría sido mucho mejor para nosotros —dijo.

—¡Berringer! —exclamó Olivia, colocándose detrás de él.

—Bah, no seas necia. ¿Acaso vamos a hacer algo que valga la pena mientras le tengamos a él a nuestro lado? De todas las poblaciones planetarias teníamos que vernos con esto. ¡El Enemigo Público Número Uno y Medio!

Y Berringer se rió despectivamente, mirando el blando cuerpo humanoide, grisáceo, de nariz achatada, con cuatro dedos, y los flancos marcados con las costras y las cicatrices de lo que un día fueron unas hermosas agallas purpúreas y profusamente ramificadas.

«Quebrantó sus leyes», repuso Hrufa con tono contemporizador.

—¡Las leyes de una tribu!

«Aquí tienen tanto valor como las de vuestra Inglaterra o vuestros Estados Unidos.»

Y era cierto. Los walashi eran la tribu más numerosa, más sana y poderosa de Xirifor II. Las otras estaban dispersas, arruinadas y decadentes a causa de una enfermedad de las agallas. Los walashi se mantuvieron relativamente libres de la dolencia, dando muerte o expulsando a los enfermos y reproduciéndose sólo entre individuos sanos. Vavvingru, un miembro de la tribu Uwari, que evidentemente tenía corrompidas las agallas, actuó de forma irresponsable al seducir y embarazar a una mujer walashi. El resultado fue que a ella la detuvieron y él huyó, temiendo por su vida. Y los walashi matarían a sus hijos en cuanto nacieran, pues si salían varones era casi seguro que nacerían con las agallas corrompidas, y si eran hembras podían no estar enfermas, pero serían portadoras de la dolencia.

El equipo de observadores había llegado a Xirifor II con el fin de descubrir lo que pudieran sobre la corrupción de agallas. A punto estuvieron de no saber nada, pues milagrosamente lograron rescatar a Vavvingru. Los walashi querían eliminarle, y las otras cuarenta y seis tribus, que habían dejado de luchar entre sí el tiempo suficiente para poder enviar la llamada de auxilio, estaban ahora demasiado asustadas para colaborar con un equipo de observadores amenazado por los walashi.

—Cuarenta y siete tribus, y en lo único que se han puesto de acuerdo es en que éste es veneno... —murmuró Berringer—. Bueno, no podemos dejarle así; se deshidratará.

«Tendrá que volver al tanque.»

—Sentirá miedo.

«No harán otro intento esta noche. Mañana colocaremos un mecanismo de seguridad a la entrada.»

—¿Y tú? —dijo Berringer, señalando el agrietado tanque.

«Ahí hay un adhesivo especial. Será posible remediarlo mientras permanezcamos en este lugar. En caso contrario haré un esfuerzo con mis pulmones. Ser anfibio también tiene sus compensaciones.»

—No muchas, en el caso de Vavvingru —contestó Berringer, y miró a Hrufa con expresión inquieta.

Anfibio o no, medía cerca de dos metros y medio, y debería pesar más de quinientos kilos en la Tierra. Aquí la gravedad era menor, pero Hrufa estaba acostumbrada a vivir las cuatro quintas partes de su existencia bajo el agua, y podía sentirse incómoda. Los solares habían tardado bastante en acostumbrarse al inquietante crujido de los suelos con su peso.

«Necesito el cadáver», dijo Hrufa, recordando al ser que su impulso telepático había matado en las profundidades.

—Desde luego, lo había olvidado. También yo he querido poner las manos en uno, desde hace mucho tiempo.

«¡No, Berringer, el cuerpo de un walashi no!»

—¿Y por qué demonios no? ¿Qué tiene eso de particular?

«Ya tenemos bastantes complicaciones con ellos. Lo último que deseáramos es que nos persiguieran por quebrantar sus costumbres funerarias. El cuerpo debe estar entero, para que el alma llegue a los cielos.»

—¿Crees de verdad que ése irá al cielo?

«Les pertenece. Es un héroe.»

Berringer se rió con desdén y agregó:

—Entonces, ¿para qué los necesitas tú?

«Hay algo que deseo investigar. Cuando termine, puedes comenzar tú por fuera, pero sin cortar.»

—Pero si ni siquiera sabes dónde está.

«Sé dónde murió.»

Se produjo la reacción acompañada de sensaciones de dolor, de arrepentimiento, de haber quebrantado la ley. Su forma de pensar acerca de los xirifri era diferente de la de Berringer. Ella llegó allí para investigar, y había matado.

«Sus gentes también estarán buscando su cuerpo —agregó Hrufa—. Tengo que ayudarles.»

Luego se dirigió a su compartimiento, en busca de unos filtros, y salió con ellos colocados en los orificios de las branquias situados a los lados de su cuello. Thlyrrh no era más que un montón de protoplasma colocado en un caparazón artificial; podía vivir en cualquier parte, con tal que dispusiera de un caparazón adecuado. Pero Hrufa y los solares necesitaban filtros y aparatos de drenaje en los conductos nasales, para poder respirar el aire de Xirifor. Por ello debían evitar en lo posible la respiración por la boca, pero resultaba muy incómodo, pues eran muchos los suspiros y gruñidos que había que emitir por la nariz.

Hrufa se sentía aún más obligada porque era la única del equipo que sólo con el aire que extraía podía hallar una dirección adecuada en el mar sin necesidad de orientarse. Pero para eso necesitaba disponer de otros filtros en el agua.

Cuando se disponía a salir al mar, se inclinó convulsivamente y el dolor percutió lacerante otra vez en el cráneo de los solares.

—¿Qué ocurre, Hrufa? —inquirió Olivia.

«Creo que ha sido un calambre.»

Berringer movió la cabeza, soltó un juramento y observó:

—Te has hecho daño con la fuerte emisión telepática de antes, en el tanque. No puedes salir así. Tendremos que renunciar.

«Debo conseguir ese cuerpo. Ya verán por qué cuando regrese.»

—Bueno, yo te acompañaré con el equipo de buceo. Tú puedes dirigirme.

«Eres demasiado lento. Ellos saben que no pueden tocarme, pero a ti no vacilarían en matarte.»

—¿Cómo? Con esas emisiones telepáticas tuyas puedes cubrir medio planeta...

«No volveré a hacerlo, Berringer. No volveré a matar, ni siquiera por ti.»

—Está bien. ¿Qué piensas hacer, entonces?

—Enviar a Thlyrrh.

—¿A ése? Es tan pesado como el plomo. Y si el agua llega a penetrar en sus articulaciones...

«No es tan pesado como parece, y créeme, no se oxidará, como tú temes», repuso Hrufa en tono festivo.

Thlyrrh tenía escasas preferencias o pasiones, pero le gustaba hacer las cosas concienzudamente, y cuando supo que tendría que trabajar en un planeta de humanoides con un equipo integrado también por humanoides, resolvió elegir una forma adecuada para su contorno exterior. El resultado fue una figura que parecía una combinación del *Apolo* de Fidias, el *David* de Miguel Ángel y un saltimbanqui de Picasso, todo realizado en oro y plata por Benvenuto Cellini. Era espléndido, escultural. Impresionó a los xirifri, incluso a los solares. También era asombrosamente ligero y rápido, no se oxidaba, y estaba como pez en el agua en cualquier gas o líquido, por lo que no necesitaba equipo de buceo.

Thlyrrh se movió con ligereza, saltó desde el desembarcadero y desapareció en las aguas.

—¿Qué sucede? ¿Dónde...?

Vavvingru se había despertado y avanzaba tambaleante hacia la puerta del laboratorio.

«No ha sido nada. Un desvanecimiento —dijo Hrufa—. Vuelve al tanque.»

—¡Están tratando de matarme! —gritó Vavvingru con los ojos desorbitados, abriendo mucho los brazos y mientras su piel ya resquebrajada por la deshidratación, palidecía aún más—. ¡No puedo volver ahí!

«Vamos, vuelve y duerme. ¡Duérmete...!», dijo Hrufa.

Vavvingru volvió al tanque y se durmió.

—Bueno, al menos no se ha resistido, debo admitirlo —declaró Berringer—. Me hubiera disgustado tener aquí a un walashi encerrado contra su voluntad. Vavvingru no trata de matar a nadie; es lo único que puede decirse en su favor.

«Quiero algo más de él. Espero que sirva como medio de unión para esos pueblos.»

—¿Ése? Es imposible.

«Debemos hacer que sea posible. Mira allí.»

Hrufa señaló hacia un mapa que había en la pared que representaba a Xirifor II. En realidad era una exageración llamar mapa a aquello, pues carecía de paralelos y meridianos, y como el planeta estaba casi totalmente cubierto de agua y no se apreciaban puntos geográficos de referencia, con excepción de unas pocas manchas oscuras que representaban bajíos o marjales. Sobreimpresas había cuarenta y siete formas borrosas de color más claro y contornos imprecisos. Eran las tribus del planeta, aunque muchas de aquellas posiciones ya no correspondían a las del momento.

«Mira, ahí están los walashi, fuertes y numerosos. Son sanos y tienen cuchillos de verdad para luchar, mientras que los otros sólo disponen de conchas afiladas. Los walashi no nos necesitan ni nos quieren. Luego están los demás, débiles, enfermizos y dispersos. Tampoco quieren a Vavvingru, pero temen demasiado a los walashi para dejar que les ayudemos ahora. Me parece una situación sin esperanza...»

—Y, desde luego, están las perlas —dijo Berringer.

Era mejor creer, y probablemente era lo cierto, que Fedgal habría acudido en ayuda de los xirifri aunque la nave de reconocimiento no hubiera descubierto que en los mares de Xirifor las ostras producían grandes perlas azules, más hermosas que todas las conocidas hasta entonces. Fuese como fuere, lo cierto era que esas perlas proporcionaban a los pueblos del planeta algo con que realizar ciertos intercambios.

«Las perlas no son el objeto de nuestra misión —repuso Hrufa—. Esa gente está enferma y necesita ayuda. Nadie puede pensar en erradicar una enfermedad que afecta a cuarenta y siete tribus diseminadas por todos los confines del planeta y que emigran según las estaciones o sus caprichos.»

—Y más aún cuando cuarenta y seis de esas tribus están totalmente aterrorizadas.

«En efecto. Es menester unificarlas de alguna forma. Vavvingru podría servir como punto focal, aunque sólo fuera uniéndolos para que traten de matarle...»

—Sí, claro... Pero entonces constituirían una gran amenaza para los walashi. Imagina si éstos volcaran su ira sobre nosotros. Tú no tienes por qué preocuparte, pues eres invulnerable, pero nosotros... Además, dices que no piensas matar para salvar nuestras vidas.

«No es necesario que nos preocupemos de eso tan prematuramente.»

—Pero yo sí *estoy* preocupado. Temo por mi pellejo. A ti te resulta fácil jugar con dinamita, porque sabes que no vas a volar por los aires.

Berringer se fue a la cocina y cerró dando un portazo.

Aún algo mareada por el calambre cerebral, Hrufa permaneció mirando al lugar por donde había desaparecido el solar, pensando apenada en las complicadas emociones de los pueblos extranjeros.

Berringer abrió y cerró con estrépito las puertas de los armarios.

—¿Dónde demonios está el café? ¿Cuándo dejarán las cosas en el sitio que las encuentran?

Olivia, que se había secado y vestido, llegó suavemente y encontró el café en su sitio, y entonces llenó de agua la cafetera.

Él la miró irritado y dijo:

—Supongo que no te molesta eso de tener un lagarto de dos metros y medio dándote órdenes a cada momento.

—No; Hrufa me resulta simpática.

—Sabes muy bien que le interesamos muy poco todos nosotros.

—Es de una raza totalmente extraña, y por consiguiente no tiene nada de raro. Pero a mí tampoco me importa.

—Cuando no importa una cosa, tampoco duele, ¿no es cierto? —repuso Berringer, mirándola picarescamente.

Olivia enchufó la cafetera eléctrica y se volvió hacia él.

—Berringer —dijo—. En este viaje he hecho todo lo posible por cobrarte afecto, y tú has hecho todo lo posible para que fuese al revés. Si es eso lo que quieres, será mejor que lo dejemos así.

El pensamiento de Hrufa penetró en la mente de cada uno:

«Es conveniente que ustedes se acuesten y duerman un poco. Thlyrrh aún tardará en regresar.»

—Tengo ganas de estar despierto, y no necesito de tu hipnotismo. De modo que ten la bondad de dejar en paz mi mente.

Hrufa dejó de emitir al cerebro de Berringer y lo hizo al de Olivia, y ésta, que colocaba las tazas y los platillos, captó una emisión telepática de Hrufa mientras desenrollaba una gruesa alfombra en el suelo, junto al tanque.

«Tengo la impresión que no le resulto muy agradable.»

«Bueno, creo que le haces sentir como a un niño indefenso —dijo Olivia, pensando tan sólo—. Eso le incomoda.»

«Nunca ha sido ésa mi intención —contestó Hrufa en tono jocoso—. Nunca terminan las sorpresas cuando se trabaja con gentes de otros mundos.»

«Tampoco me soporta a mí..., a pesar que no puedo leer las mentes ajenas.»

«Mientras no quebrante las leyes del Fedgal, sus pensamientos no me incumben. A veces ni siquiera los entiendo.»

«Él lo sabe y no puede creerlo.»

—Además, no hemos tenido éxito aquí —agregó Olivia en voz alta, sin querer.

—¿Qué dices? —preguntó Berringer.

—Nada, pensaba en voz alta.

—Bah, no necesitas recordarme nuestro fracaso —gruñó él, y se sirvió una taza de café.

Olivia siguió junto al pequeño mostrador y observó a Berringer, inclinado sobre su taza. Había aguantado durante varios meses sus desaires. Aquello no podía seguir así; estaba a punto de derrumbarse.

Y sus comienzos no fueron muy distintos. Huérfana muy pronto, fue pasando de pariente en pariente hasta que se hizo antropólogo de razas extraterrestres, lo que le permitió conocer las costumbres íntimas de un centenar de pueblos en una docena de mundos extraños, aunque no sabía nada de su propia raza. Era de talla mediana, piel tersa, ojos grises, sedoso cabello castaño y un rostro agradable. Tenía treinta y dos años, y poco antes de salir para aquel viaje se dio cuenta que en su vida había una estremecedora falta de contactos humanos, y que si no ocurría algo muy especial, seguirían así las cosas hasta que muriera.

La historia de Berringer era igual de sencilla: lo había probado todo, pero debido a su inquietud no logró hacer nada que valiese la pena, y se derrumbó interiormente. Aún seguía siendo vivaz, aún conservaba su buena apariencia, con su pelo rubio y tupido con su delgado rostro, al que empañaba un rictus de amargura. Dentro de pocos años entraría en la edad madura.

—¿Sabes por qué vine aquí? —preguntó de pronto, como si hubiera leído los pensamientos de Olivia, lo que hizo que ella se estremeciese—. Pues vine porque mi familia sabía bien los resortes que había que tocar, y tenían unas ganas locas de librarse de mí. Cuando vuelva y vean los resultados, creo que se pondrán contentos.

—La ayuda urgente fue proyectada para Xirifor, Berringer, y no para ti.

Era todo lo que a Olivia se le ocurrió decir, y después volvió a su comportamiento para hojear sus papeles y aguardar lo que tuviese que hacer.

Hrufa consideró que la infelicidad de los solares era irritante para su sistema nervioso, pero no sabía cómo hacerles dichosos, y, además, no era ésa su misión. Se hallaba allí para proporcionar comunicación instantánea entre todas las partes, y si cumplía con eso, ¿qué más podían pedirle?

Aún transcurrieron dos horas antes que volviera Thlyrrh, y Berringer las pasó vaciando el tanque de Hrufa y extendiendo un adhesivo instantáneo en su superficie externa. Estaba más cansado de lo que quería aparentar. Sólo había dormido una hora cuando la alarma telepática de Hrufa le despertó. Aún le zumbaba la cabeza, y el interior de la nariz le dolía por haber sujetado con las aletas los filtros durante tres meses. Pero su mayor disgusto lo constituía esa sensación de fracaso que casi le aterrizzaba. Deseaba triunfar a toda costa, y a la vez odiaba la posición vulnerable en que lo situaba su propio anhelo.

«¡Ah, Thlyrrh!», dijo Hrufa, y se puso en pie levantándose de la alfombra repentinamente, mientras el tanque seguía llenándose.

Berringer cerró la válvula y la siguió afuera, hasta el desembarcadero.

Thlyrrh surgió de las aguas cubierto de algas, como un tritón de plata. El cuerpo del walashi colgaba de sus hombros.

«Colócalo aquí mismo de momento. Luego lo llevaremos dentro.»

Hrufa examinó el cuerpo yacente y tiró del cinto de junquillos que le ceñía la cintura. El cinturón se abrió y Hrufa lo entregó a Berringer.

«Mira», dijo al mismo tiempo.

Berringer parpadeó en la semioscuridad del cielo cubierto de nubes, y vio un puñal sujeto al cinto.

—De modo que es un cuchillo. Sabía que los tenían. Todo el mundo lo sabe.

«¿No has leído el informe de la nave de exploración? Los walashi poseen cuchillos de metal, pero las demás tribus emplean trozos de conchas aguzadas. Sólo eso decía el informe. Quizá el equipo estaba demasiado preocupado para hacer más indagaciones, o tal vez eran unos ineptos.»

—Ah... —musitó Berringer.

Empezaba a comprender. Examinó el cuchillo detenidamente. Era muy antiguo, con la hoja desgastada y el mango muy usado. Para el término medio de lo que se empleaba en el Fedgal era un objeto muy primitivo, pero bastante adelantado para los xirifri.

«¿Pero en qué zona de este planeta disponen los nativos de minas, o dónde tienen forjas para trabajar este metal? ¿Dónde están los árboles que dan esa madera, tan dura que casi no se ha desgastado después de varios años de estar en el agua?»

—Que me ahorquen si lo sé.

«Los walashi vendrán por el cadáver dentro de una hora. Tal vez nos lo digan.»

Thlyrrh levantó el cuerpo del suelo, y Hrufa añadió:

«Puedes echarle una ojeada en el laboratorio. Pero no debe haber disección.»

—¿Qué pasaría si hiciésemos un corte microtómico del tejido de las agallas? — preguntó Berringer sonriendo—. No creo que esa insignificante falta les saque de quicio.

«Está bien, pero nada más... Resulta extraño, pero siento en forma subconsciente que una nave de otro mundo se estrelló aquí hace ya mucho tiempo.»

—También yo lo creo. Pero debo haberme enterado por ti, pues nadie nos ha dicho nada de eso.

Acto seguido, Berringer se dedicó a aumentar en lo posible sus escasos conocimientos.

Xirifor II era un pequeño planeta cubierto de nubes que giraba en torno a una estrella azul. No había en aquel mundo demasiadas formas de vida, y su evolución seguiría siendo un libro cerrado durante mucho tiempo. Los habitantes eran mamíferos humanoides, más pequeños y ligeros que los solares; podían respirar aire, pero se hallaban mucho más a gusto bajo el agua, empleando las agallas externas que protegían sus costados. Eran telépatas de grado inferior, y sobre el agua hablaban un primitivo lenguaje de chillidos y silbidos que requería muchas palabras para expresar cualquier pensamiento. El desarrollo de su lenguaje hablado estaba obstaculizado por la rigidez de sus bocas tubulares, en cuya parte superior se alineaban una serie de espinas a modo de dientes, mientras en la parte inferior su correosa lengua resultaba poco flexible para producir los sonidos apropiados. Como no podían permanecer fuera del agua mucho tiempo, ya que su piel tendía a researse y agrietarse incluso en el húmedo aire de su planeta, era sorprendente que pudiesen hablar. Subían a las colinas desde las zonas pantanosas para celebrar ceremonias religiosas, y si no hubiese sido por esa ancestral costumbre, tal vez hubieran abandonado el medio externo, con su necesidad de pulmones y la posibilidad de hablar, y habrían desarrollado seguramente su telepatía de un modo más eficaz.

Su organización social, que era el objeto de estudio de Olivia, constituía otro misterio, pero aunque a ella le disgustaba no poder establecer contacto con los xirifri, su mayor desazón se debía al fracaso de la empresa y no al deseo de hacer descubrimientos interesantes. Sabía que, a excepción de los walashi, los demás habitantes del planeta formaban pequeñas tribus y se reproducían de forma endogámica entre sí. Olivia dedujo que integraban estructuras tribales clásicas y primitivas, y las indagaciones que Hrufa llevó a cabo, a su modo y de forma limitada, confirmaron estas suposiciones. La única vez que los xirifri trataron de unirse fue cuando se reunieron temporalmente para solicitar el envío de un equipo de socorro.

Las mayores posibilidades de obtener auxilio, para los enfermos de corrupción de agallas, dependían de Faraday Berringer. La suya era una especialidad híbrida, imprecisa, creada por la imposibilidad de enviar un equipo de un centenar de inestimables especialistas y una computadora dos veces más pesada que una astronave de Fedgal. En realidad era un biólogo sin especialidad concreta. Debía recoger datos para que fueran ordenados y analizados en la Central de Fedgal hasta que adquiriesen una estructura lógica e inteligible.

Lo malo era que en Xirifor II no había los datos suficientes. Y tampoco podían obtenerse de los xirifri porque habían cometido el estúpido error de salvar la vida de Vavvingru durante la primera hora en que llegaron al planeta, cuando descendieron de la nave para observar el medio circundante. El nativo yacía jadeando en un montículo, medio deshidratado, exhausto, con un trozo de alga marina, que trataba de mordisquear en las manos. Restos de sus agallas corrompidas le colgaban de los costados. Más tarde, Thlyrrh, el cerebro que servía para todo, las eliminaría quirúrgicamente. Todos estuvieron de acuerdo en que había que salvarle. Pero los datos... Berringer, el no especializado, el que se veía obligado a hacer de todo, se vio privado hasta de esa satisfacción.

«Los walashi están aquí», declaró Hrufa.

—Está bien —repuso Berringer.

Thlyrrh levantó el cadáver y le siguió hacia el desembarcadero.

A Berringer también le hubiera gustado saber algo más acerca de Thlyrrh. Había viajado con tipos muy extraños, pero ese Thlyrrh se llevaba el premio. Cuando preguntó a Hrufa sobre la misión de Thlyrrh en el equipo, le contestó:

«Es un universalista.»

La definición no resultaba muy satisfactoria, pero probablemente era auténtica. Lo único que no había visto realizar a Thlyrrh eran los actos puramente animales. Por lo demás, Berringer le vio disecar los animalillos de Xirifri con un deleite que casi era amor. «Si pudieran conservar el cadáver...»

Sintió un escalofrío. Berringer notó una especie de animosidad en el ambiente, y se preguntó si los walashi habrían descubierto sus pensamientos.

Hrufa y Olivia estaban esperando en el desembarcadero cuando salió. Y con ellas estaban los walashi.

Si había pensado alguna vez en Thlyrrh como un tritón, se equivocó por completo. Los verdaderos señores del mar estaban allí, tres robustos seres de piel azulina que se destacaban contra las pálidas nubes del amanecer, con las branquias purpúreas relucientes por el cieno y el agua que las cubrían.

Thlyrrh colocó el cuerpo a los pies de los recién llegados, quienes se arrodillaron para examinarlo. Se detuvieron especialmente en la cintura del cadáver, y a la tenue luz del amanecer vieron claramente que el cuerpo no tenía el cinturón ni el cuchillo. Uno de los walashi alzó la mirada hasta Hrufa. Sus enormes pupilas estaban bordeadas por un delgado círculo plateado.

«¿Falta algo?», preguntó Hrufa.

Siempre resulta embarazoso pedirle al enemigo que devuelva un arma.

—El cuchillo —respondieron hoscamente.

Hrufa tendió la mano y Olivia se sacó el puñal de un bolsillo y se lo entregó. Los walashi se levantaron y su jefe hizo ademán de reclamar el arma, pero Hrufa no se la dio.

«Ustedes, los walashi —dijo—, son fuertes y saludables; tienen cuchillos y no necesitan curas contra las branquias corrompidas. No quieren que sigamos aquí.»

—Es cierto. Han venido por perlas, pero no las conseguirán.

«Sólo vinimos con el deseo de curar a los enfermos. Las perlas pueden preocupar a otros. *Yo no las necesito.*»

Sus extremidades parecían ahora de nácar, sus ojos eran dos topacios, sus escamas como de seda reluciente. La luz de la aurora, cobrando repentina fuerza, iluminó la superficie de su cuerpo, convirtiéndolo en una maravilla.

«Ustedes no han hecho este cuchillo —continuó diciendo Hrufa—. No podrían hacerlo, porque carecen de forjas y de madera. ¿De dónde procede?»

En la entrevista había algo implícito. Los walashi no estaban obligados a esperar allí como escolares sorprendidos en una falta, contestando las preguntas que les hiciesen. Estaban en libertad para marcharse. Pero les aterraba la presencia de Hrufa, y querían llevarse el cadáver.

—No lo sabemos —contestaron—. Nuestros padres nos entregaron los cuchillos.

«Es verdad. Ahora bien, ¿por qué tengo en la mente la idea que una astronave de otro planeta se estrelló aquí hace ya muchos años?»

Los tres walashi se estremecieron y saltaron simultáneamente, como títeres unidos por un juego de hilos. Era evidente que la idea nunca había acudido a sus mentes, si bien la llevaban en el subconsciente, tal vez heredada, igual que los cuchillos, de sus antepasados.

«Bueno..., ya comprendo —dijo Hrufa—. No saben qué fue de la espacionave, porque no conservan documentos escritos del pasado.»

—Por lo tanto, no lo descubrirán —dijo el walashi.

La mente de Hrufa era impenetrable para él en su complejidad, pero aunque no era capaz de entender sus propósitos le complacía poder contrariarla.

—Ahora que lo saben todo de nosotros —agregó el walashi—, esperamos que nos dejen llevar el cuerpo...

No obstante, siguieron quietos allí. También querían el cuchillo, que era quizá la mitad del tesoro familiar del individuo muerto.

«Un momento —dijo Hrufa, y entregó el cuchillo a Thlyrrh, cuyas manos lo tocaron produciendo ligeras vibraciones sonoras. Luego añadió—: El nombre del fabricante se ha desgastado, y eso dificulta las cosas.»

Los walashi parpadearon; unas delgadas membranas cubrieron sus ojos mientras Thlyrrh emitía unos sensores como seudópodos, y examinaba el cuchillo con ellos.

Hrufa explicó algo de lo que Thlyrrh le transmitía:

«Los metales de la hoja son los corrientes en toda la Galaxia, pero la madera..., es del *zul* que crece en Barrazan II, con medio tronco en el agua, como vuestros cipreses de los pantanos, ¿no es cierto, Berringer? Por eso se ha conservado tan bien en este planeta.»

De nuevo parpadearon los walashi, deseando marcharse de una vez. Pero Hrufa no había terminado:

«El *zul* se envía a... ¿Chlis? ¿La luna de Barrazan IV? para ser empleado en... —Hrufa miró a Thlyrrh—, ah, segundo cuarto de la Era Galáctica 7984, para la fabricación de cuchillos como *souvenirs* de las Grandes Forjas. Y Barrazan IV aún exporta esos cuchillos por todo el sector galáctico..., de modo que hemos hallado la fuente.»

—Eso no tiene nada que ver con nosotros...

«Esperen un momento más. Sí, Thlyrrh, el registro de Barrazan..., astronaves perdidas sin dejar rastro alguno en el sector de Ýskeldar, la Cabellera de Berenice para ustedes, los solares.»

Berringer comenzó a comprender lo que quería decir el término «universalista».

«Los bexancir, ¿estás seguro? Sí, los bexancir de Barrazan —agregó Hrufa y se volvió de nuevo a los walashi, diciendo—: Señores, parece ser que la astronave, la primera que vuestro pueblo vio alguna vez, se estrelló aquí hace algunos siglos, cargada, entre otras cosas, con cuchillos de *souvenirs* de las Grandes Forjas de Chlis. ¿Qué ocurrió entonces, me pregunto? ¿Los encontraron primero ustedes, los walashi, y se aseguraron de ponerlos fuera del alcance de otras tribus? ¿Quedó acaso algún superviviente de la astronave pacífica...?»

Los grandes ojos oscuros de los walashi ardieron con furia mal contenida. El jefe se inclinó ante el cuerpo con la intención de tomarlo y marcharse.

«¿Son tan culpables vuestros pensamientos que necesitan ocultarlos?», preguntó Hrufa.

El walashi no llegó a tocar el cadáver. Por el contrario, saltó repentinamente sobre Thlyrrh, que cayó sorprendido ante el inesperado ataque, y le arrebató el cuchillo. Hábil y velozmente el walashi lo esgrimió contra Berringer, y luego dio otro salto, sumergiéndose en el mar y dejando que sus acompañantes recogieran el cuerpo y le siguieran. Poco después todos habían desaparecido.

«No podía imaginar que fueran tan hábiles con un cuchillo fuera del agua», declaró Hrufa.

—¿Es eso todo lo que se te ocurre?

«Lo siento, Berringer. No tenía el menor deseo a que te hicieran daño.»

La herida no era seria. El cuchillo había producido una incisión en un brazo de Berringer. Thlyrrh le aplicó un antiséptico y vendó el brazo con una delgada banda elástica.

—No me explicó para qué indagaste todos esos datos. ¿De qué pueden servir?

«Creo que ni yo misma podría explicarlo, pero estoy segura que es importante.»

Berringer observó el rostro gravemente hermoso de Thlyrrh inclinado sobre él, como una máscara de frío metal, y experimentó una angustiada sensación de soledad. No había demasiadas cosas que le preocuparan en la vida, pero ninguna de las que él quería estaba allí. Despreciaba a Olivia Smith, temía a Hrufa y no hallaba sensación alguna de personalidad en Thlyrrh. Y lo peor era que en aquel mundo había gentes que trataban de matarle. El dolor de la herida pareció fijarse en el centro de su ser.

—No te das cuenta; estoy herido... —dijo con duro acento—. No tienes derecho a provocarlos hasta el punto que me ataquen.

«Toma, esta pastilla hará que te sientas mejor. Lo que dices es cierto, pero ellos no tienen derecho a dejar que muera un planeta porque deseen retener el poder en unos cuantos metros cuadrados.»

—De todos modos la evolución habría actuado así.

«La evolución obra sin inteligencia ni moral..., sin justicia ni piedad. Creo..., creo que soy lo bastante orgullosa como para intentar redimirlos...»

Hrufa trataba de mantener muy en secreto que sentía un aprecio especial por Michael Faraday Berringer. En cierto modo, con sus violentas palabras y ademanes, Berringer había contribuido a hacerle olvidar en parte la soledad y la distancia.

Hrufa desconectó el magnetófono en que había estado dictando el parte, apoyó su peso sobre la amplia base de su cola y se quedó mirando hacia fuera, por el portillo del despacho. En ese momento sí que se sentía hondamente deprimida y solitaria. Inconscientemente o no, con justicia o sin ella, lo cierto era que había quebrantado las reglas, dado muerte a un hombre y perturbado la calma de medio planeta con su alarma telepática. También había sido la causa por la que hiriesen a Berringer. Y aquel calambre cerebral la había debilitado y aterrado profundamente. No debió haber tomado parte en el viaje. Pudo haber sufrido fracasos hasta ese momento, pero jamás perdió el equilibrio como ahora. No había allí nadie con quien pudiera compartir sus sentimientos, nadie que pudiera consolarla o que justificase sus actos.

Ciertamente no era muy confortador contemplar el panorama de Xirifor II. No se veían más que grises extensiones de marjales; una superficie monótona, sin relieves. Como era bien sabido, los rayos solares no habían atravesado jamás la capa de nube en los millones de años de existencia del planeta. El concepto de «sol» no existía en el pensamiento de sus habitantes. Hrufa había estado tentada de transmitir a Vavvingru un cuadro telepático de su estrella azul, pero temía que se volviera loco. Lo cierto era que aquella capa lisa de densas nubes grises resultaba enormemente opresiva.

La raza de Hrufa tuvo que conciliar un sistema nervioso altamente organizado con una vida submarina oscura y lenta. Pero por encima de las aguas había numerosos motivos de compensación: en las mañanas de Khagodis el sol se alzaba como una gran bandeja de oro, y el hondo azul del cielo refulgía, destacando en su cenit las estrellas durante toda la jornada. Los rayos del sol iluminaban las ásperas cumbres de las montañas que despedían fuego y lava, haciéndola llover sobre las aguas circundantes.

Al observar aquellas extensiones tristes y uniformes, Hrufa comprendió por qué simpatizaba con Faraday Berringer. Con sus ojos color de cielo, su cabello color de sol y sus gestos violentos, le recordaba un poco su mundo.

—¡Eh, eh! —exclamó Vavvingru desde la habitación contigua—. Tengo hambre; ¿es que nadie va a darme de comer?

Hrufa dejó de contemplar el desolador panorama y se volvió hacia la puerta.

El xirifri se había acodado en el borde del tanque, y al verla agregó:

—Me estoy muriendo de hambre. ¿Ninguno va a cuidarse un poco de mí?

Hrufa extrajo un bloque de algas desecadas de un cajón y lo arrojó en el tanque de Vavvingru para que se remojara. El xirifri lo recogió con gracia por debajo del agua, y se dispuso a comer. La pérdida de las agallas no había disminuido su capacidad natatoria.

Cuando le faltaba poco para terminar la comida, Hrufa le transmitió una imagen mental del cuchillo de los walashi, y le preguntó:

«¿Qué sabes de esto?»

—Nada —repuso Vavvingru, llevándose otro trozo de alga a la boca—. Eso lo tienen los walashi. ¿Qué más puedo saber?

«¿Nunca te has preguntado por qué lo tienen ellos y tú no?», inquirió ella sin demasiadas esperanzas, pues no hablaba con un ser especialmente inteligente.

Vavvingru la miró sin entender.

—Nosotros no tenemos cuchillos —repuso—. Eso es todo. No somos lo suficientemente fuertes para arrebátárselos a los walashi.

«Pero tú has sido lo suficientemente fuerte para tomar a una mujer walashi.»

—Si hubiese tenido un cuchillo habría sido aún más fuerte, y ellos no me habrían arrojado fuera del agua.

Hrufa desistió. Cuando se disponía a regresar al despacho, el dolor volvió a atenazarla. Luchó por dominarlo, por evitar el terror que sentía y no alarmar a los solares. Pero Vavvingru era telépata, y ella notó que los grandes ojos del xirifri la contemplaban a través del agua. Cuando Hrufa se volvió, observó que el xirifri estaba de nuevo acodado en el borde de su tanque.

—¿Te duele?

«He estado demasiado tiempo fuera del agua, y la gravedad, supongo...»

Se arrastró hacia la portezuela de su tanque, e hizo girar la manilla.

—Creo que te ocurre algo más.

Ella no podía oírle muy bien a través del cristal y del ruido del tanque al llenarse, pero entendió lo que le decía Vavvingru.

«Estoy encinta», dijo Hrufa, con tono dolorido y fatigado.

No había por qué seguir ocultándolo. Y lo que era peor, había calculado mal el tiempo, por lo que la misión quedaría ahora notablemente reducida.

—Ah, vas a tener un hijo.

«Tal vez sí, o tal vez no.»

En aquel planeta, en Xirifor II, Hrufa suprimió el pensamiento para no dar que pensar a Vavvingru. Pero éste pensaba en otras cosas.

—Si te enfermas y debilitas, ¿quién me cuidará? Los solares no me quieren, y ése que brilla me da miedo.

«Ah, Vavvingru, debes tratar de convertirte en un hombre», repuso ella, y con las aguas que la envolvían sintió disminuir sus dolores. Luego notó una creciente modorra y trató de dormir.

—¡Un hombre! —le interrumpió Vavvingru—. ¿Cómo podría serlo? Me han cortado las agallas, no puedo vivir en el agua porque me ahogaría, y tampoco puedo estar al aire porque me deshidrataría. ¿Hay algún sitio donde pueda estar, entre el aire y el agua? Tú vas a tener un hijo. Eres fuerte, poderosa, y nadie te impide decir y hacer lo que quieras. Pero yo soy un ser al que todos desprecian; mi mujer está prisionera, y mi hijo morirá a manos de los walashi. Sólo tengo el odio de los walashi y las burlas de mis gentes... Yo era más que un hombre cuando me encontraron en el pantano, a pesar de mis agallas corrompidas.

«Vavvingru, tienes razón y te pido perdón. Haz lo que puedas por nosotros, y por nuestra parte haremos lo posible por tu mujer y por ti.»

Hrufa necesitaba descansar, y resolvió conciliar el sueño. Pero antes de dormirse notó que su preocupación por Vavvingru trataba de enmascarar otro problema mucho mayor.

Olivia Smith no se sentía más solitaria en un lejano planeta que en cualquier otra parte. Siempre había vivido como distanciada, y ahora no habían cambiado las cosas; siempre fue una extraña para todos, incluso para ella misma. Hasta se encontraba diferente cada vez que se miraba al espejo, y luego se sorprendía vagamente cuando se reconocía.

Cansada, pero incapaz de dormir, hojeaba sus notas sin darse cuenta de lo que leía. Luego miró a través del portillo y vio los pantanos de Xirifor, que se extendían en una interminable lejanía.

Alguien llamó a la puerta, y entró Berringer.

—¿Qué ocurre? —preguntó Olivia.

Berringer tenía los ojos empañados. Aún llevaba la camisa manchada con la sangre de la herida.

—He..., he pensado... Bueno, quería preguntarte algo que...

—Es mejor que vayas a descansar.

Él se quedó allí, rascándose la cabeza y arrugando el ceño. Luego dijo:

—Necesito beber algo.

—Ya sabes que no tengo nada aquí, Berringer. No me gusta la bebida.

—Sí, debí haberlo recordado... No hay demasiadas cosas que te gusten.

Olivia frunció despectivamente los labios, sin decir nada y como si esperase que él se fuera.

Berringer se acercó un paso más. Sus ojos miraban inquietos. Luego añadió:

—Tiene que haber algo que...

La voz de Olivia fue agresiva.

—¡No puedo hacer nada por ti! Por favor, vete y déjame descansar.

Tal vez a causa de la píldora que había tomado, Berringer tenía dificultades para enfocar bien la mirada. Dio otro paso hacia delante.

—¿No puedes hacer nada por mí, Olivia? Tal vez...

—Por favor, márchate —exclamó ella, poniéndose en pie y enfrentándose con Berringer.

Él la sujetó por un hombro y repuso:

—¿Después de todo este tiempo no hay nada?

Luego quiso levantar la otra mano para ponerla en el otro hombro de Olivia, pero era el brazo herido, y con un gesto de dolor desistió de su intento.

Olivia trató de retroceder. En su mirada había una expresión de odio y despecho.

—¿Por qué vienes hablándome así después de todo lo que me has dicho en estos últimos meses? ¿Qué quieres? Si soy yo realmente lo que deseas, entonces...

—Entonces, ¿qué? —repuso él, enseñando los dientes—. Dilo, Olivia. ¿Qué?

—Nada; tú me odias, te disgusta Hrufa, y todo es aquí igual de caótico. No puedes venir a pedirme nada de esa forma —agregó Olivia, gritando—. ¡Y ahora, márchate!

—¿Y si no quiero?

Berringer estaba como enloquecido entre el dolor y los efectos de la droga. Olivia hubiera podido tumbarle de un empujón, pero la idea de hacerle daño la aterraba, y eso hizo que suavizase su hostilidad.

—Por favor, Berringer —suplicó.

Se abrió la puerta y Thlyrrh entró en la estancia. Desde su tanque Hrufa dijo:

«Duérmete, Berringer, duérmete.»

Berringer se desplomó y Thlyrrh le levantó.

«Colócalo en su litera. Y ahora, Olivia, haz el favor de venir aquí.»

Olivia se acercó al tanque de Hrufa tapándose el rostro con las manos.

—Nunca, nunca había hablado así a nadie —susurró acongojada.

«No te preocupes por eso. Por favor, tranquilízate y escucha. Ha ocurrido algo que nos obliga a terminar cuanto antes nuestro trabajo y regresar. Te lo explicaré más tarde; primero vamos a dormir mientras Thlyrrh vigila. Creo que después nos sentiremos mucho mejor. Pero debes tratar a Berringer como si no hubiera ocurrido nada. No te muestres enfadada con él porque le necesitamos. ¿Serás capaz de hacerlo?»

Olivia se enjugó los ojos y repuso:

—¡Le odio! Le odio a él, a ellos. ¡A todos ellos!

«Bueno, sería horrible si amaras a todas las razas menos a la tuya. Y ahora será mejor que durmamos.»

Berringer se incorporó, trató de estirarse y cambió de parecer. Luego parpadeó y a través del portillo abierto observó la oscuridad del cielo. Recordó lo sucedido poco antes y se estremeció.

«Berringer —llamó Hrufa—. Ven aquí, por favor. Tenemos que hablar.»

El solar entró tambaleándose en la sala de tanques. Se sentía terriblemente mal. Cerca del tanque de Hrufa había una mesa con una taza de café humeante, como aguardándole. También estaba sentada Olivia. Berringer se sentó y fue bebiéndose el café a sorbos, sin mirar a Olivia. Luego se dio cuenta que Hrufa aún seguía en su tanque.

—¿Qué sucede? ¿Estás enferma?

«Me temo que estoy encinta.»

—¿Cómo? ¿Encinta? ¿Que vas a tener hijos? —dijo Berringer sorprendido—. Entonces, ¿por qué has venido en esas condiciones?

«No estaba del todo segura.»

—¿Cuándo será eso? ¿Ahora? —preguntó Berringer con gesto preocupado.

«No, no. Espero que no. Creo que aún falta tiempo.»

—Quieres volver a casa cuanto antes, ¿verdad?

«Pronto, sí.»

—¿Qué tal te encuentras?

«No muy bien. Me parece que estuve fuera del agua demasiado tiempo.»

—Bueno, no tenemos por qué arriesgar la vida. Eso no figura en el contrato..., aunque a veces esté a punto de ocurrir. ¿Por qué no nos marchamos inmediatamente? —dijo Berringer, palpándose el brazo herido.

«No, no puedo hacer eso, Berringer. Mi pueblo tiene un índice de natalidad muy bajo, y un alto sentido de la moral... Creo que las dos cosas van aparejadas. Ya he abortado dos veces. Si ocurre de nuevo, perderé mi asiento en el Consejo y mi marido se verá obligado legalmente a dejarme y a buscar otra mujer. Pero si nos marchamos ahora, será mía la responsabilidad, y Fedgal me suspenderá por negligencia. Podría soportar que ocurriera una de esas cosas, pero si ocurren todas, me quedaré sin nada.»

—Nos obligas a quedarnos aquí y a arriesgar nuestras vidas a causa de tu orgullo.

«Sí, Berringer; aún me queda algo de orgullo. ¿Acaso tú no lo tienes? Además, los xirifri nos necesitan aquí.»

—Sí, nos necesitan lo mismo que a su enfermedad de agallas. Lo único que quiere el Fedgal son sus condenadas perlas.

«Tal vez me haya equivocado. Olvida lo de mi orgullo. Sé que están enfermos, y odio la enfermedad. Me espantan esas branquias corrompidas. Quiero que se recuperen del todo. Tú eres como los walashi al decir que sólo vengo por las perlas. Quizá fracasemos aquí, pero nadie podrá culparnos de no haber hecho todo lo que pudimos. Si nos vamos sin intentarlo, no volverá a este planeta ningún equipo del Fedgal en lo sucesivo.»

Hrufa se puso en pie, se acercó al borde del tanque y oprimió las escamosas palmas de sus manos contra el cristal, al tiempo que añadía:

«No obstante, si creen que aquí hay demasiado riesgo, no podré retenerles a la fuerza. Si tú, Olivia y Thlyrrh votan para que nos vayamos, nos iremos.»

Berringer se acodó sobre la mesa, se acarició lentamente el pelo y no hizo comentario alguno.

—Yo me quedo —dijo Olivia rápidamente.

—Claro que te quedas —exclamó Berringer—. ¿Quieres decirme qué has sacado del barro que sea tan precioso para que quieras seguir escarbando?

Luego Berringer se volvió hacia Hrufa y se golpeó el pecho con una mano, mientras añadía:

—Yo he extraído trozos de tejido branquial, he sacado muestras de los sitios más inverosímiles, he rondado por el fondo del mar durante horas, y he traído en frascos porciones de agua, tierra, aire, y también vegetales y animalitos. En la Central de Fedgal lo único que hará eso será cambiar alguna estadística, haciéndolas subir o bajar unas miserables centésimas. Eso es todo. Pero dime, Hrufa, ¿por qué estamos Olivia y yo aquí? ¿Para qué nos necesitas? Comprendo que tú seas necesaria, pero nosotros... Seguramente Thlyrrh puede hacer todo lo que hemos hecho y aún mejor. ¿Por qué, entonces?

«Thlyrrh contesta preguntas, pero no las hace —repuso Hrufa—. Y yo no soy biólogo ni antropólogo de razas extrañas. Olivia vota por quedarse, y Thlyrrh dice que le da lo mismo. ¿Qué decides?»

—En ese caso, todo está resuelto —contestó Berringer, encogiéndose de hombros.

«Está bien. Ahora trae tus notas y veremos lo que sacamos en claro sobre la enfermedad.»

Berringer volvió poco después, y señaló con el dedo las hojas de unos cuadernillos manchados por las aguas de Xirifor, mientras decía:

—Mira, todos los parásitos, bacterias y otras formas de vida que encontré en el tejido necrosado de las agallas de Vavvingru se encuentran en otros animales y plantas de este mundo, sin que éstos parezca que estén afectados. Eso quizá no signifique nada, pero también analicé las branquias del cadáver, y encontré los mismos microorganismos.

«¿Sí, Thlyrrh? Thlyrrh afirma que en las agallas sanas parece que hay un vestigio de suave antibiótico.»

—Ya lo sé. Y ese antibiótico falta en las agallas corrompidas. Da la impresión que desaparece por efectos de la enfermedad..., pero tal vez pueda ser una de sus causas. También extraje un poco de sangre a aquel walashi, para compararla con la de Vavvingru, y no parece que haya ninguna diferencia apreciable. Quizá exista algún virus que nosotros no podemos determinar con nuestros análisis...

«Fedgal puede hacerlo.»

—Sí, pero no podrán obtener el resultado del balance metabólico mediante estas muestras, ni el de diversas enfermedades con interdependencia simbiótica; no apreciarán una deficiencia alimenticia, ni un cambio ecológico o hereditario. Es necesario hacer pruebas en docenas, si no en centenares, de individuos sanos y enfermos, hacer millares de preguntas, realizar autopsias. ¿Puedes imaginarte a los walashi sometidos voluntariamente a la realización de experimentos o de simples observaciones? Aun en este caso, la enfermedad es imprecisa. Sabemos si un niño va a adquirirla porque las agallas están algo deformadas cuando nace... Eso si nos fiamos de lo que nos ha dicho Vavvingru, si la memoria no le falla. De todos modos, la dolencia puede adquirirse también en el transcurso de la vida, como ocurre con la diabetes. A veces la contraen las mujeres, pero por lo general no sucede; igual que pasa con la hemofilia y el daltonismo. La madre de Vavvingru tiene un hermano y un sobrino bastante enfermo, aunque ella y sus hijas están

perfectamente. Vavvingru no tiene hermanos, y su padre no contrajo la dolencia, pero puede enfermar aún. En cuanto al hijo que va a tener con la walashi..., si es un varón, casi seguro que nacerá con algún estigma, y si es hembra transmitirá la enfermedad.

—Por lo tanto, eso es algo hereditario —observó Olivia.

—En efecto. Pero en la Tierra hay numerosas dolencias no hereditarias. La gota ataca a una buena parte de los hombres, pasados los cuarenta años. Cualquiera puede contraer el sarampión, pero sólo es peligroso para los embriones de tres meses. Hay una especie de reacción alérgica a la infección de estreptococos que produce manchas rojas en las espinillas, sobre todo en los hombres menores de veinticinco años. Ah, lo había olvidado; he debido agregar la alergia a la lista de posibilidades.

«Nosotros no tenemos que hallar la causa —repuso Hrufa—, sino tan sólo recoger datos.»

—Lo que trato de explicar es que si no avanzamos un poco más, Fedgal no podrá hacer nada con nuestros datos. Yo no he conseguido demasiado. He ido detrás de los xirifri con el equipo de buceo autónomo, hasta que estuve a punto de enfermar de borrachera de las profundidades. He pedido a una docena de jefes tribales que vengan aquí o que me permitan entrevistarme con ellos, y lo único que han hecho es saltar al cieno y desaparecer.

«De todos modos, Fedgal tendrá que trabajar con lo que le proporcionemos, y no podrán culparnos de nada.»

Pero Berringer estaba obsesionado con el fantasma del fracaso, y agregó:

—Habiendo tenido que entregar ese cadáver..., me parece oportuno...

Hrufa le transmitió un rápido cuadro mental de cinco mil walashi aproximándose a la nave de observadores con sus aguzados cuchillos, *souvenirs* de las grandes forjas de Chlis.

—Creo que...

Berringer dirigió sus pensamientos hacia el tanque de Vavvingru, y éste, que había permanecido con los brazos apoyados en el borde del tanque, observando a los demás con interés, parpadeó alarmado y se deslizó al agua, nadando hasta la esquina más oscura, donde se acurrucó.

—Está bien, Vavvingru; no voy a hacerte nada —dijo el solar, moviendo la cabeza—. Ni siquiera son capaces de establecer una diferencia entre un deseo y una intención. Eso es lo malo, que son decididamente estúpidos.

«Limitados tan sólo, Berringer.»

—Sí, claro.

«Es evidente que no llegaremos a saber demasiado acerca del mecanismo de la enfermedad si no disponemos de un ejemplar, aunque creo que uno solo no sería suficiente. De todos modos, siempre podría averiguarse algo sobre la herencia por medio de estadísticas, ¿no es cierto?»

—Tal vez, pero tendría que interrogar a muchos individuos..., y al final aún sería necesario recurrir a un..., digamos, ejemplar.

«Olvidemos eso por ahora —dijo Hrufa, y en seguida Vavvingru salió de su rincón y volvió a acodarse en el borde del tanque—. Si pudiéramos atraer aquí a alguien con cualquier pretexto, yo conseguiría los datos que necesitas, Berringer. Incluso podrías demostrar que la herencia no es un factor decisivo.»

—¿Con lo que yo sé de genética?

«Dispones de algunos tratados.»

—Son pocos y hablan sobre generalidades. No están especializados. Y lo malo es que el tema de la genética es sumamente complicado. No podría ni siquiera asegurar que las leyes genéticas que conocemos tengan aplicación aquí.

«Son válidas para casi todas las formas de vida que Fedgal ha encontrado. Los Cristaloides son una notable excepción, pero hasta ellos tienen sus leyes genéticas.»

—No me das ninguna solución práctica.

«Aquí tienes una: podemos estudiar de nuevo a Vavvingru... Con su grado de memoria e inteligencia, estoy seguro que todavía puede proporcionarnos muchos datos que hemos pasado por alto..., aunque no se caracteriza por la facilidad para sintetizar sus experiencias en nuevos conceptos.»

De todos modos, fue capaz de tener una idea nueva: aparearse con una hembra walashi.

«Me temo que eso fue una estupidez.»

—Limitación, es lo que habías dicho —replicó Berringer con ironía.

«Veo que quien no tiene problemas con la memoria eres tú, pero..., ¡un momento! Quédense quietos un instante... Alguien se acerca...»

Los demás se quedaron quietos; esperando Berringer y Olivia se interrogaron con la mirada.

«No, por favor. Traten de oscurecer la mente.»

Ambos lo intentaron, pero esa facultad sólo iba aparejada con la telepatía.

«¡Ah, ya lo tengo! Ve afuera, Thlyrrh.»

Éste corrió al desembarcadero, y poco después volvió con un empapado xirifri, al que sujetaba torciéndole los brazos a la espalda y valiéndose de una sola de sus manos plateadas. A una señal de Hrufa, Thlyrrh soltó al xirifri, el cual los miró irritado mientras se frotaba las manos, rojas a causa de la presión de los dedos metálicos.

—Noto algo extraño en ese xirifri —dijo Berringer, observando al intruso.

«Claro, porque es un walashi, aunque no de la clase que conocemos.»

El walashi miró a Berringer y movió la cabeza desdeñosamente. Luego dijo:

—Tú eres el hombre que se divierte cortando a la gente.

—Pero sólo cuando están muertos —replicó Berringer—. Hasta ahora, yo soy el único al que han cortado... Y me gustaría hacerle lo mismo a alguien...

«Espera hasta que salga del tanque, por favor. Quiero hacer algunas preguntas.»

—¿No podrías decir a Thlyrrh que tome algunas muestras mientras aguardamos?

«Sí, adelante.»

Berringer sonrió y quitó lo que había en la mesa. Luego Thlyrrh obligó al walashi a tumbarse en ella y recogió algunas escamillas del cuerpo tendido. Poco después el walashi se levantó iracundo, farfullando algo ininteligible, pero totalmente indemne.

Hrufa estaba fuera de su tanque, y observó fijamente al walashi, que retrocedió atemorizado, yendo al lado de Thlyrrh, quien le empujó suavemente hacia delante.

«Creo que los walashi han hecho algunos planes —dijo Hrufa—, pero no consigo captarlo. Está protegiendo su mente con fuerza.»

—¿No puedes obligarle? —preguntó Berringer.

«Si lo hago le dañaré el cerebro.»

El walashi, sin dejar de tartamudear a causa del temor y la ira, exclamó:

—Cuando mi tribu sepa cómo me han atacado y tomado mi carne y mi sangre...

—Entonces sabrán que eres un embustero. Ellos también son telépatas, ¿no es cierto? Lo único que te hemos quitado son algunas células sueltas de la piel, y media gota de saliva. Aquí no ha habido magia alguna —le aseguró Berringer, y luego agregó, dirigiéndose a Hrufa—: No necesitas decirme que no estás dispuesta a violar su mente. Entonces, ¿qué vas a hacer?

«No lo sé... Podríamos esperar hasta que se cansara, pero eso nos haría perder demasiado tiempo.»

Hrufa permaneció inmóvil, mirando fijamente al walashi, como antes.

Vavvingru, que había estado observando la humillación del prisionero con evidente gozo, comentó:

—Las cosas salían mucho mejor cuando estábamos todos unidos.

Los demás se volvieron hacia él, sorprendidos.

—Repite eso —dijo Berringer.

—Las cosas...

«Claro que estaban todos unidos. Se refiere a las tribus. Apenas hay diferencia en la coloración de sus pieles... De modo que no puede hacer mucho tiempo desde que...»

—¡Hrufa, el walashi se escapa! —gritó Olivia.

En efecto, el aludido se había escurrido fuera de la habitación y se dirigía hacia el desembarcadero, para arrojar de nuevo al mar.

Hrufa se limitó a hacer una seña a Thlyrrh, que salió rápidamente, y luego dijo:

«Las radiaciones cósmicas son escasas en este planeta, y las posibilidades de mutación no serían... Dime, Vavvingru, ¿cuándo estaban todos ustedes unidos?»

Vavvingru parpadeó azorado y repuso:

—No quise decir todos juntos en una tribu, sino que las tribus vivían más unidas, generalmente en un lugar donde la comida era mejor, y..., y...

«¿Se casaban entre ustedes?»

—¿Pero a qué va a conducirnos esto? —preguntó Olivia.

En ese momento volvió Thlyrrh sujetando al walashi, que se debatía desesperadamente y aullaba aterrado, seguro del hecho que ahora le iban a matar. Hrufa no le prestó atención, y preguntó:

«Dime, Vavvingru, ¿qué les hizo separarse? ¿Cuándo ocurrió eso?»

El aludido se quedó perplejo, y en seguida respondió:

—¿Cómo podría yo saberlo? Ocurrió antes que naciera. Mucho antes...

En ese momento el walashi gritó:

—¡Si no me dejan marchar, vendrá mi gente y les matarán!

Hrufa se le acercó. A pesar de su considerable peso, su andar resultaba gracioso y siniestro a la vez al avanzar apoyándose en las dos patas y la cola. Al colocarse junto al walashi lo anonadó, haciéndole callar y encogerse. Luego le quitó el cuchillo de la cintura y lo tomó por la hoja, como un talismán.

«¿Ocurrió eso cuando la astronave de los barrazani se estrelló aquí, amigo mío? ¿Acaso pelearon por el tesoro y luego se separaron?»

—¿Por qué te preocupa tanto el que se estrellara un cohete de otro planeta? —preguntó Berringer.

«No estoy segura..., pero tengo la impresión que se trata de algo importante.»

—¿Piensas que el *Bexancir* trajo bacterias que contaminaron este mundo? Pregúntale si la corrupción de agallas existía aquí antes de aquel suceso.

El walashi no era capaz de temblar, pero su piel parecía cuarteada debido al terror.

—Creo que unos pocos... —tartamudeó—, algunos..., no demasiados.

—¿Estará seguro? Bueno, en todo caso me parece una teoría excelente.

«Nunca lo hubiera creído. Practicamos procedimientos de descontaminación desde hace cincuenta eras.»

Berringer abrió los brazos y dijo:

—Eso es lo que sabemos.

Hrufa se frotaba los brazos con las manos, produciendo un leve ruido de escamas. Con gesto pensativo dijo:

«Primero lucharon..., luego se separaron..., y después aumentó la dolencia. No lo entiendo.»

—Un misterio que hay que agregar a los demás. ¿Por qué tiene que preocuparte tanto?

«Hay algo en tu mente, Berringer.»

—¿Qué? ¿En mi mente? —dijo el solar, y se rascó la cabeza a la vez que añadía—: No sé qué quieres decir.

«Un recuerdo medio borrado..., algo que leíste una vez, acerca de tener razón..., pero olvídale ahora. Tenemos que tratar con este individuo.»

El walashi se retorció cada vez más debido a que la piel se le estaba secando.

—De todos modos —dijo Olivia— ha sido un valiente al venir aquí esta noche, sabiendo que otro de los suyos murió al intentar lo mismo.

—Ha sido un valiente, pero también ha venido a matar —aseguró Berringer—. No acaban de resignarse. Pero miren, empieza a deshidratarse, y no tenemos dónde instalarlo. Los walashi van a perseguirnos a muerte.

Hrufa levantó una mano, pidiendo silencio. Se estaba poniendo en contacto con los walashi.

«Tener razón —empezó a pensar Berringer—. ¿Que importancia tiene el tener razón? ¿Dónde habré leído algo acerca de eso, según Hrufa, y qué tendrá que ver con todo esto? Francamente, estoy desconcertado...»

«Ahora están...», dijo Hrufa, y notó una punzada de dolor que repercutió en la mente de los que le rodeaban.

—¿Están qué?

«Están acercándose aquí...»

—¡Vamos, vuelve a tu tanque, por todos los cielos! —exclamó Berringer, acariciándose el brazo herido, que había empezado a latirle a causa del dolor. Estaba cansado de la telepatía. El contacto ininterrumpido con el fenómeno llegaba a abrumarle. En seguida agregó irritado—: ¡No sé cómo has podido venir en semejantes condiciones!

«Lo siento, Berringer», repuso Hrufa, con un tono de humildad que hizo que se sintiese incómodo el solar.

—Bueno, no he querido... —se interrumpió éste suspirando—. ¿Qué crees que van a hacer?

«Vienen hacia aquí..., la mitad de la tribu, según parece. La mujer de Vavvingru va a dar a luz, y...»

—Querrán hacer una verdadera escena del asunto. Tal vez le rebanarán el cuello a la criatura delante de nosotros. Creo que...

«Más que eso; a la mujer también.»

—Comprendo. Yo creí que el pequeño aún tardaría bastante en nacer.

«Según Vavvingru...»

Berringer miró al aludido, que le devolvió la mirada parpadeando, y preguntó:

—¿Cuándo se presentarán?

«Poco antes del amanecer.»

—Menos de dos horas. ¿Qué podemos hacer entretanto?

No hubo respuesta. Hrufa estaba dormida o inconsciente. Berringer sintió que el pánico se apoderaba de él, y Vavvingru comenzó a gimotear.

—Le dije que no se cuidaría de mí cuando estuviese enferma y débil —se lamentó—. Ella me lo prometió y me aseguró que si les ayudaba, ustedes ayudarían a mi mujer y a mi hijo. Pero ahora se está muriendo, y ustedes también dejarán que me muera. ¡No hacen nada! Van a dejar marchar al walashi sin recriminarle siquiera por haber intentado matarme. Les aseguro...

—¡Calla de una vez! —exclamó Berringer.

Luchaba contra su propio miedo. Hrufa no debía morir, y menos en unos momentos tan delicados. Lo malo era que no sabía lo qué le pasaba ni cómo podía aliviarla. Sólo se le ocurría lo triste que sería dejar que tanta fuerza y belleza se corrompiesen con la muerte. Pero muerta o no, lo cierto era que por el momento no les servía de nada.

—Berringer —dijo Olivia—, tengo miedo...

—Por favor, no me hables de eso ahora. Dime, Vavvingru, ¿cuántos individuos hay en tu tribu?

—¿Los uwari? Me echaron de su lado. Ya no tengo nada que ver con ellos.

—Eso no me importa. Lo único que deseo saber es cuántos son.

—Tres tribus como la mía equivaldrían a los walashi; ¿me explico?

—Eso supone unos dos mil quinientos o tres mil miembros... Tal vez un millar de varones..., con las agallas corrompidas, claro está. No es gran cosa.

—Están menos enfermos que los de otras tribus —aseguró Vavvingru, sintiendo como si se reavivase ligeramente su orgullo—. Yo soy el único enfermo de mi familia...

—Sí, la oveja negra. Dime, ¿algún antepasado tuyo padeció ese mal?

—Sí, el padre de mi madre. Ya murió. La madre de mi padre tiene enfermas las agallas, pero aún sigue con vida.

Un pensamiento comenzó a bullir en la mente de Berringer: *un abuelo por cada parte...*

—Pero sus padres fueron normales —murmuró luego—. ¿Fenotipo normal? ¿Heterocigotos?

Berringer decidió olvidarse del asunto por el momento. Olivia preguntó entonces:

—¿Qué ocurre?

—No lo sé. Se trata de una idea, pero tal vez no hay tiempo suficiente...

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Alguien tendrá que salir y... Sí, Vavvingru...

—¡No, yo no! ¡Me matarían!

—Es cierto. Entonces tendré que ir yo. Miren —dijo Berringer señalando el mapa—. El territorio de los uwari queda cerca de donde están ahora los walashi. Si puedo llegar hasta allí en la canoa y consigo que algunos me sigan y se enfrenten con los walashi, siquiera durante unos minutos, para que no crean que todo va a ser fácil, entonces tal vez haya posibilidad de llegar a algún acuerdo.

—Los uwari no harán eso —contestó Olivia—. Ni siquiera hablarán contigo.

—Ya es hora que lo hagan —aseguró Berringer, y se dirigió adonde estaba Hrufa.

Se notaba una pulsación en sus mandíbulas alargadas, y las aberturas de las branquias se movían ligeramente. Eso era todo. Berringer fue apresuradamente al cuarto de los armarios y tomó un traje acolchado con calefacción aislada contra la humedad. Mientras forcejeaba por ponérselo, dijo:

—Olivia, ¿quieres alcanzarme la pistola adormecedora? Está en...

La cremallera del traje se atascó y Berringer forcejeó otro instante.

—¡Olivia! —repitió Berringer, y regresó al cuarto de tanques. La mujer no estaba allí—. ¡Olivia! ¿Dónde demonios se habrá metido?

Berringer comenzó a buscar por todas las habitaciones. De pronto, oyó el chapoteo de la pequeña lancha que abandonaba el desembarcadero. Echó a correr dando gritos, pero lo único que pudo ver fue una luz que se alejaba balanceándose en la oscuridad.

—¡Ha huido! —exclamó—. Se ha asustado y se ha ido. ¿Adónde demonios cree que puede ir en este maldito planeta de barro?

Volvió corriendo a la sala de tanques, dominando apenas su pánico. Vavvingru le dijo:

—Ha ido a hablar con los uwari.

—¿Por qué, cielos, por qué?

—Cree que puede hacerlo mejor que tú, aunque no confíe en ella.

Berringer suspiró profundamente. Estaba temblando. Se dirigió a su compartimiento y tomó la pistola adormecedora que colgaba de un gancho en su funda. Era la única pistola que había en Xirifor II y no era un arma mortífera. Los observadores de Fedgal no las empleaban. Había otra en la gran nave espacial, pero el *Explorer 78.732* estaba orbitando más allá de las nubes y no había tiempo para llegar hasta la espacionave. Berringer volvió

a fijarse en su traje, intentando cerrar la cremallera, aunque no creía que el traje fuese de mucha utilidad. Vavvingru le vio prepararse y gimió:

—¿Adónde vas? ¡Te marchas y me dejas aquí!

—No me marcho. Voy a sumergirme; si hay lucha, quiero que no sea cerca de aquí.

—¡Vas a ahog...!

—Si Olivia consigue atraer a los uwari, me encontrarán por el camino.

Berringer se dijo que los uwari tal vez matasen a Olivia, sin más averiguaciones y no tenía modo alguno de protegerla. En cuanto a Hrufa, no le servía de nada ahora, y tampoco podía comunicarse con Thlyrrh, y Vavvingru...

Éste saltó el borde de su tanque, y dejándose caer al suelo dijo:

—Voy contigo.

—Estarás más seguro aquí.

—Los uwari vendrán cuando te hayas marchado, lo sé. Y la Más Grande no puede ayudarme ahora.

Berringer le miró y movió despectivamente la cabeza. Vavvingru era una carga hasta el final, y ahora se aferraba a él, con el terror en el rostro.

—Está bien; ven conmigo, imbécil —exclamó el solar.

La lancha avanzaba rápidamente bajo el cielo plomizo. Olivia sintió que comenzaba a vivir. Incluso en su aspecto externo, reflejado tenuemente en el parabrisas, podía apreciar que sus mejillas estaban sonrosadas, que sus ojos brillaban y la piel parecía más suave; el cabello le caía con gracia, enmarcándole el rostro. En resumen, estaba verdaderamente hermosa. Pensaba en lo que estaba haciendo. No había tenido ningún trato con los xirifri durante los meses que llevaba en el planeta, y al fin iba a intentarlo. Desplegó el mapa y se dijo que si los datos del Fedgal eran exactos, veinte minutos después llegaría a un lugar donde encontraría una concentración de individuos de la tribu uwari. Como éstos eran telépatas, sin duda sabrían que había llegado. El resto era ya más difícil.

Berringer se detuvo al borde del desembarcadero y miró el agua, sin grandes deseos de sumergirse. Pensaba en ese momento: «De cuarenta y siete lamentables tribus, ¿qué clase de pueblo unido podemos sacar?» Cuarenta y siete..., el número de cromosomas que hay en las células de un idiota mongoloide. «Entre los humanos, claro está, como diría Hrufa». Ahora que no sentía la mente de Hrufa gravitando sobre la suya, Berringer notaba como si tuviera el cerebro vacío.

—Berringer, el Brillante está aquí —dijo en ese momento Vavvingru.

En efecto, Thlyrrh se les había acercado. Berringer exclamó al tiempo que agitaba un brazo:

—¡Vamos, vuelve a tu sitio, Thlyrrh!

El aludido movió negativamente la cabeza y siguió donde estaba.

—¡Márchate! —insistió Berringer, irritado por su incapacidad de comunicarse eficazmente con Thlyrrh.

Pero éste resolvió el problema por sí solo. Señaló a Berringer, se tocó su propia espalda, y luego se tendió en el suelo, señalando hacia el mar. Su cuerpo pareció fundirse; desaparecieron los brazos y en su lugar le crecieron aletas; las piernas se fusionaron hasta formar una cola.

—Ah, ya comprendo. Un mil-usos —declaró Berringer, y se acercó al desembarcadero. Luego se subió encima de aquella maravilla, y, seguido de Vavvingru, el hombre que montaba el delfín se sumergió en el mar.

Olivia estaba acurrucada sobre un montículo arcilloso del pantano. La lancha se mecía suavemente un centenar de metros más allá, bajo el pálido manto de nubes. La mujer llevaba un traje impermeable con escasa ropa debajo, por lo que sentía frío y notaba una desagradable sensación de humedad. A pesar de todo, algo excitante, antiguo y nuevo a la vez, surgía de su interior. Para ella nada significaban ahora el fracaso y el peligro; recordaba las experiencias vividas anteriormente en una docena de planetas, aguardando criaturas que estaban más allá de todo esfuerzo de imaginación, mientras el lenguaje hipnóticamente aprendido le cosquilleaba la lengua. Seres de cuerpos aguzados dentro de caparazones relucientes; seres gibosos armados con espinas ponzoñosas; increíbles cristaloides que zumbaban y vibraban... A todos los conocía y amaba, y ninguno de ellos podía ya causarle sorpresa.

No obstante, Olivia retuvo el aliento con renovada delicia cuando unas luces refulgieron y se agrandaron en el agua, verdes, azules y amarillas, y los seres de aquel planeta surgieron oscuros y chorreantes, destacando contra el cielo de color plumizo.

«No sabía que tuvieran luces. ¡Qué maravilla!» Su práctica en la observación de aquellos fenómenos le permitió reconocerlo: se trataba de vejigas de animales llenas de sustancia vegetal luminiscente. Pero no había tiempo para dedicarlo al placer de la contemplación.

Los xirifri llevaban las lámparas colgando de una larga cuerda sujeta a sus espaldas. Cuando emergieron, el que les dirigía enrolló la cuerda y dejó las lámparas en el suelo, como una larga sarta de perlas luminosas. Había cinco varones, y una hembra les seguía fuera del agua. Las mujeres xirifri eran algo más pequeñas que los hombres; sus agallas algo más pálidas y menos voluminosas. Tenían dos senos —a veces, más raramente, tres—, que les nacían uno sobre otro, verticalmente. Olivia los había entrevisto a través de la mente de Hrufa, cuando nadaban sumergidas, llevando consigo a sus hijos, los cuales se aferraban a uno de los pechos, succionando la leche que su madre segregaba mediante movimientos de los brazos. Viéndolas, Olivia tuvo la impresión de una barca remolcando minúsculos esquifes.

La mujer que llegaba ahora no llevaba hijos, y un cinturón lleno de perlas le ceñía la cintura, demostrando que se trataba de una sacerdotisa. La impresión era que los uwari consideraban importante la presencia de Olivia. El primero de los que acababan de llegar llevaba una especie de tahalí del que colgaba un largo y cuneiforme trozo de concha, el cual parecía un rudimentario cuchillo. Olivia se levantó y el uwari se le acercó.

—Eres de la Federación Galáctica, ¿verdad?

—Sí.

—Te conocemos a través de la mente de ésa a quien ustedes llaman Hrufa.

—Se acercaron bastante como para saber eso, pero no quisieron hablar con nosotros.

—Los walashi están contra ustedes —dijo el uwari, en un tono que no era precisamente acogedor—. Creíamos que nos darían cuchillos y nos curarían las agallas infectadas.

—Hemos venido para aprender estando con ustedes y descubrir el origen de la enfermedad que padecen, pero para eso debemos convivir con vuestra gente durante varios días y hablar vuestro lenguaje. Lo que no podemos hacer es darles cuchillos para que hagan la guerra a los walashi.

—Pues en tu mente veo que piensas dirigirnos contra ellos ahora, sin habernos facilitado cuchillos, sin habernos curado. ¿Por qué? Creo que sólo puedes causarnos daño.

—¿Es que has encontrado alguna intención dañina en la mente de alguno de nosotros? Puedes seguir comprobando si todavía recelas.

¿Pero qué podían ver aquellos seres? Olivia sintió que su entusiasmo flaqueaba. Después de todo, su propósito era una locura. No tenía otra cosa que ofrecerles que un gran riesgo y una débil esperanza. Sin embargo, continuó adelante.

—La Federación Galáctica —dijo— enseña a los hombres a vivir en paz, y no a luchar unos contra otros.

—Ahora no nos batimos, pero es porque no tenemos cuchillos.

Olivia se contuvo para no decirle que lo que querían era luchar contra tribus más débiles que ellos. Entonces añadió:

—Ustedes deben aprender a tener cuchillo, pero sin servirse de ellos para luchar. Un cuchillo demuestra que el que lo posee es mucho más fuerte que el que no lo tiene, pero no deben matar para demostrarlo.

Olivia miró con disimulo al individuo que seguía al jefe. Sus agallas empezaban a encogerse por los bordes, y parecían reseca y quebradizas.

—Creen que los cuchillos les dejarán hacer lo que quieran, pero no servirán para remediar vuestra enfermedad de agallas, aunque maten a los enfermos, como hacen los walashi. Sólo la Federación Galáctica puede ayudarles. Si consienten que los walashi nos maten o nos arrojen del planeta, se les corromperá el cuerpo hasta que el mar se llene de cadáveres vuestros. Luego vendrán otros seres a este planeta, les quitarán las perlas y no les darán nada a cambio.

Olivia hizo una pausa y decidió correr un riesgo, diciendo:

—Quizá les digáis que después de todo vuestra dolencia no es tan grave, que pueden vencer a los walashi y continuar siendo más fuertes, comparados con esas otras tribus pequeñas, débiles, enfermizas...

Hubo un movimiento de irritación entre los recién llegados, y Olivia pensó: «Ya lo he conseguido». Pero la sacerdotisa se adelantó y dijo:

—Los hombres piensan que deben luchar y matar. Mi hijo tiene corrompidas las agallas. Deseo hablar con los walashi.

Los demás la miraron fijamente, pero no dijeron nada.

Olivia reprimió un suspiro de alivio, contestando en seguida:

—Si vuestros hombres están dispuestos a correr el riesgo... Pero yo debo decirles que se trata de un peligro muy grande, tremendo...

Berringer se había tendido entre unos juncos cerca de la frontera de los walashi. Con él estaban Vavvingru y Thlyrrh. Tenía frío y se sentía destemplado, a pesar del sistema de calefacción del traje. Su preocupación por Olivia y Hrufa fue creciendo hasta producirle terror: «Debí haber traído el equipo de buceo autónomo; ¿pero para qué? Además, ¿qué puedo hacer cuando ellos se presenten?» Se dijo que habría sido mejor resignarse a ser un fracasado vivo en vez de un triunfador muerto. Se volvió y vio a una distancia de dos kilómetros la Estación de Observación. Entonces dijo a Vavvingru:

—Tal vez vayan por otro camino mientras nosotros esperamos aquí.

—¿Por qué? Ahora no tienen motivo para temernos, puesto que la Más Grande está enferma.

—Sí, es probable.

El razonamiento era lógico, pero quizá tuvieran miedo de Thlyrrh, en quien Berringer no confiaba, pues carecía de las emociones y las reacciones de un hombre, aun de las de un hombre extraterrestre. La forma plateada, restituida de nuevo a la apariencia humanoide, descansaba a su lado entre los juncos, silenciosa, inmóvil, apática.

Vavvingru se retorció convulsivamente de pronto, y gritó:

—¡Allí! ¡Mira hacia allí!

—¿Dónde? —preguntó Berringer, que no lograba ver nada.

—¡Allí! ¡Ya vienen...!

Berringer miró hacia donde le señalaba, y no muy lejos de ellos advirtió un estremecimiento en las aguas. Inmediatamente ordenó:

—¡Pronto, al suelo!

—¡No, no! ¡La tienen prisionera! ¡No...! —aulló Vavvingru.

—¡Vuelve, Vavvingru!

Pero el xirifri corrió hasta la orilla, dio un salto y se sumergió en las aguas.

—¡Vavvingru! —gritó Berringer.

En el agua se vio un remolino, un extraño burbujeo que Berringer observó quedando momentáneamente paralizado. Luego Vavvingru salió del agua, anduvo despacio hasta la orilla y cayó, tratando de sostenerse apoyándose en las manos y las rodillas. Berringer corrió hacia él, chapoteando en el espeso lodo. Vavvingru intentó decirle algo con los ojos, que se le enturbiaban por momentos.

—Tú... —murmuró, y cayó de bruces, muerto. En la espalda tenía un cuchillo clavado hasta la empuñadura.

En el momento en que Berringer se arrodillaba al lado del xirifri, los walashi empezaron a salir del agua, en el mismo instante que Olivia. Berringer se levantó de un salto y agitó los brazos, gritando:

—¡No, no! ¡Márchate!

Pero ya era tarde. El agua que le rodeaba estaba plagada de walashi. Dos de ellos traían a la mujer, que con el vientre hinchado se debatía débilmente. Los que acababan de llegar avanzaban con lentitud, mirando fijamente a Berringer, con los cuchillos en la mano y las agallas chorreantes.

Hacia oriente se percibía el clamor de los uwari siguiendo a Olivia, que iba en su lancha.

—¡No, no! ¡Vuélvete! —gritó de nuevo Berringer.

Intentó sacar su pistola, pero dos walashi se precipitaron sobre él, golpeándolo y desarmándolo, cayendo la pistola unos pasos más allá. Otros miembros de la tribu se sumergieron, preparándose para enfrentarse con los uwari. Berringer trató de ampararse poniéndose detrás de Thlyrrh, pero le sujetaron y lo arrastraron al agua.

Un fogonazo estalló en el interior de su mente, y pareció que el mundo se ennegrecía. Cuando volvió a clarear, Berringer se incorporó tambaleándose, debatiéndose contra el vértigo. Se frotó los ojos con los puños y miró a su alrededor. Thlyrrh estaba tendido a su lado, y la superficie metálica de su cuerpo no parecía que tuviese ninguna rotura. Olivia estaba inclinada, como inerte, sobre el borde del bote, que se balanceaba suavemente. En ese momento hizo un débil movimiento. Berringer avanzó dentro del agua y la levantó, pero la muchacha se desplomó en el interior de la lancha, presa de fuertes temblores. Berringer arrastró el bote hacia la orilla apartando los cuerpos de varios xirifri que flotaban inconscientes en la superficie.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Olivia con voz temblorosa.

—No lo sé... —repuso Berringer—. Creo que lo que ha ocurrido sólo puede atribuirse a Hrufa... A no ser que se trate de un poder que ignoramos, o de un arma nueva...

Los xirifri empezaban a agitarse. Thlyrrh se levantó tras un esfuerzo, abrió poco a poco uno de los orificios, hizo con sumo tacto algunas comprobaciones, y viendo que todavía seguía vivo cerró el orificio.

—Vavvingru ha muerto —dijo Berringer, acercándose al cadáver—. Mira, Olivia.

La mujer walashi yacía casi sobre el cuerpo de Vavvingru. Las manos le temblaban un poco. Junto a sus piernas y sobre los fríos juncos, había una criatura con el cuerpo lleno de lodo.

—Es el niño... —murmuró Berringer, y trató de recogerlo, pero se le escapó debido a lo resbaladizo de su piel.

Mientras Berringer miraba a su alrededor buscando algo con qué tomar al recién nacido, otras manos lo levantaron. Era la sacerdotisa uwari, que lo tomaba por los pies y lo

apartaba de su madre. Los diminutos puños se crisparon, se agitaron los escuálidos bracitos y el pequeño ser tosió como si se ahogara.

Berringer miró a la sacerdotisa y le preguntó:

—Es niño, ¿verdad?

—Sí —repuso ella sumergiéndolo en el agua y lavándolo hasta que no le quedó en la piel ni rastro de cieno. Luego extrajo el cuchillo de la espalda de Vavvingru, cortó el cordón umbilical y colocó al pequeño sobre el vientre de su madre, el cual buscó en el acto un pecho con la boca.

—Parece que no tiene afectadas las agallas —dijo Berringer.

—Es verdad —contestó la sacerdotisa—, y no me lo explico.

Tal vez el cerebro de Berringer acababa de sentir una fuerte sacudida, pero a pesar de todo creyó adivinar lo que ocurría.

—Me parece que sé la causa —murmuró.

Los xirifri se habían vuelto a dividir según sus propias tribus, pero estaban como atontados y no se sentían dispuestos para la lucha. Uno de los walashi se acercó a la madre y al hijo y se quedó mirándolos. Berringer se puso de rodillas al lado de ellos, y mirando al walashi le preguntó:

—Eres el jefe, ¿verdad?

—Sí.

—Este niño está sano y bien formado, ¿no crees?

El walashi vaciló. Se le veía como avergonzado, y parecía que tuviese un fuerte dolor de cabeza.

—Es verdad —contestó al fin.

—Entonces, ¿no se le enfermarán más tarde las agallas?

—No lo creo, solar.

En ese momento intervino la sacerdotisa, diciendo:

—Debemos colocarlos en el agua, si no lo hacemos se deshidratarán.

—Está bien, adelante.

La sacerdotisa empujó el cuerpo de la mujer de Vavvingru, la cual sujetaba fuertemente a la criatura con sus brazos, hasta aguas más profundas. Pareció que la madre y el hijo se recobraban, a pesar que no se daban cuenta de lo que les rodeaba.

—¿No tenía otro hombre? —insistió Berringer—. ¿No hubo otro que pudiera ser el padre?

—Esta es mi hija —declaró el walashi, con cierto rubor—. Y no tenía otro hombre.

—Ah, es tu hija.

En ese momento se acercó otro walashi, y el nuevo abuelo señaló a la criatura, diciendo:

—Este niño tiene sanas las agallas.

—Es un niño brujo —dijo el otro—; lo han hecho con magia. Deben morir él y su madre.

Siguió un instante embarazoso, y Berringer movió negativamente la cabeza mientras suspiraba. Pero el jefe walashi replicó con decisión:

—Esta mujer es hija mía, y el pequeño es mi nieto. Deberías morir tú por haber dicho eso.

—Basta, por favor —terció Berringer—. Han matado aquí a un hombre, y ahora tienen en su lugar una criatura sana. ¿Por qué no terminamos con esto y volvemos a nuestro sitio?

—Si no es un niño brujo —repuso burlonamente el segundo walashi—, tal vez el solar, que tantos deseos tiene de irse, pueda explicarnos qué es.

Las miradas se fijaron en Berringer, quien sintió que el corazón se le encogía. Tratar de explicar hasta las nociones más elementales de genética a los miembros de un pueblo

terriblemente primitivo y en un lenguaje rudimentario, era una empresa titánica. De pronto Berringer sintió como una especie de susurro en el interior de su mente:

«Adelante, Berringer. Yo te ayudaré, si puedo hacerlo.»

Olivia y él se miraron sonriendo.

«Hrufa, no sabes cuánto me alegra oírte, ¿Cómo...?»

«Las preguntas más tarde; ahora conviene que termines lo que has comenzado.»

Berringer aspiró profundamente y buscó alguna señal de inteligencia y comprensión en los ojos de sus interlocutores. La sacerdotisa uwari parecía la más propicia, por lo que centró en ella su atención.

—Voy a tratar de explicarles esto lo mejor que pueda —comenzó diciendo—. Pero deben tener en cuenta que la magia que hay en este asunto nada tiene que ver con la magia que conocen. Es una magia que sólo está en el poder de los dioses que crean la vida. Todo hombre y toda mujer tienen una semilla para hacer un hijo. Cuando ellos se unen y las dos semillas se encuentran y se funden en una, empieza a formarse la criatura.

—Eso lo sabe cualquier tonto —interrumpió burlonamente el walashi escéptico.

—Me alegra saberlo —repuso Berringer sin inmutarse—. Lo cierto es que esas semillas, tanto en el hombre como en la mujer... —Hrufa impuso una imagen mental de los gametos, con sus cromosomas y genes que tanto se parecían a las perlas de los xirifri— poseen encerrados en su interior un mensaje de los dioses que indica si de ellas nacerá un niño o una niña, si sus branquias serán rojizas o purpúreas, si su piel será grisácea o azulina. A veces el mensaje no presagia nada bueno, como si se hubiera cometido un error.

—Es como un castigo de los dioses —apuntó la sacerdotisa uwari.

Berringer reflexionó brevemente y dirigió una mirada a Olivia; pero pareció que ella le dejaba a él toda la responsabilidad. La idea de la sacerdotisa era demasiado negativa, por lo que repuso:

—No. Se trata más bien de un error.

—Los dioses no cometen errores —replicó con acritud el walashi.

—¿Nunca? —preguntó Berringer, contemplando el inmóvil cuerpo de Vavvingru—. ¿Ni siquiera cuando les dejan creer que está bien matar a un hombre indefenso?

Todos callaron, más por sentirse culpables que por convicción.

—Es un error —insistió Berringer con firmeza—. A veces uno de esos mensajes equivocados puede hacer que las fuerzas de la vida creen un niño con un dedo de menos en cada mano o un dedo de más. O quizá nazca ciego, o demente, o con un estómago que digiere mal. Tal vez sus branquias no funcionen debidamente, y el recién nacido muera porque no puede vivir siempre fuera del agua.

Hizo una pausa, mientras pensaba: «Homocigoto, heterocigoto, dominante, recesivo». Luego prosiguió:

—Todos poseemos numerosos mensajes de ese tipo en nuestro cuerpo, y los dioses eligen algunos de ellos para hacer la semilla que creará nuestro hijo. En ocasiones se trata de mensajes buenos, y otras veces son malos. Pero los dioses son benévolos: la mayoría de los mensajes malos son débiles, como el que produce la corrupción de agallas, y si la criatura obtiene mi mensaje de su padre o de su madre solamente, no sufrirá daño alguno. En cambio, cuando la misiva mala proviene a un tiempo de los dos progenitores, si sus dos mensajes dicen: «que la criatura nazca con las agallas corrompidas», el nuevo ser padecerá la enfermedad.

El viento matinal estaba secando el traje de buceo de Berringer, pero él sudaba a chorros.

—Algunos de esos mensajes, como el que ya conocemos de las agallas enfermas —siguió diciendo Berringer—, se debilitan cuando los recibe una mujer, y, aunque ella reciba dos, no resultará gravemente dañada. Pero cuando esa mujer transmite a su hijo el mensaje,

éste adquiere más fuerza y es más perjudicial. Pero la mujer no tiene ninguna culpa. En cambio, hay otras enfermedades que afectan más a las mujeres que a los hombres, ¿comprenden?

Berringer hizo la pregunta esperanzado. Todos le observaban parpadeando, sumergidos a medias en el agua de la orilla.

—Lo entendemos —contestó la sacerdotisa—. ¿Todas las enfermedades del cuerpo provienen de la semilla?

—No; también hay otras causas. No sé si ésa será la razón, pero como la criatura tiene las agallas sanas, creo que es lo más probable.

—Ese niño es sano porque sólo una parte de la semilla era mala, la de su padre.

—En efecto —asintió Berringer, dándose cuenta que la mujer le entendía perfectamente.

—Cuando se convierta en un hombre aún seguirá teniendo el mensaje malo en su semilla, y tal vez llegue a transmitirlo a sus hijos.

—Sí, así es.

—Entonces, eso seguirá siempre en nuestras semillas. ¿Cómo puede curarse?

—Yo no puedo curarlo, pero los de la Federación Galáctica vendrán aquí, harán pruebas, estudiarán el cuerpo de los muertos, si ustedes se lo permiten, y les harán numerosas preguntas para saber cómo actúa ese mensaje en vuestro organismo, qué efectos produce, y si bloquea el suministro de sangre, por lo que las agallas no funcionan bien. Si les dejan trabajar el tiempo suficiente, no hay duda en que ellos hallarán la causa, y tal vez una medicina para la enfermedad que ustedes padecen. Pero el mal que hay en vuestras semillas seguirá ahí siempre. Es una parte de la vida que los dioses les han concedido.

—A nosotros, en cambio, no nos la dieron —arguyó el walashi con orgullo—; hemos sabido curarnos.

—Tal vez tengan menos enfermos, pero no han curado el mal —aseguró Berringer—. En cambio, han contribuido a aumentar la dolencia en otras tribus. Ustedes, los walashi, son la causa de grandes daños en este planeta.

El walashi gruñó y volvió a enfrentarse con Berringer.

—No los hemos podido dañar con nuestra semilla —dijo—. Estás mintiendo.

—Antes de la llegada de la astronave *Bexancir* a este planeta, ustedes tenían escasos enfermos de las agallas. Los walashi lucharon con las demás tribus por los cuchillos de los barrazani, y ganaron. Entonces vuestros enemigos se dividieron en pequeñas tribus que buscaron refugio entre las plantas marinas y en las balsas de poca profundidad, que fue donde les atacó más fuerte la enfermedad.

Berringer se detuvo para tomar aliento. Desde lejos, Hrufa le dijo:

«Adelante, Berringer, lo estás haciendo muy bien.»

«Ah ya, las leyes de Mendel —pensó Berringer—; alcanzo a leerlo en tu mente. Escúdame unos instantes, Hrufa; hay dos o tres cosas que me gustaría que no supieran por el momento.»

El walashi, con tono burlón, preguntó:

—¿Acaso el solar tiene algún tipo de magia para defenderse de mi acusación?

—No hay magia alguna; puedo explicarlo de acuerdo con lo que ya les he dicho. Si un hombre que desee tomar pareja dispone de muchas mujeres para elegir, sin duda, se quedará con la más sana. De llevar la enfermedad en su semilla, no influirá sobre sus hijos mientras su mujer no lleve también el mensaje negativo. También puede ocurrir si él no tiene semilla enferma, aunque la tenga la madre. Sin embargo, las posibilidades de los pequeños grupos son mucho menores, ya que es más probable que los enfermos se casen entre sí, mientras que en tribus grandes a los enfermos no se les habría aceptado, y no habrían transmitido la enfermedad a sus hijos. Si dos personas sanas que poseen una

semilla enferma tienen cuatro hijos, uno de ellos seguramente saldrá enfermo y otros dos serán portadores de la dolencia y si éstos forman pareja con otros afectados de una tribu pequeña, la enfermedad se extenderá cada vez más hasta que todos lleguen a enfermar o a ser portadores. Por eso creían que el hijo de Vavvingru tendría corrompidas las agallas, y estaban equivocados.

En ese momento intervino la sacerdotisa, que preguntó:

—¿Por qué nos explicas todo eso, solar, si no podemos librarnos del problema? La Federación Galáctica puede tardar tanto en encontrar una medicina que para entonces la mayoría de nosotros ya estaremos muertos.

—Hay una forma. Los hombres y mujeres de una tribu pequeña sólo son portadores de un limitado número de mensajes, sean buenos o malos, en sus semillas, y los dioses se ven obligados a elegir una vez tras otra de esa reducida cantidad de combinaciones, para que la tribu no desaparezca. Pero cuando hay numerosas tribus reunidas, al aumentar el número de individuos aumentan las posibilidades de combinación de los mensajes, hasta ser más abundantes que las gotas del mar.

»Si vuestras tribus se unieran y se emparejasen unos con otros, proporcionarían a los dioses muchas más posibilidades de elección. También es más probable que encontrasen una persona sana en otra tribu, en lugar de una enferma en la vuestra. De esta forma la corrupción de agallas iría debilitándose, del mismo modo que disminuye la luz de la tarde. A decir verdad, esto tardaría muchos años en suceder; deseo advertírselo porque no quiero que dentro de unos veinte años digan ante la Federación Galáctica que el hombre que se les envió era un mentiroso al decirles que desaparecería la enfermedad de las agallas. De todos modos, es probable que para entonces los de la Federación Galáctica hayan encontrado una cura efectiva para vuestro mal, pero lo cierto es que si hacen lo que les he dicho, incluso sin ningún tratamiento, vuestra dolencia empezará a disminuir.

—¿Querrás explicar todo esto a las demás tribus? —preguntó la sacerdotisa.

—Lo haré, si ellos me lo permiten.

—Te lo permitirán. Yo conozco a todas las demás sacerdotisas, y nosotras no luchamos.

Los uwari hacían comentarios entre sí, pero los walashi permanecían fríamente silenciosos. Berringer sonrió, y luego dijo:

—También puedo decirles, uwari, que si vuestras tribus se emparejan entre sí, ganarán en salud *aun cuando no se unan con los walashi*. Unidos, pueden llegar a ser tan sanos como ellos, y les superarán considerablemente en número.

El jefe walashi dijo rápidamente:

—Creo que ha sido un error el haberte escuchado. Aún tenemos nuestros cuchillos.

—Tengo la impresión, walashi —repuso Berringer con suavidad— que desde ahora vuestros cuchillos sólo les servirán para cortar los alimentos que comen. Les sirvieron de armas mientras vuestro mundo les perteneció exclusivamente, pero ya no ocurre lo mismo. Una vez que la Federación Galáctica descubre un mundo, éste es conocido por muchas clases de hombres, y no todos son buena gente. Son muchos pueblos de la Galaxia los que ya conocen vuestras perlas, y se sabe que son de una belleza superior. Algún día podría llegar aquí una astronave de otro planeta, con individuos que dijeran: «¿Qué nos importan los walashi y los uwari? Podemos matarlos a todos y apoderarnos de las perlas». Es decir, lo mismo que hicieron ustedes con los cuchillos de los barrazani. Serán capaces de permanecer por encima de las nubes, donde no podrán verlos, y desde allí arrojarán venenos que les matarán sin que ustedes se den cuenta siquiera de lo que ocurre. Han visto ya los poderes de Thlyrrh y Hrufa..., y tengan en cuenta que siempre han tratado de ayudarles. Si quisieran destruirles, ¿qué podrían hacer contra ellos vuestros cuchillos?

—Lo único que nos dices, entonces, es que nos matarán, de un modo o de otro.

—Sólo trato de explicar a un pueblo belicoso y terco que no deben matar a las demás gentes de su planeta. Tampoco les pido que se conviertan en apacibles tejedores de canastos si eso no va con su naturaleza. En estos momentos, ustedes los walashi, son como la enfermedad de agallas, una especie de plaga de este planeta. ¿Por qué no emplear el esfuerzo guerrero para defender a todos los pueblos de vuestro mundo, contra el demonio que un día puede llegar de otros planetas?

—¿Nos defenderíamos con cuchillos?

—Claro que no —repuso Berringer, sonriendo—. La Federación Galáctica les proporcionaría espacionaves y armas si ustedes demuestran que son capaces de emplearlas con habilidad y buen juicio, sólo para defenderse. Con gentes de la raza de Hrufa, que pueden leer en las mentes, comprenderán perfectamente vuestras intenciones.

—¿Qué pasará si seguimos como hasta ahora y no nos prestamos a lo que nos sugieres? —preguntó el jefe walashi.

—Vuestro planeta ya es conocido. Las cosas pueden seguir así durante un año o dos. Luego..., llegarán gentes en busca de vuestras perlas. Que no sea demasiado tarde para hacerlo.

—Está bien, lo pensaremos.

El jefe walashi estaba recibiendo plenamente la luz del día, y Berringer observó que su piel comenzaba a researse y a cuartearse. Era demasiado orgulloso para sumergirse en el agua ante un extraño que no lo hacía. Por fin se quitó el cinto, del que no pendía cuchillo alguno —lo habría perdido tal vez cuando el desvanecimiento general, o fue él quien mató a Vavvingru—, ató suavemente los pies de su hija y se sumergió en el agua, remolcándola a ella y al recién nacido. Los demás walashi le siguieron. Berringer continuó mirando hasta que desapareció la última onda provocada por su inmersión. Los uwari comenzaron también a marcharse.

La sacerdotisa parecía dudar ante Berringer, y después dijo:

—Ahora estamos a salvo, aunque sea por poco tiempo. Muchas gracias.

Berringer contempló el cuerpo exánime de Vavvingru y repuso:

—De nada le valió a él.

«No era un héroe, Berringer —dijo Hrufa—, pero ya ves que tampoco fue un inútil.»

La sacerdotisa se arrodilló, enlazó el cuerpo de Vavvingru con su ancho cinturón de perlas y lo fue arrastrando hasta la orilla, para poco después desaparecer con él en las aguas. En cierto modo, Vavvingru se reintegraba a su gente.

Berringer saltó a la lancha y se sentó al lado de Olivia. Thlyrrh le siguió.

—Les has prometido demasiado —dijo Olivia—. Fedgal seguramente nos pedirá responsabilidades por eso.

—Lo cierto es que aún estamos con vida, y eso es más de lo que yo esperaba hace unas horas.

—A través de Hrufa he podido saber que les ocultabas algo. ¿Tratabas de engañarles?

—No. Todo lo que dije es cierto, tal como lo expliqué —aseguró sonriendo—. Pero no podía dejar de pensar que son cuarenta y siete los cromosomas que hay en las células de un idiota mongoloide, y en cuarenta y siete tribus un sinfín de imbéciles congénitos... Existe un factor genético llamado efecto Wright, que puede difundirse a partir de un solo gen, como en el caso de la corrupción de agallas, hasta que casi toda la población quede infectada. Pero eso sólo ocurre en grupos extremadamente reducidos. Wright estableció el límite superior en un centenar de pares combinados. Los walashi son una tribu extensa, y eliminaron la enfermedad del mismo modo que se hacía con la lepra en la Edad Media. Los uwari son menos y les perjudica el apareamiento entre ellos, pero no corren excesivo peligro, aunque no quise que lo supieran en este momento. Pero esas tribus más pequeñas, que suman cuarenta y cinco, algunas integradas por menos de doscientos individuos...

—Comprendo.

—Ha sido una absurda contingencia. Si los xirifri se hubieran dividido en veintitrés tribus belicosas, o en treinta, o treinta y cinco, habrían sufrido inconvenientes, desde luego, pero no hasta el extremo de tener que pedir ayuda. Lo malo es que se dividieron en cuarenta y siete tribus. Eso es lo que yo no quería que supieran. No deseaba que supieran que podrían juntar las tribus de dos en dos como los genes de un gameto, hasta formar veintitrés, y seguir fragmentándose hasta el día del Juicio Final. Creo que han estado muy cerca de eso. Pero ahora sólo necesitan algún tiempo para madurar.

Berringer contempló a Olivia, mientras la lancha se aproximaba a la Estación de Observación. Aunque el cabello de la muchacha estaba húmedo y desordenado, y tenía en la cara dos moretones, los ojos le brillaban y tenía las mejillas sonrosadas. Presentaba mejor aspecto que nunca porque en su rostro reaparecía la vida. Se veía que estaba satisfecha por la parte que había tomado en el acontecimiento. Cuando Berringer la vio llegar con los uwari, pensó en Boadicea dirigiendo desde su carruaje a sus hordas pintarrajeadas. Pero claro está que no se lo iba a decir.

Mientras la ayudaba a subir al desembarcadero, Berringer se acordó de algo y le dijo:

—Tengo que hacerte una pregunta. Me gustaría saber por qué te marchaste con la lancha de aquel modo. No puedo negar que tuve miedo.

—¿Creíste que huía? Estaba atemorizada, ciertamente, pero comprendí que tenía que hacerlo, y no quise perder tiempo en discusiones.

—Si por lo menos hubieses dicho algo, habríamos trabajado juntos...

Berringer notó un brillo especial en la mirada de Olivia, y las palabras murieron en sus labios.

—¿Del mismo modo que lo hemos hecho hasta ahora en este viaje, Berringer?

Él suspiró, y se dirigió a la gran sala de tanques para ver lo que había sido de Hrufa.

En el tanque de Hrufa había una nueva grieta por la que fluía lentamente el agua. Hrufa yacía en el fondo, con aspecto de estar muy agotada. En un lado del tanque había una masa gelatinosa en la que se retorcían varias criaturas pequeñísimas, que no medirían más de siete centímetros. Berringer miró al fondo y dijo:

—Veo que está de moda. Todo el mundo tiene hijos. ¿Cuántos son?

«Doce vivos; uno está muy débil», contestó Hrufa.

—¿Varones, hembras?

«Siete varones y cinco hembras.»

Berringer miró más detenidamente, y con tono de duda volvió a preguntar:

—¿No tratarán de comerse unos a otros, o algo así?

«Claro que no, Berringer. Estarán fuertes dentro de un mes.»

—Dime, ¿acaso las mujeres de tu raza derriban medio planeta cada vez que dan a luz?

«No, no suele ocurrir; sólo en casos de gran tensión, y ya estamos acostumbrados.»

—Bueno, este tanque ya no sirve. No es posible repararlo. Tendrás que arreglarte con el otro.

«Berringer..., lo has hecho muy bien, pero no parece que estés satisfecho.»

Lo cierto es que él pensó que cuando lograra el éxito en algo sería de un modo total y abrumador. Claro que eso no era más que una fantasía absurda. En aquel momento sólo lamentaba que Vavvingru hubiera confiado en él, y que le hubiese dejado morir.

—Estoy cansado... —repuso—. No sé si mis esfuerzos tendrán algún valor. De lo que estoy seguro es del hecho que los xirifri no lucharán durante un tiempo, y se prestarán más fácilmente al diálogo.

«Sé, que estás disgustado conmigo por haber venido en estas condiciones y haberles puesto en peligro», dijo Hrufa.

—En realidad estoy irritado conmigo mismo por haber permitido que Olivia se arriesgase con los uwari y por dejar morir a Vavvingru.

«Yo sentí lo mismo cuando maté al walashi.»

—Eso fue algo accidental.

«Berringer... Yo sospeché que iba a tener hijos antes ya de venir aquí. No lo dije a nadie, no me sometí a análisis, escudé mi mente... Todo eso lo hice porque si lograba abortar aquí, donde nadie podía controlarme, no quedaría inscrito en los registros y...»

—Pero el CHEQMED y tus gentes, la telepatía...

«Existen formas para eludir eso... Sí, sonrías porque a pesar de mis predicamentos morales me encuentras débil y vulnerable.»

—No, Hrufa, por una vez me has interpretado mal. En realidad, me alegra saber que eres humana. No hay ninguna burla en ello.

Poco después Berringer estaba en su compartimiento pensando en los informes que debía redactar, aunque la desgana le impedía iniciar el trabajo. En ese momento se presentó Olivia. Berringer se puso en pie.

—Me parece que vamos a quedarnos aquí por un tiempo —dijo ella, en cuyo rostro se veían las huellas de las emociones pasadas, pues estaba marcado por el cansancio.

—Así es —repuso Berringer, y pensó en la animación que había visto poco antes en el rostro de Olivia. Habría deseado verla como entonces. Pensó que eran unos insensatos al pelearse entre sí como ocurría a menudo, y se dijo que era necesario acabar con sus desavenencias. De todos modos no se le ocurrió hacer ninguna consideración.

Olivia parecía irritada, sin darse cuenta de la cordialidad que había en la mirada de Berringer. No pudo contenerse y se le encaró diciéndole:

—Dijiste que no podríamos hacer nada mientras Vavvingru estuviera vivo; ahora que te has librado de él, seguramente podrás actuar a tu gusto.

Los hombros de Berringer pareció que se le hundieron. Volvió la espalda a Olivia y durante un momento permaneció quieto, desconcertado.

—Perdona, Berringer; no he querido decir eso. No sé lo que digo —agregó ella con voz humilde y tomándole por un hombro le hizo volverse. Le levantó la cabeza, acariciando el rostro de un hombre por vez primera, y susurró—: por favor, no te enfades. Se muy bien que tratabas de protegerle. No, no me mires así. ¿Que he hecho?

Berringer rozó con sus labios los de ella, y sintió el sabor salado del agua de mar.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Olivia.

—Besarme otra vez —contestó él, y rodeando con sus brazos el cuerpo de Olivia añadió—: Necesitas..., los dos necesitamos práctica.

UN MENSAJE DE CARIDAD

William E. Lee

La paradoja temporal, la telepatía y la persecución de los fenómenos paranormales por parte de una sociedad basada en la rutina y los prejuicios son tres temas clásicos de la SF.

En A Message from Charity, estos tres ingredientes se funden en una tierna historia de amor imposible entre dos adolescentes separados por la más inexorable de las distancias: el tiempo.

Aquel verano del año 1700 fue el más caluroso que recordaban los más viejos habitantes. Como el año iniciaba una nueva centuria, algunos aseguraban que marcaría la pauta del siglo, y que durante cien años Bay Colony sería un lugar tan tórrido como la propia India.

Hubo gran cantidad de enfermedades en Annes Towne, y muchas personas murieron antes que el tiempo cambiara a últimos de septiembre. En su mayor parte fueron personas de edad avanzada las que sucumbieron, pero también estaban enfermos algunos jóvenes, entre ellos Caridad Payne.

Caridad había cumplido once años en la primavera y aún conservaba la figura y pensamientos de una niña, pero era alta y fuerte y estaba muy tostada por el sol de Nueva Inglaterra, ya que pasaba muchas horas ayudando a su padre en los campos y tratando de poner un poco de orden en el huerto y en el patio de la casa.

Durante las semanas que permaneció en casa, y aun cierto tiempo después, le atacó la fiebre, y entonces Thomas Carter y su buena esposa Beulah, como buenos vecinos, llegaron a la casa para echar una mano, ya que la madre de Caridad había muerto al dar a luz y Obie Payne no podía hacer solo todas las cosas.

Caridad se hallaba tendida sobre un colchón relleno de paja, que su padre, ansioso de hacer todo cuanto podía por ella, y no pudiendo hacer otra cosa que musitar constantes y fervientes oraciones, cambiaba casi diariamente con paja fresca, o al menos tan a menudo como se lo permitía Beulah.

A unas millas más abajo de Harmon Brook había un famoso estanque de castores donde en el invierno la gente de Annes Towne cortaba hielo, que luego almacenaba bajo capas de corteza de árboles y astillas.

Se había gastado mucho a principios del verano y quedaba poco hielo, pero todas aquellas familias que tenían enfermos en casa recurrían a él para alivio de los pacientes.

Así, Caridad tuvo sus trozos de hielo, que colocaba sobre su frente envueltos en una tela de lana cuando más alta era la fiebre.

William Trowbridge, que había practicado medicina en Filadelfia, atendía a la muchacha y diagnosticó su enfermedad como una especie de cólera de verano que estaba haciendo muchas víctimas a lo largo de todo el río.

Trowbridge era una persona moderadamente estimada en Annes Towne, y se decía que era mucho más hábil atendiendo a los animales que parían que a los seres humanos en sus enfermedades. Era un hombre ceñudo y maniático, y tendía a exponer sus puntos de vista sobre un tema e inmediatamente partía sin esperar a discutir o a que quizá fueran rechazadas racionalmente sus opiniones. Lo cierto era que no resultaba fácil tratarle personalmente.

Prescribió para Caridad una dieta de caldo con cebada y otro caldo muy desagradable al paladar hecho con corteza de sauce machacado. Aun más, toda el agua que bebiera la chica

tenía que estar hervida de antemano. Como no había más recetas a mano ni más consejos que recibir, siguieron los de Trowbridge y a su debido tiempo Caridad mejoró.

Durante cinco días tuvo una fiebre muy alta y fue en la mitad de este período de tiempo cuando comenzaron sus extraños sueños. No eran sueños en realidad, ya que estaba despierta, aunque no en pleno uso de sus sentidos; reconocía a su padre de vez en cuando y otras veces lo contemplaba como si se tratara de un auténtico extraño.

Cuando Caridad mejoró, todavía débil, pero ya consciente, intentó contar a sus visitas todo lo concerniente a aquellos sueños.

—Alguna persona charlaba sin parar —recordaba—. Un hombre o quizá un muchacho. No me hablaba a mí, pero yo escuchaba o entendía todo cuanto decía. Era una forma de hablar extraña, una mezcla de perfecto inglés con otras palabras que no tenían sentido en absoluto. Y con la charla vi cosas temibles.

—Bien, ahora no pienses más en eso —dijo Dame Beulah.

—Pero me gusta pensar y hablar de eso ahora que ya no tengo miedo. Las cosas que vi fueron como si surgieran de un relámpago de luz, muy rápidas.

—Entonces habla lo que quieras sobre eso. No hay nada de impío en lo que dices. Cuéntame otra vez eso de los carruajes que viajaban sin caballo.

Annes Towne había sobrevivido a la revolución y a la guerra del año 1812, y durante cierto tiempo pareció llegar a convertirse en una comunidad grande, aunque no muy importante.

Pero cuando sus granjas produjeron menos y desapareció de la zona la última madera virgen, Annes Towne también comenzó a desaparecer, hasta que de su originario grupo de numerosas casas solamente quedaron dos, y más tarde ninguna.

Los últimos cimientos de la que había sido pequeña ciudad o pueblo grande ya se habían esfumado un siglo antes que aquél fuera considerado un lugar histórico.

Con el tiempo, los sucios y embarrados caminos se convirtieron en carreteras de grava, que a su vez dieron paso a las de asfalto, y después también se vieron obligadas a ceder el lugar al moderno conglomerado asfáltico mucho más duradero que el anterior. El cruce de carreteras de Annes Towne quedó muy pronto limpio de cedros rojos y de zumaques, y en un abrir y cerrar de ojos llegó a ser un centro comercial. En varias millas de distancia las colinas de Nueva Inglaterra aparecieron llenas de bonitos ranchos, corrales para el ganado, y casas coloniales de una sola planta.

Durante cuatro décadas Harmon Brook había recibido en sus aguas el veneno de los talleres textiles y de tintorería. Finalmente los altos costos de la mano de obra lograron hacer que desapareciera la industria, que en realidad no era grande, y así, sumado este factor a la promulgación de una rigurosa legislación, el arroyo había llegado a ser casi lo de antes hasta incluso mostrar en sus orillas algunas de las más lujosas edificaciones, entre ellas el Anniston-Country-Club.

Con unas cuantas plantas acuáticas, ranas y unos pocos peces pululando en sus aguas, no parecía lógico culpar a Harmon de la pequeña epidemia de fiebres tifoideas que estalló en el caluroso verano del año 1970.

Nadie dependía del arroyo en cuanto se refería a sus aguas como bebida. Para incomodidad de un distribuidor de leche de la localidad, que evidentemente era del todo inocente, se demoró la condena del arroyo, y la cosa se oscureció aún más por el hecho que tras haber sometido las aguas del arroyo a un análisis de laboratorio, los bacilos hallados no eran especímenes típicos de *salmonelle typhosa*. Finalmente se les asignó un lugar en la American Type Culture Collection, como nueva especie hasta entonces desconocida.

El joven Peter Wood, cuya casa era una de las que se hallaban agradablemente situadas junto al arroyo, fue el paciente más gravemente enfermo de todos, en parte porque era el

primero, pero principalmente porque sus síntomas pasaron inadvertidos durante algún tiempo.

Peter tenía dieciséis años y no era muchacho muy comunicativo, ni con sus padres ni con sus amigos. Los padres se habían educado, respectivamente, en Harvard y en Wellesley. Eran personas inteligentes y bien intencionadas con su hijo, pero algunas veces un tanto indiferentes, y como muchos de sus amigos, criaban a su hijo para que llegara a ser un adulto en miniatura en muchos aspectos de la vida. Los deportes de Peter eran deportes de adulto: tenis y golf. Sus gustos por la lectura eran católicos e iban desde Camus a Al Capp, pasando por la ciencia ficción. Se había demorado muy cuidadosamente su progreso en los grados más inferiores de la enseñanza para que no pudiese ingresar en el colegio un año antes de la edad legal. Poseía un adecuado número de amigos y congeniaba con ellos en bastantes temas. Poco después de haber cumplido los dieciséis años había conseguido su carnet de conducir y lo hacía seriamente y lo suficientemente bien como para recibir el permiso sin restricciones para tomar, cuando le pareciera bien, el segundo coche de la casa.

Así, Peter Wood no era la clase de chico que se quejaba a su familia de dolores de cabeza, náuseas y otros achaques. En lugar de esto, cuando los síntomas persistieron durante cuarenta y ocho horas, telefoneó al médico de la familia por su propia cuenta para que le señalara una hora de consulta.

Súbitamente, en la sala de espera del médico, se sintió mucho peor y le acostaron en una camilla, en el consultorio, hasta que el propio médico, el doctor Maxwell, quedó libre de trabajo para llevarle en coche hasta su casa.

El doctor no sospechó seriamente que pudiera tratarse de unas fiebres tifoideas, aunque las consideraba menos improbables que otras muchas posibilidades.

La temperatura de Peter subió de 38° a 40° en aquella noche. No llegaría ninguna enfermera hasta la mañana siguiente, y sus padres se alternaron en su vigilancia en el dormitorio del muchacho. No había causa de alarma, ya que se había administrado antibióticos al paciente. Pero durmió nerviosamente, con intervalos de delirio. Golpeaba sobre las sábanas con ambas manos, se volvía a la cama constantemente, y musitaba y hablaba de vez en cuando. Algunas de sus palabras eran inteligibles.

—Hay un bosque —dijo.

—¿Cómo? —preguntó su padre.

—Hay un bosque al otro lado del arroyo.

—¡Oh!

—¿Lo ves?

—No, estoy sentado aquí a tu lado. Tranquilízate, hijo.

—Algunos venados bajan a beber, a lo largo del prado de Weller.

—¿Ah, sí?

—El año pasado un puma mató a dos de ellos cuando estaban bebiendo. ¿Está lloviendo?

—No, no llueve. Sería magnífico que lloviese un poco.

—Está lloviendo. Oigo cómo cae la lluvia sobre el tejado...

Hubo una pausa y Peter añadió:

—También gotea por la chimenea.

Peter volvió la cabeza para mirar a su padre. Momentáneamente sus ojos mostraron una gran claridad.

Entonces preguntó directamente:

—¿Cuánto tiempo hace que hubo un bosque al otro lado del arroyo?

El doctor Wood reflexionó sobre la dificultad de responder a preguntas tan explícitas como aquélla y sobre su propia ignorancia de la historia.

—Mucho tiempo. Creo que se ha labrado este valle desde los días del colonialismo.

—Es curioso —respondió Peter—. Cierro los ojos y veo un bosque. Con árboles muy grandes. Aquí, en este lado del arroyo, hay una especie de huerto y un manzano y un sendero que se extiende hasta el agua.

—Eso suena a cosa agradable.

—Sí.

—¿Por qué no tratas de dormir?

—Está bien.

Los antibióticos hicieron mucho menos efecto de lo que se esperaba en el caso de Peter, y estuvo enfermo durante varios días. Incluso después de diagnosticar la enfermedad, no se pensó en moverle de casa. Tras aquella primera noche llegó una enfermera profesional a prestar servicio y los tranquilizantes y sedantes redujeron la labor de la mujer a una simple vigilancia.

Hubo solamente unas cuantas y soñolientas comunicaciones de su joven paciente. Fue la cuarta noche, la última en la que padeció un poco más de fiebre, cuando preguntó:

—¿Fuiste siempre una chica?

—Vaya, muchas gracias. No soy tan vieja como todo eso.

—Quiero decir, ¿estuviste siempre en el interior de una chica?

—Creo que sería mucho mejor que durmieras otra vez, jovencito.

—Quiero decir..., bueno..., creo que no sé lo que quiero decir.

Peter no volvió a decir cosas extrañas, al menos no cuando había alguien presente que pudiera escucharlas. Durante los días de convalecencia, primero aún en cama y más tarde tendido en una silla otomana en la terraza orientada hacia Harmon Brock, comenzó a musitar cosas. Movía los labios muy suavemente, pero vocalizaba cada palabra, y si esto no lo hacía bien, al menos sí dedicaba toda su atención a elegir cuidadosamente palabras y frases.

La creencia a que pudiese estar en comunicación mental con otra persona no fue para él muy sorprendente. Empapado por sus lecturas de ciencia ficción, cuyos héroes eran casi siempre adeptos a la telepatía, el acontecimiento pareció ser casi una esperada salida a sus deseos.

Muchas noches había estado tendido en su cama, despierto, enviando (al menos eso esperaba) una sonda mental, intentando descubrir los medios, ya que seguramente tenía que haber alguno, de establecer contacto con otro ser.

Ahora que tal contacto se había establecido, buscaba, tan vanamente como antes, algunos medios de demostrarlo. «¿Cómo puedes estar seguro de no soñar?», se preguntaba a sí mismo. «¿Cómo sabes que ya no estás bajo los efectos de un delirio?»

La dificultad estribaba en que su comunicación mental con Caridad Payne sólo podía efectuarse mentalmente. Si hubiera alguna posibilidad para Peter de llegar hasta la muchacha mediante el correo, teléfono, viaje o una visita personal, su informe acerca de un estado mental podría confirmarse, y examinarse sus mensajes.

Durante sus respectivos períodos de enfermedad, Peter y Caridad alcanzaron cierto estado de comunión, consistente, al principio, en breves visiones de sus mutuos ambientes. Entonces no estaban viéndose a través de sus propios ojos, sino más bien tanteando sus mutuos recuerdos visuales. Mientras Peter contemplaba un techo suavemente enyesado, Caridad miraba hacia unas vigas torpemente serradas. Peter, cuando se lo permitía el dolor de cabeza, se volvía de costado y contemplaba un programa de televisión. Caridad, haciendo los mismos movimientos, veía cómo ardía un pequeño fuego en la enorme chimenea de piedra donde se calentaba el agua y su caldo.

En lugar de estas imágenes normales, normales para cada uno de ellos en sus diferentes épocas, veían visiones «almacenadas», no perfectas, ya que ninguno de los dos recordaba

perfectamente. Más bien eran como fotografías hechas a través de una lente mal fabricada, donde solamente destacaban con claro detalle los objetos de interés.

Caridad distinguía sus terribles visiones sin ninguna base de comprensión..., una sección de doble autopista por la que se deslizaban coches y camiones, pero no personas, o al menos figuras que pudiesen reconocerse como tales; una cancha de tenis, un reactor cruzando el cielo, un enorme edificio de muchos pisos cuyos cristales brillaban en unión de su marquetería de acero inoxidable.

Al principio se sintió enormemente aterrorizada. Estaba bien soñar, y una pesadilla solamente era un mal sueño una vez que se despertaba, pero una pesadilla casi siempre estaba formada y aderezada con cosas familiares. Se podía, razonablemente, sufrir la caza de un dragón (como aquél que había en el cuadro de San Jorge) o perderse en una cueva (como la de Parish Hill, aunque más grande y más oscura). Pero soñar con cosas que no tenían significado alguno era lo peor.

La muchacha escapaba de la prolongación de su terror por la comprensión de Peter de su mutua situación y por su intuitivo razonamiento de lo que aquella experiencia, suponiendo la existencia de dos canales, podría ser para la muchacha. Las viñetas de la vida de la chica que él distinguía, para él eran cosa vulgar. Todo cuanto Peter veía a través de la mente de la muchacha se hallaba ya dentro de su marco de referencia. Caballos y ganado, campos y bosque, senderos y estrechos puentes de madera, todas eran cosas que él conocía, aunque no viviese entre ellas. Reconoció el Harmon Brook porque directamente bajo su casa había una enorme roca de granito, situada en el centro del arroyo, que dividía el fluir de sus aguas, y tenía la forma de un fantástico oso inclinándose a beber agua. Era extraño que el arroyo, en todos aquellos años, no hubiese sido obstruido por la sedimentación ni hubiese ocultado o cambiado por erosión la forma de aquella enorme roca, pero así era. La veía a través de los ojos de Caridad y conocía el lugar a pesar del bosque que se alzaba en la lejana colina.

Cuando por primera vez vio esta extraña, aunque parcialmente familiar escena, oyó, procedente de algún lugar dentro de su mente, el atemorizado grito de una muchacha. Sus pensamientos en aquel momento quedaban desfigurados y borrosos por la fiebre. Fue dos días más tarde, tras un período de varias horas de temperatura normal, cuando concibió la idea, con una repentina y virtual certeza, que aquéllas escenas pastorales que soñara eran verdaderamente algo que veían otros ojos. Había sutiles diferencias de percepción entre aquellas imágenes y las que él veía.

Dijo a su madre, que escribía en una mesa situada cerca de la ventana:

—Creo que estoy mucho mejor. ¿Qué te parece si tomase un poco de jugo de naranja?

La madre reflexionó durante un momento y luego dijo:

—El doctor llegará dentro de una hora o algo así. Mientras tanto puedes conformarte con un poco más de agua con hielo. Recuerda que debes beberla muy despacio.

Doscientos sesenta y cinco años atrás, Caridad Payne pensó repentinamente:

«¿Y si bebiera un poco de jugo de naranja?»

Había estado muy amodorrada, pero en aquel instante tenía los ojos muy abiertos.

—Por favor —dijo en voz alta.

Dame Beulah se inclinó entonces sobre el camastro.

—¿Qué ocurre, niña? —preguntó.

—¿Y si bebiera un poco de jugo de naranja? —repitió Caridad.

—No creo que sea bueno.

Una mano fresca se apoyó en su frente, y Dame Beulah añadió:

—¿Te gustaría un poco de hielo para mascararlo?

Quedó olvidado, en consecuencia, el jugo de naranja.

Durante varios días, a continuación, Peter Wood intentó una y otra vez dirigirse a la extraña directamente, y siempre fracasó. Parte de lo que él decía a otros llegaba a la muchacha muy fragmentado y confundía aún más su estado mental. Por otra parte, lo que ella tenía que decir llegaba hasta él con creciente frecuencia. A menudo solamente era una palabra o una frase de extraño giro y Peter, tendido en su otomana, muy confundido, procuraba, haciendo grandes esfuerzos, localizar a la persona que se hallaba al otro lado de su errática línea de comunicación.

Resultaba perturbador el hecho de haber reconocido la Roca del Oso que había visto a través de los ojos de la muchacha. Su condicionamiento por la ciencia ficción le conducía lógicamente a especular sobre el concepto de mundos paralelos, pero tal idea no parecía ajustarse a lo que él veía.

Peter alcanzó un estado de convalecencia, y podía pasar todo el día en la terraza y mirar hacia abajo, cuando lo deseaba, para contemplar la roca. Allí, por centésima vez, formó las sílabas: «¡Hola! ¿Quién eres tú?», y por primera vez recibió una respuesta. Fue un silencio, pero un silencio lleno de sorpresas, totalmente diferente en calidad a la oscuridad con que anteriormente se había tropezado.

«Mi nombre es Peter Wood.»

Hubo una larga pausa antes que llegara la respuesta, suave y tímidamente.

«Yo me llamo Caridad Payne. ¿Dónde estás? ¿Qué me está sucediendo?»

Los siguientes días de forzada pereza física estuvieron cuajados de exploración y descubrimientos. Peter halló, casi inmediatamente, que, aunque probablemente los dos estuviesen separados por solamente unos cuantos pies de distancia en sus respectivos mundos, se extendía entre ellos un abismo de más de un cuarto de milenio. Tal contacto a través del tiempo era una enorme separación de las leyes físicas conocidas, ciertamente mucho mayor que el simple hecho de la comunicación telepática. En consecuencia, Peter se regocijó enormemente con su creciente capacidad.

Pero por otra parte la situación era descorazonadora. No importaba la medida en que ambos llegasen a conocerse, pues se daba cuenta que ellos jamás se encontrarían. Y al cabo de una cuantas horas de relación, Peter también se dio cuenta que estaba considerando a aquella ingenua chiquilla con estima y cierto afecto.

Muy pronto llegaron a establecer un conjunto de normas que parecían gobernar y limitar sus comunicaciones. Cada uno de ellos podía escuchar cómo el otro hablaba o subvocalizaba. Cada uno de ellos aprendió a percibir a través de las sensaciones del otro. La percepción visual mejoró, y mejoró especialmente en la visión directa, a la vez que, según aumentaba su habilidad, la escena recordada se hacía menos clara. Podían transmitirse los gustos y olores, si no con toda exactitud al menos con suficiente aproximación. Sin embargo, las sensaciones táctiles no se podían percibir ni en un mínimo grado.

Había muy pocas cosas que Peter pudiese aprender de Caridad Payne. Llegó a conocer a sus más inmediatos familiares y amigos y le agradaron mucho, especialmente su padre, muy delgado y curtido por el aire libre. Peter Wood se formó un cuadro del puritanismo que, como ética, tenía que respetar, mientras que el dogma que lo apoyaba no despertaba en él más que impaciencia.

Al principio expuso a la muchacha el agnosticismo que prevalecía en su propio hogar, pero muy pronto observó que molestaba a la chica y abandonó el tema. Había muchas otras cosas sobre las que podía informar a la muchacha, cosas del año 1970, que podía enseñarle sin que entrasen en conflictos con sus creencias y su fe.

Descubrió que era muy notable la capacidad que tenía Caridad para la lectura, aunque lo que la chica leía era, naturalmente, muy limitado: la Biblia de cabo a rabo, el *Progreso de los Peregrinos*, varios ensayos y dos obras de Shakespeare. Animada por un maestro de

escuela, que debía ser hombre dedicado y capaz, Caridad había leído y releído todo cuanto le permitían. Su respetable vocabulario procedía, todo él, de tales fuentes y podía igualarse en su volumen con el de Peter. Por añadidura la chica poseía un profundo sentido del idioma que la ayudaba mucho a entender la jerga de Peter.

Caridad aprendió el sabor de las bananas y de las salchichas de Frankfurt, el helado de chocolate y la vainilla, mostrando enorme interés por todas estas cosas pequeñas hasta que un día preguntó a Peter cuál era su aspecto.

«Bien, ya te lo dije, tengo dieciséis años y estoy delgado.»

«¿Tienes un espejo?», preguntó a continuación la muchacha.

«Por supuesto que sí.»

Ante las palabras de estímulo de la muchacha, Peter, con cierto embarazo, se acercó a la puerta de su dormitorio que se hallaba cubierta por un espejo.

«Delgado —comentó la muchacha tras una pausa de silencio—. No dudo que eres guapo, pero la gente ha cambiado mucho.»

«Ahora deja que te mire yo», pidió Peter.

«No puede ser, no tenemos espejo.»

«Entonces ve hasta el arroyo y mírate allí. Hay un lugar tranquilo bajo la roca donde el agua está oscura.»

Peter se sintió encantado con el aspecto de la chica y mucho más al recordar las poco amables descripciones de Hogath sobre un período de tiempo incluso posterior. La muchacha, en realidad, era mucho más bonita con arreglo a los cánones de Peter que según los del tiempo de la muchacha, que valoraban cierta redondez de formas y bocas pequeñas.

Manifestó a la muchacha que la encontraba muy bella, respondiendo en tal manera a las palabras de adulación de Caridad.

Ya antes, Peter había visto a la chica borrosamente, distinguiendo su delgado y bien formado cuerpo cuando ella se había vestido o bañado. Ahora, habiéndose visto los dos mutuamente, se sentían abrumados por el embarazo y ambos, cuando no estaban vestidos del todo, miraban a los rincones de sus respectivos cuartos.

Durante cierto tiempo Caridad creyó que Peter era un terrible embustero. La vista y el sonar de aviones en el cielo no eran cosas suficientes para convencerla del hecho de poder volar, y así Peter persuadió a su padre para que le llevase en avión en uno de sus viajes de negocios a Washington. Después que la muchacha se recuperó de las maravillas del viaje aéreo, Peter la llevó a dar un paseo por el Capitolio. Ahora ella creería cualquier cosa, incluso que la revolución norteamericana había sido un éxito. Se unieron al padre de Peter para comer en un elegante restaurante francés, y la muchacha experimentó los placeres que proporcionaba la ingestión de media botella de vino blanco y un helado de chocolate. Caridad se estaba estropeando.

Totalmente repuesto ya y con el curso escolar a una semana de distancia, Peter decidió recuperar también su habilidad en el tenis. Cuando leía o no hacía nada en particular siempre se daba cuenta de la borrosa presencia de Caridad, de su proximidad, y aguzando más la atención pudo llegar a situarla en primer término en su mente.

El tenis no gustó a la muchacha y así, durante una hora o dos cada día, Peter no se enteraba de lo que ella hacía.

Si Peter hubiese tenido unos años más y hubiera sido un muchacho más realista sobre las cosas mundanas, habría podido sospechar el peligro que acechaba a la muchacha, el peligro hacia el cual él la estaba conduciendo.

Cuando se retiraba a casa después de una de sus usuales sesiones de tenis, Peter recibió el primer aviso de unas posibles consecuencias:

«Ursula Miller me dijo hoy una cosa fea.»

«¿De verdad?»

Su respuesta, preguntando, era puramente rutinaria, ya que ciertamente Peter estaba comenzando a perder todo interés por las comidillas que en el pueblo despertaban sus noticias.

«Ayer dijo que no era verdad lo de los trece estados. Hoy me dijo que el diablo se estaba apoderando de mí. Y Ursula es mi mejor amiga.»

«Ya te advertí que la gente no te creería y que incluso se reirían de ti», respondió Peter.

Luego añadió súbitamente obedeciendo a otro pensamiento:

«Buen Dios... Salem.»

«Por favor, Peter, no debes dejar de mencionar así el nombre del Señor.»

«Trataré de recordarlo. Escucha, Caridad, ¿a cuántas personas has hablado sobre nuestro..., sobre lo que está sucediendo?»

«Como ya te dije..., al principio a papá y a tía Beulah. Creyeron que la fiebre aún me hacía decir cosas.»

«¿Y también has hablado con Ursula?»

«Sí, pero juró guardar el secreto.»

«¿Y crees que lo hará ahora que ha empezado a burlarse de ti?»

Hubo un silencio y luego Caridad respondió:

«Temo que haya podido decírselo al chico que la acompaña.»

«¡Debí habértelo aconsejado! ¡Maldita sea! ¡Debí dejar esa idea en la línea!»

«¡Peter!»

«Lo siento, Caridad, ni una sola palabra a nadie más. Puedes decir a Ursula que estabas bromeando..., contando cosas para divertirla.»

«Eso no estaría bien.»

«Bien, Caridad..., pero escucha y no te asustes. La gente podría comenzar a pensar que eres una bruja.»

«¡Oh, no podrían hacerlo!»

«¿Por qué no?»

«Porque no lo soy. Las brujas son... ¡Oh, no, Peter!»

Peter se dio cuenta de la alarma de la muchacha.

«Ve y di a Ursula que todo fue un montón de invenciones tuyas.»

«Ahora tengo que ordeñar la vaca.»

«Hazlo ahora mismo.»

«No, es necesario ordeñar la vaca, Peter.»

«Entonces ya puedes empezar a ordeñarla con más rapidez que nunca.»

Un sábado, tres muchachitos arrojaron piedras a Caridad cuando ella y su padre abandonaban la iglesia. Obadiah Payne pilló a uno de ellos y le aplicó una buena zurra y más tarde tendría que pelear con el padre del chico salvo que mediara el pastor.

Fue un miércoles cuando la calamidad cayó sobre la casa. Dos hombres de apretados labios se aproximaron a Obadiah en los campos.

—El alcalde quiere ver a tu hija Caridad.

—¿Alcalde?

—Sí. El alcalde Hacker. Quiere hablar con ella inmediatamente.

—El alcalde puede hablar conmigo si es que desea reprenderla. ¿Qué es lo que ha hecho mi hija?

—Brujería..., eso es lo que hace —dijo el segundo hombre con tono de saborear buenas noticias—. La oveja de Croft parió un cordero monstruoso. De cara puntiaguda y tiene un ojo de más.

Y a continuación el hombre se santiguó.

—¡Gran Dios!

—No te servirá de nada blasfemar, Obadiah. La muchacha tiene que acompañarnos ahora mismo.

—No será así. Saben muy bien que Caridad no es una bruja, y no permitiré que hable con el alcalde. Ya saben lo mujeriego que es el alcalde.

—Eso nada tiene que ver con el asunto que nos ocupa. La brujería se halla otra vez presente en el pueblo y todos dicen que en el fondo de eso está tu Caridad.

—No irá.

Primero uno y luego otro, los dos hombres emplearon a conciencia las gruesas estacas que ocultaban en su espalda.

—Hemos venido a decírtelo primero por nuestra propia voluntad. Ahora, vamos y ya puedes dar instrucciones a tu hija para que nos acompañe. De lo contrario dormirá esta noche en la cárcel.

Dejaron a Obadiah Payne ciñéndose una muñeca rota y mirando, terriblemente asombrado, desde el umbral de su puerta a los dos hombres que escoltaban a Caridad, sin tocarla, caminando a su lado, pero manteniéndose a cierta distancia de la muchacha hasta la gran casa del alcalde Hacker, situada en la colina. En el pueblo, pequeños grupos de personas atisbaban la escena desde sus puertas, y, aunque algunas de ellas habían sido buenas amigas de Caridad, ni una sola se atrevió a pronunciar una palabra o decir algo en su favor.

Peter la acompañó durante todo el camino, sintiéndose responsable de su situación y lamentando desesperadamente no poder hacer nada por ella. Se hallaba sentado en el living de su casa, con los ojos cerrados para aguzar su visión de cuanto rodeaba a la chica. Caridad no respondió a ninguna de sus palabras de consuelo, y probablemente ni siquiera le escuchó.

En la puerta, los dos hombres se detuvieron, dejándola frente a frente con el alcalde, que en aquel momento fruncía el ceño pensativamente.

El alcalde retrocedió lentamente y la muchacha le siguió, como si estuviese hipnotizada, hasta la oscura estancia.

El alcalde se dejó caer en una silla de alto respaldo.

—Mírame —ordenó.

De mala gana, Caridad alzó el rostro y le miró directamente a los ojos.

El alcalde Hacker era hombre de mediana estatura, ancho de hombros y muy musculoso. Su rostro aparecía desfigurado por las marcas de la viruela, y el corte de un cuchillo que había dejado una cicatriz en la mejilla, recuerdo de sus más jóvenes años en las islas del Caribe. De las islas también se había traído alguna riqueza, que multiplicó más tarde muchas veces comprando tierras, con las cosechas, y con los préstamos de dinero.

—Caridad Payne —dijo con tono duro—, quítate el vestido.

—No, no, por favor.

—Te lo ordeno yo. Quítate toda la ropa que llevas encima porque debo buscar en ti las marcas de la bruja.

El hombre se inclinó hacia delante, asió a la muchacha por un brazo y la acercó a él.

—Si quieres evitar un juicio público y una condena, harás lo que yo te diga.

A continuación sus manos comenzaron a explorar el cuerpo de la muchacha.

Aun teniendo en cuenta las normas que privaban en aquella época, Caridad pasaba regularmente horas extraordinarias realizando un duro trabajo físico y poseía una fuerza que envidiarían muchos muchachos jóvenes. El alcalde Hacker debía haber tomado más precauciones.

—¡No! —gritó Caridad apartando sus brazos y golpeándole en el rostro con todas sus fuerzas.

El alcalde la soltó lanzando un gruñido de furor, y entonces, mientras él se enjugaba rápidamente la sangre y las lágrimas con la manga de su arrugada camisa a la vez que lanzaba mil imprecaciones, Caridad se volvió y rápidamente cerró la puerta a su espalda.

Los dos guardianes se arrojaron sobre ella al mismo tiempo y casi lograron alcanzarla, pero Caridad logró evadirse con enorme rapidez, y ninguno de los habitantes del pueblo la persiguió.

Ya se hallaba muy cerca de su casa, sin dejar de correr, antes que Peter hubiese logrado finalmente llamar su atención.

«Caridad —dijo—. Caridad, no debes ir a tu casa. Si ese hijo de perra de alcalde tiene alguna influencia en el tribunal estarás más que perdida.»

La muchacha estaba comenzando a reflexionar nuevamente e incluso pudo traducir correctamente el extraño lenguaje de Peter.

«¡Influencia! —dijo—. ¡Pero si él es el tribunal! ¡Es el juez!»

«¡Vaya!»

«Sé bien que no deben encontrarme en casa. Estoy pensando dónde ocultarme. Probablemente me juzgarían junto al arroyo. Y luego me quemarían viva. Recuerdo lo que la gente dijo sobre los últimos juicios de brujas.»

«¿Y no podrías irte a Boston y luego quizá a Nueva York y Nueva Amsterdam?»

«¡Dejar mi casa para siempre! No, y no me atrevería a hacer el viaje.»

«Entonces vete al bosque. ¿Adónde puedes ir?»

«¿Al bosque...? ¡Oh, quizá a la cueva!»

«¿No hay mucha gente que la conozca?»

«Sí, pero hay otra al lado del arroyo un poco más allá de las tierras de Tom Carter. Creo que nadie la conoce excepto yo. Es muy pequeña. Debemos atravesar el vado y luego caminar hasta el árbol caído. Hay un sendero que a la puesta del sol lo atraviesan muchos venados.»

«¿Estás pensando en los perros?»

«Desde luego. En Annes Towne todo es así...»

«Vives en una época salvaje, Caridad.»

«Sí —respondió la muchacha tristemente—, pero aun así tenemos suerte en no haber inventado la bomba.»

«¡Maldita sea! —exclamó Peter—. Me gustaría no haberte conocido jamás. Ojalá no te hubiera llevado en aquel viaje aéreo, y me hubiese gustado advertirte antes para que guardaras silencio.»

«No podías sospechar que yo me portara tan alocadamente.»

«¿Qué es lo que podrás hacer ahí sin comida?»

«Me moriría de hambre antes que subir al cadalso, pero en el bosque siempre hay comida, raíces y ranas y bayas de otoño. Me esconderé durante tres días y luego, por la noche, iré a ver a mi padre y haré lo que él me diga.»

Cuando la muchacha quedó bien oculta en la cueva, que indudablemente era pequeña, aunque estaba bien camuflada por un conjunto de jóvenes sasafrás, Caridad dijo:

«Ahora podemos pensar. Primero, me gustaría tener una respuesta de tu superior sabiduría. ¿Puede una ser de verdad una bruja sin saberlo?»

«No seas tonta. No existen tales brujas.»

«¡Ah, bien, eso son cosas que discuten los sabios! Yo siento en mi corazón que no soy una bruja si es que existen tales criaturas. Ese libro, Peter, del que me hablaste, que cuenta la historia de estas colonias...»

«¿Sí...?»

«¿Quieres mirar en él y ver si me han juzgado y qué ha sido de mí?»

«No hay nada de eso en el libro. Es muy pequeño. Pero...»

Ante el asombro de su padre, Peter se pasó la mañana siguiente en la biblioteca pública de Boston. Por la tarde estuvo investigando en la Sociedad de Historia. Finalmente encontró una lista de los nombres de mujeres que se sabía que habían sido juzgadas por brujería entre los años 1692 y 1697. En otros lugares pudo encontrar algún nombre más. Pero no se registraba en ningún sitio el nombre de Caridad Payne en el año 1700 ó más tarde.

Comenzó a trabajar de nuevo al día siguiente en el salón de lectura en cuanto lo abrieron. De vez en cuando interrumpiendo su tarea, para intercambiar con Caridad breves mensajes. Su falta de éxito estaba alegrando enormemente a la muchacha, ya que ésta suponía que no habría más registros.

Cerca del mediodía Peter se hallaba examinando la fotocopia de una tesis doctoral cuando le llamó la atención un nombre.

«Jonas Hacker —leyó—. Nacido en Liverpool, Inglaterra, fecha desconocida, quizá en el año 1659, fue la figura principal de una curiosa acción legal que no tiene precedente en los tribunales ingleses.

»El alcalde Hacker, residente en Annes Towne (Anniston) fue juzgado y condenado por asesinato y robo. El juicio fue póstumo, varios meses después de su fallecimiento por causas naturales en el año 1704. La sentencia que se dictó fue la de la horca, pero como no se pudo llevar a cabo se conmutó por la de confiscación de todas sus propiedades, que eran considerables. Sus tierras y otras posesiones pasaron a poder de la corona y a partir de entonces administradas por el gobernador de Bay Colony.

»Aun cuando la motivación y procedimientos del tribunal puedan haber sido dudosos o motivo de discusión, era clara la prueba de culpabilidad de Hacker. Los detalles son los siguientes...»

«¡Eh, Caridad!», pensó Peter.

«Dime.»

«Mira esta página. Me ha dejado asombrado.»

«Léela, por favor, Peter. ¿Son malas noticias?»

«No. Son buenas, creo yo.»

A continuación leyó el largo párrafo que aludía a Jonas Hacker.

«¡Oh, Peter! ¿Puede ser eso verdad?»

«Tiene que serlo. ¿Recuerdas algunos detalles?»

«Recuerdo bien cuando desaparecieron, el capitán del buque y un marinero. Se dijo que tenían un gran saco de oro destinado a hacer negocio con el alcalde. Pero no pudo hacerse porque ellos nunca llegaron a su casa.»

«Eso es lo que dijo Hacker, pero las pruebas demostraron que llegaron allí..., llegaron allí y jamás salieron de la casa. Bien, ahora mira..., esto es lo que tienes que hacer. Más tarde, esta misma noche, vete a casa.»

«Lo haría de muy buena gana porque tengo mucha sed.»

«No, espera, ¿cómo se llama tu párroco?»

«John Hix.»

«¿Puedes llegar hasta su casa esta noche sin que nadie te vea?»

«Sí. Está orientada a una vaguada.»

«Ve hasta allí. Él puede protegerte mucho mejor que tu padre durante el juicio.»

«¿Debo ser juzgada?»

«Desde luego. Tenemos que dejar limpio tu nombre. Y ahora hagamos planes.»

En la sala del Ayuntamiento no podían tomar asiento más que un reducido puñado de personas y el día era muy bueno. En consecuencia se decidió que el juicio tendría lugar en el campo, en un lugar incómodamente próximo al cadalso.

Llegaron visitantes hasta de veinte millas de distancia, a pie o en carros, y casi se llenó el claro donde se celebraría la vista. El sillón del alcalde Hacker era el único asiento que existía allí. Los demás tenían que estar en pie o sentados sobre la hierba.

Muy pronto se presentó en público el alcalde, bien fortalecido por el ron, y ocupó su puesto. Lucía una levita de brocado y un ancho sombrero ribeteado. Evidentemente hubiese tenido un aspecto mucho más impresionante de no haber mostrado una nariz todavía hinchada y permanentemente enrojecida.

Entonces la multitud se apartó para ceder el paso a Caridad, que llegó flanqueada por John Hix en un lado y por su alto hijo en el otro. Caminaron lentamente hacia el lugar reservado a la acusada. Se hizo un repentino silencio. El alcalde Hacker no condescendió a mirar directamente a la acusada, pero clavó una fría mirada en el sacerdote. Era una muda advertencia a que no sería perdonada aquella protección de la muchacha. Luego el alcalde aclaró la garganta.

—Caridad Payne, ¿deseas jurar sobre la Biblia?

—Sí.

—Bien, no importa eso. Podemos pasar por alto el juramento. Todo el mundo puede observar que tienes miedo.

—No —intervino el pastor John Hix—. Debe concedérsele la oportunidad de jurar. De lo contrario el juicio no sería legal.

Acto seguido el pastor extendió una Biblia hacia Caridad quien apoyando una mano sobre el libro dijo:

—Juro decir solamente la verdad.

El alcalde Hacker le lanzó una mirada terrible y no perdió mucho tiempo en atacar.

—Caridad Payne, ¿niegas ser una bruja?

—Lo niego.

—¿Eres una bruja?

—No lo soy.

—Di la verdad. ¿Qué es lo que tienes que explicar acerca del monstruoso cordero nacido de la oveja de Croft?

—No sé nada de eso.

—¿Fue obra de Satán?

—No lo sé.

—¿Fue entonces obra de Dios?

—No lo sé.

—¿Sostienes que Él pudo crear semejante monstruo?

—No sé nada de eso.

—Y dinos ahora, ¿niegas también haber dicho que esta colonia y sus vecinos, a su debido tiempo, lucharán en contra de nuestro rey?

—No, no lo niego.

Hubo un movimiento entre la multitud y se oyeron algunos gruñidos de cólera.

—¿Has dicho a Ursula Miller que habías hecho un viaje por el aire?

—No.

—La propia Ursula te confundirá en esa mentira.

—Dije a Ursula que algún día la gente viajaría de esa manera. Le dije también que yo había visto tales viajes a través de unos ojos que no eran los míos.

El alcalde Hacker se inclinó hacia delante. No esperaba que la muchacha hiciese declaración tan condenatoria. John Hix inclinó la cabeza, en plena oración.

—Continúa.

—Sí. Estoy bendita con una especie de segunda vista...

—¿Bendita o maldita?

—Dios así lo permite. No puede ser una maldición.

—Continúa. ¿Qué cosas malas ves con esa segunda vista?

—Muy a menudo veo el mundo como será un día. Usted ha dicho cosas malas. Tales visiones no son ni más malas ni más buenas que lo que vemos a nuestro alrededor.

El alcalde Hacker reflexionó. Había algo incómodamente erróneo en el testimonio de aquella muchacha. Debía tener en aquellos instantes un terrible pánico y sin embargo se mostraba bastante dueña de sí misma. Se preguntó si por alguna extraña casualidad la muchacha no contaría con el apoyo del diablo.

—Caridad Payne, acabas de confesar que posees una segunda vista o percepción. ¿Empleas este poder para espiar a tus vecinos?

Era un punto muy importante. Algunos de los espectadores cambiaron miradas de desconfianza.

—No. Esta segunda percepción no es maligna y no puedo ver los actos de mis vecinos..., excepto...

—Habla, muchacha. ¿Excepto qué...?

—Una vez percibí un crimen horrendo...

—¡Crimen! —exclamó el alcalde con tono áspero.

Unas cuantas personas se santiguaron devotamente.

—Sí. A decir verdad fueron dos asesinatos. De dos hombres cuyos cuerpos están ahora mismo enterrados en un oscuro sótano cerca de aquí. Entre ambos hay un saco lleno de guineas de oro.

Transcurrió un largo minuto antes que el alcalde fuese capaz de hablar nuevamente.

—¿Un sótano? —gruñó.

—Sí, un sótano como los que suelen guardar las manzanas de invierno.

Caridad alzó la cabeza y miró fijamente a los ojos del alcalde, como si le retara a hacer más preguntas.

El silencio que reinó fue opresivo. Hacker intentaba poner en orden sus pensamientos. Hasta aquel momento se hallaba seguro ya que las palabras de la muchacha se referían posiblemente a todos los sótanos que habían en el pueblo. Pero la chica lo sabía. Sin duda alguna la muchacha lo sabía. La mirada de la acusada parecía penetrar en los más oscuros rincones de su mente, hablándole más claramente que con simples palabras.

El alcalde Hacker creía en las brujas y las consideraba merecedoras de ser destruidas. Había contemplado aquel terrible parto de una oveja en el corral de Croft, pero también había presenciado parecidas deformidades en el Caribe sin que hubiese evidencia alguna de la presencia de una bruja. Ni por un solo momento había considerado a Caridad como bruja ya que la muchacha no presentaba ninguna muestra de serlo. Su libre charla de niña y los crecientes rumores simplemente podrían proporcionarle la oportunidad de un jugueteo con una chica joven y bonita, y posiblemente, a cambio de esto último, una absolución y un préstamo más sobre las tierras de su padre.

En aquellos momentos Hacker se sentía inseguro. La muchacha debía poseer una segunda percepción para haber averiguado su secreto, ya que en aquella noche de hacía cinco años había habido una gran tormenta y nadie había visto a los marinos cerca de su casa. De esto estaba seguro. Por otra parte, y esto era lo más sorprendente, la muchacha sabía dónde estaban enterrados. No podía correr el riesgo de hacer más preguntas ni recibir más respuestas.

Movió la cabeza lentamente y miró a derecha e izquierda en pleno silencio de la multitud.

—Caridad Payne —dijo eligiendo las palabras con sumo cuidado— ha puesto su mano sobre la Biblia para jurar decir verdad, un acto, creo yo, que pasaría por alto o despreciaría si fuese una bruja. ¿Hay alguien que difiera de mi opinión?

John Hix alzó la cabeza con esperanza.

—Muy bien. El cordero nacido en el corral de Croft parece mostrar huellas de un acto de brujería, pero el señor Trowbridge cree que en los pastos del señor Croft crece alguna hierba nociva, y esto es posible que así sea. Además la oveja es vieja y ha parido antes de ahora corderos débiles.

»Mencionando una vez más al señor Trowbridge, sostiene que el cólera que nos ha afectado tan duramente es consecuencia de beber agua en malas condiciones. Aconseja que se hierva. Pero yo prefiero añadirle un poco de ron.

El alcalde obtuvo las carcajadas que buscaba. En aquel momento se relajó bastante la tensión.

—En cuanto se refiere a una segunda percepción...

Hacker de nuevo barrió a todo el público con su mirada para añadir luego:

—Caridad asegura que la posee y yo la califico de maligna para probarla, pero una segunda percepción no es brujería como todos ustedes saben. Mi propia abuela también la poseía y creo que mejor mujer que ella no la habrá habido. Sostengo que es un don de Dios. ¿Hay alguien que opine lo contrario?

Hubo un silencio y el alcalde continuó:

—Muy bien. Yo aconsejaría a Caridad que tuviese mucho cuidado con lo que ve y habla, ya que una segunda vista puede conducir a consecuencias desagradables. No creo mucho su historia del asesinato de dos hombres, aunque pienso que está diciendo la verdad con su segunda percepción. Si hay alguien aquí que tenga conocimiento de tal crimen que dé un paso al frente.

El alcalde esperó en vano.

—¿Nadie? Entonces en nombre de la autoridad que me ha conferido Su Excelencia, el gobernador, declaro que Caridad Payne es inocente de los cargos que se le imputan. Queda en libertad.

Aquello, evidentemente, no era lo que esperaban muchos amigos del alcalde Hacker, ni tampoco lo que se había pronosticado en algunos lugares. La multitud esperaba todo un día de largas preguntas hasta que al final la acusada fuese quemada viva.

La expresión que se reflejaba en el rostro del alcalde y su repentino fin del juicio sorprendió y encolerizó a unos pocos. Muchas personas estaban inseguras.

Entonces alguien lanzó una viva y alguien más pidió tres hurras para el alcalde Hacker. Al cabo de un minuto la reunión había abandonado su odio y los grupos de personas estaban cobrando animación hasta alcanzar aquello todo el aspecto de una auténtica excursión campestre.

Los hombres se encaminaron hacia la taberna. El pastor Hix rezó una larga oración que muy pocas personas escucharon, y todo el mundo se reunió alrededor de Obadiah Payne para felicitarle tanto a él como a su hija.

A intervalos, durante la tarde, Peter tocó ligeramente la mente de Caridad encontrándola felizmente ocupada por los visitantes. Prefirió entonces no interferir hasta que ella le llamase.

Tarde, aquella misma noche, la muchacha, tendida ya en su camastro, abrió los ojos en la oscuridad.

«Peter», murmuró.

«Sí, Caridad.»

«¡Oh, gracias otra vez!»

«Olvidalo. Te metí en el lío. Ahora ya has salido de él. De todas maneras yo poca ayuda presté. Todo tenía que haber salido como salió, porque así fue como sucedieron las cosas. ¿Lo ves?»

«No, de verdad que no. ¿Cómo sabemos que ese alcalde no desenterrará los huesos y no los quemará?»

«Porque no lo hizo. Dentro de cuatro años, a partir de ahora, alguien los encontrará.»

«No, Peter, no lo entiendo, y tengo miedo otra vez.»

«¿Por qué no, Caridad?»

«Debe ser malo esto que tú y yo estemos hablando juntos de esta manera, sabiendo lo que debe suceder y lo que no debe ocurrir.»

«Pero, ¿qué hay de malo en eso?»

«Eso no lo sé, pero creo que sería mejor que tú te quedaras en tu tiempo y yo en el mío. Adiós, Peter.»

«¡Caridad!»

«Y que Dios te bendiga.»

Repentinamente la muchacha se fue y en la mente de Peter hubo un vacío y el conocimiento de hallarse muy solo. No había esperado que Caridad le abandonaría de aquella manera.

Con el paso de los días Peter se convirtió en un muchacho escéptico e incluso llegó a creer poco en sí mismo. Pero Caridad le visitó nuevamente.

Era el mes de octubre. Peter se hallaba solo y estudiando sin mucho interés.

«Peter.»

«Caridad, ¿eres tú?»

«Sí. Durante un minuto, Peter, por favor, sólo durante un minuto, pero tengo que decírtelo. Yo...»

La muchacha parecía expresarse con cierta violencia. Luego añadió:

«Hay un mensaje.»

«¿Un qué...?»

«Mira en la Roca del Oso, Peter, bajo la mandíbula del oso, en el lado izquierdo.»

Y tras estas últimas palabras la muchacha desapareció nuevamente.

El agua fría pareció formar un remolino alrededor de las piernas de Peter, cuando tanteando con un dedo sobre la mojada roca encontró el mensaje trabajosamente tallado que ella había dejado; el mensaje de una niña en un símbolo mucho más viejo que ninguno de los dos:



LA EXTINCIÓN

Chad Oliver

Ante nosotros, la Ciudad del futuro, en la que ya todo se reducía a humo, ruido, tráfico, agitación y multitudinario barullo. Pero todo eso desapareció: el habitante de la Ciudad se halla enfrentado con una única disyuntiva, la de su extinción...

La Ciudad había quedado a sus espaldas.

Earl Stuart no había mirado hacia atrás. Hubiese podido percibir el resplandor de la Ciudad en el horizonte, pero rechazó esa idea. Iba aspirando el aire nocturno, aspirando los efluvios de la tierra viva. Miró hacia la tibia luz de las estrellas, como un hombre recién salido de la cárcel. En sus manos el rifle relucía, herido por la luz estelar.

Earl odiaba aquella galería subterránea, aquel túnel espantoso. Era el único medio de escapar, pero nunca se hallaba dispuesto a utilizarlo. Pues aquello era lo mismo que meterse en una antigua tumba; aquello era mucho peor incluso que la propia Ciudad: se parecía a una muerte viejísima. Duraba una eternidad el colarse por el túnel. Un hombre tenía demasiado tiempo para cavilar. Y sabía que una noche cualquiera un guardia de seguridad estaría esperándole a la salida del túnel.

Y entonces, ¿qué?

—¡Maldita sea! ¿No puedes caminar con más lentitud? —exclamó el doctor—. ¿Quedan muy lejos esos deslizadores aéreos?

—A un par de millas —contestó Earl Stuart. Conservando su mismo paso, añadió—: Si nos atrapan aquí dentro, cuando salgamos al aire libre me parece que tendrá que atormentarse mucho más que por sus lastimadas piernas.

El doctor Ochoa casi echó a correr para alcanzarle. Bruscamente, lo agarró del brazo:

—No soy yo, Earl. Son las madres, ellas no pueden seguir.

—Sabían muy bien dónde nos metíamos; nadie las obligó a llegar hasta aquí.

—Tú sabes que las necesitamos. Cuánto mejor sería llegarnos hasta el lugar donde están los deslizadores y luego volver a buscarlas. Tú sigues tu plan; eres grande y fuerte: un tipo verdadero, mientras que nosotros estamos realmente apabullados. Las chicas son capaces de luchar hasta disparar el primer tiro contra ti por poco que recuperen fuerzas cuando nos detengamos. Y entonces, ¿qué pasará? Mira, trata de facilitar las cosas, porque de lo contrario nos arriesgamos a que esto se convierta en la expedición de un solo hombre.

A regañadientes Earl Stuart redujo un tanto su paso. Le gustaba caminar, ejercitar plenamente su cuerpo, moverse con rapidez sin la ayuda de las máquinas. Pero ahora se le antojaba estar al frente de una partida de inválidos. Sin embargo, el viejo doc, el doctor, llevaba toda la razón: debían escapar juntos.

—De acuerdo —asintió Earl—, vuelva hacia atrás y dígales que ya no vamos a tardar mucho en salir de aquí. Una hora más y habremos llegado. Reparta algunas píldoras, doc, y tome un par de ellas usted también.

—¡Vete al infierno! —replicó el doctor Ochoa, jadeante.

—En él estoy —dijo Earl. Durante unos instantes, aceleró el paso, adelantándose a la expedición que capitaneaba.

Le gustaba salir del túnel totalmente solo. A veces, cuando la Ciudad le irritaba los nervios, se deslizaba solo por la galería subterránea: conocía muy bien el peligro que ella entrañaba, pero lo aceptaba, lo saboreaba plenamente. Solía experimentar una especie de extraño sosiego externo, una paz íntima, un bálsamo para el hambre inquieta que lo consumía.

Pertenecía al exterior. En él se sentía como en su casa. Envidiaba a los salvajes, incluso cuando los mataba de un tiro. Hediondos, asquerosos, comidos de piojos; unos brutos de aspecto repugnante, pero; bien sabía Dios que si tuviese que escoger... Evidentemente, Earl no tenía ni por asomo esa oportunidad.

Aquellos salvajes lo habrían hecho pedazos si hubiese caído en sus manos. Más de una expedición no había regresado. Earl pudo ser testigo de lo que aconteció el pasado verano: catorce hombres y cinco mujeres... Aquello nunca podría olvidarlo: se los comieron a todos... Los salvajes siempre anduvieron hambrientos, y por aquellos andurriales había muy poca carne.

En realidad, en aquella zona, había muy pocas cosas donde hincar el diente. Quizá lo que más le gustara fuera eso precisamente: una sabana totalmente desierta, accidentada, sembrada de una hierba frondosa y algunos arbustos; un cielo inmenso; inmenso, pero de cualquier modo más cerrado, más hermético, con su bóveda salpicada de ardientes luceros por la noche y, de día, su viva amplitud azulada, de un azul que caía directamente sobre uno y le hería; y aquel azul era lo suficientemente vasto para aguantar un mar de nubes y el sol quemando la piel desnuda.

Sabía que antaño, allí mismo se habían levantado otras ciudades. Había asistido a su desaparición. Los edificios habían desaparecido, pero aún seguían en pie unos cuantos: silenciosos y desolados, salpicados de agujeros donde anidaban unas aves extrañas...

Las ciudades no se le habían escapado, las había visto, y para él no tenían ningún misterio.

Cada cual conoce la historia, pero sólo los historiadores podrían conocer los pormenores de lo que pasó. En realidad, no fue una guerra, sino demasiados misiles, demasiadas bombas, demasiados dedos sobre demasiados botones. Nadie recordaba los motivos de aquella hecatombe; nadie se preocupaba por dilucidarlos.

En ningún sitio habían quedado muchas ciudades. Ya no quedaban ni tan siquiera bombas. Todo aquello había acabado para siempre.

Earl Stuart se esforzó en alejar todas aquellas visiones de su mente.

Tenía que realizar un trabajo. Se trataba de un trabajo prohibido, que vulneraba las Leyes de la Ciudad. Pero las Leyes lo tenían sin cuidado: creía en lo que estaba haciendo; además había dinero que ganar, un montón de dinero...

Sin embargo, Earl no lo hacía por dinero. Posiblemente, ninguno de ellos lo hiciera al fin sólo por dinero. Pero el dinero no deja de ser siempre una buena cosa, con la condición de no dejarse atrapar.

Pues si uno se dejase atrapar, de nada le valdría todo el dinero del mundo.

Sería mucho más de la medianoche cuando llegaron por fin hasta los escondidos deslizadores aéreos. Earl Stuart no dio tiempo a los que le acompañaban ni tan siquiera para descansar y recobrar fuerzas: corrían el riesgo de quedarse dormidos y cuando el sol saliera sería demasiado peligroso partir.

El muchacho deseaba salir cuanto antes de allí.

Comprobó la carga de los deslizadores. La expedición iba formada por diez hombres con sus rifles, incluidos el doctor Ochoa y él mismo, y además seis madres, cuyos rostros juveniles se dibujaban en la sombra bañada por la luz estelar. Disponían de cuatro deslizadores aéreos, cargados ya con las cosas que pudieran precisar.

Se pronunciaron muy pocas palabras; todos estaban demasiado cansados, demasiado angustiados; además, a la mayoría de la gente no le gusta hablar mucho cuando está fuera.

Earl Stuart se instaló en el aparato de cabeza. Con él iban dos hombres y dos mujeres. La máquina despegó, deslizándose suavemente por el aire bajo el mando experimentado de Earl. Manteniéndola a poca altura, iba rozando la copa de los árboles, con las luces to-

talmente apagadas. El deslizador surcaba el aire en el más absoluto silencio; Earl podía percibir el gemido del aire rasgado por el aparato.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios del piloto, presto a lo que pudiera ocurrir.

Tras él la Ciudad fue desvaneciéndose en las sombras de la noche.

Ante él, perdido a lo lejos en las tinieblas, otro mundo le aguardaba.

Helen Sanderson no podía conciliar el sueño. Se había tomado una píldora que solamente la había relajado durante unas horas. Ahora estaba despierta nuevamente, pero no quería tomar otro sedante. Se sentía mareada, como ebria, pero su imaginación, desbocada, volaba...

¿Acaso había olvidado algo? Evidentemente el tiempo no le había faltado para olvidar, pero aquello no podía olvidarlo, ni mañana, ni pasado: la herida aún seguía sangrando; tampoco lo olvidaría en los días que siguieran. Es probable que no olvidase aquello nunca.

«No. Deja de pensar en eso.»

En ese momento ella hubiese querido tener otro.

Con todo ese dinero...

—Cariño —dijo Helen—, ¿estás despierto?

Larry Sanderson, que naturalmente estaba durmiendo, aunque le había dado por roncar para volver su insomnio más sabroso, se volvió y lanzó un gruñido:

—¿Qué pasa?

—Nada —contestó Helen.

—Estupendo —y Larry volvió a sumir su rostro en las profundidades de la almohada.

—Cariño, no puedo dormir.

—Tómame una píldora, vamos —espetó él con voz soñolienta.

—Ya me he tomado una. Estaba pensando en Bobby.

Larry se despertó de veras y optó por sentarse en la cama:

—Deja ya de atormentarte. Ya han transcurrido cinco años, Helen; no te puedes pasar la vida pensando en él.

—No puedo dejar de pensar, Larry; además, *quiero* recordarlo —dijo ella acentuando el «quiero».

Larry tomó en sus brazos el cuerpo túrgido de Helen. Ella se sentía fría, fría y rígida. Él tuvo un pequeño escalofrío. Esta era la forma en que sentía a Bobby en los últimos tiempos.

—Es claro que quieres recordarle, querida. Yo no pretendo ni mucho menos que debamos olvidarlo, pero tú no puedes seguir así: de lo contrario, tendrás que volver al médico.

Helen rompió a llorar. Larry podía sentir la acidez de las lágrimas que resbalaban por las mejillas de su mujer.

—No quiero volver al doctor. ¡Quiero un niño! ¡Quiero un niño!

—Querida, sabes muy bien que estamos haciendo cuanto podemos. —El tono de Larry se había vuelto dulce y razonable. Sabía que eso era lo peor que podía ocurrírsele en aquel momento, pero deseaba evitar un escándalo.

Intentó continuar:

—Mira, Helen, debemos tener paciencia...

—¿Paciencia? —Se puso a sollozar, temblándole todo el cuerpo—. ¡Tengo cuarenta años, Larry! ¡No puedo ser paciente, no quiero esperar más! ¡Quiero a mi Bobby, quiero un niño!...

La besó tiernamente en el cuello, acariciándola con la mano:

—¿Quieres que hagamos el amor?

Ella se arrancó de los brazos de su marido; todo su cuerpo estaba más frío que el hielo.

—Eso no es bueno —dijo—. Tú sabes que eso no sirve para nada... Yo quiero un niño.
Larry suspiró y se le escaparon unas palabras:
—Según los datos fidedignos que obran en nuestro poder...
Ella se tiró de la cama, hecha una furia, los puños tremendamente cerrados:
—Tú sabes muy bien que no puedo estar embarazada otra vez, y a mí no me importa lo que digan. Todo son mentiras. Sabes muy bien que todo eso no son más que mentiras.
—Helen, querida, vuelve a acostarte.
—No.
—¿Quieres que me levante y esté contigo?
—No; me es igual. Vuélvete a dormir.
Larry removió la almohada a puñetazos y volvió a hundir la cabeza en ella:
—¡Gracias por la noche tan encantadora que me das!
Arrepentida, Helen se acercó y le tocó el hombro:
—Lo siento de veras, cariño.
—Yo también lo siento. Pero tú no tuviste que esperar siempre. Tú eres una de las más felices.
—Es verdad, yo soy una de las más felices.
—Tómame una pildora. ¿No quieres?
—La tomaré, pero más tarde. Vuelve a dormirte. Siento mucho haberte despertado.
—De acuerdo, buenas noches, querida.
—Buenas noches, cariño —dijo ella.

Las palabras convencionales tenían en sus labios un regusto anticuado y amargo...

Salió del dormitorio. Su camisón era de fina tela, pero no necesitaba ponerse la bata ni las zapatillas, puesto que en todo el apartamento reinaba siempre la misma temperatura y el piso se limpiaba automáticamente.

Anduvo de habitación en habitación; ello le ocupó un buen rato. El apartamento era muy grande, tenían todo el espacio que apetecían... Naturalmente, no había ventanas. Pensó en accionar las pantallas murales. Antes, le gustaba elegir con tantísimo esmero las imágenes: el verde translúcido del fondo marino de la laguna del atolón con los peces, unos peces verdaderos, rayados de vivos colores evolucionando alrededor de los arrecifes de coral. Las montañas barridas por el viento, donde los copos de nieve revoloteaban como plumas por encima de la línea oscura de los árboles. Los maravillosos y cambiantes tonos rojizos, anaranjados y amarillos de las arenas de Marte...

Ella deseaba que el mar verdadero fuera así. Era una idea extraña la suya. Había visto el mar infinidad de veces en la televisión. El mar la había rodeado por todas partes en la sala de televisión de su apartamento; había escuchado el rumor de la resaca al romper las olas espumosas sobre la playa desierta; había visto las aves de largo pico lanzarse desde los aires y zambullirse en la mar en pos de los peces. Había visto todo eso...

Pero Helen Sanderson no había salido nunca de la Ciudad.

Sus piernas la llevaron hacia el lugar donde debía ir: hacia la habitación de Bobby.

Nada había cambiado en la habitación del niño; todo estaba como lo había dejado, exactamente igual a como estaba, pese a las recomendaciones del doctor. La camita con su colcha azul estaba bien hecha, como aguardando... El tierno osito pardo estaba sentado junto a la almohada: ahora sus ojos permanecían cerrados. Los colores del armario, con su payaso sonriente, no se habían alterado lo más mínimo. Los juguetes estaban todos en su sitio.

«¡Pobre Bobby! —pensó Helen. Ya se le habían secado las lágrimas; se sentía más sosegada—. ¡Pobrecito Bobby!» Había vivido tan sólo dos años. Nunca se había entretenido mucho con sus juguetes. Bobby estuvo enfermo casi desde que naciera, como todos los demás niños de la Ciudad; enfermizo y muy quieto y con los ojos apagados y

tristes, sin esa chispa tan viva que despiden los ojos de un niño sano. Resultaba difícil interesarle en algo, hacerle jugar, o reírse y hasta sonreír.

Sin embargo, ella había conseguido tener un niño; y éste había vivido dos años; Bobby les había pertenecido durante dos años enteros.

Y ahora, a lo mejor...

Larry tenía razón: ella había sido una de las más felices entre todas las mujeres. No tenía por qué llorar; debía dejar de llorar.

Helen no quiso tomarse otra píldora; quería permanecer allí mismo; quería seguir despierta, saboreando sus conocimientos y su experiencia de madre feliz.

Se sentó en la camita, en medio del silencio que reinaba en el apartamento de veinte habitaciones. Puso la cabeza entre sus manos y sus ojos desmesuradamente abiertos contemplaban fijamente la nada, el vacío insondable...

En un edificio situado casi en el mismo centro de la Ciudad, una puerta se abrió inmediatamente ante Alex Norfolk, una vez que le hubo identificado el dispositivo fotoelectrónico. Aquella puerta no se abría ante muchas personas. Alex Norfolk penetró primero en una habitación intensamente iluminada, donde estuvo esperando hasta la llegada de Randall Wade para saludarle.

Owen Meissner, el jefe de las Fuerzas de Seguridad de la Ciudad retiró sus pies de la mesa de escritorio y se puso en pie. De pronto se mostró sorprendido, pero se recobró inmediatamente. Alex Norfolk solía presentarse cuando menos lo esperaban. Últimamente, había ocurrido muchas veces.

—Por favor, siéntese —dijo Alex.

Owen Meissner se sentó, mientras Alex arrimaba un sillón a la mesa para sentarse. Randall Wade siguió aguardando que Alex ocupase su sillón y entonces se sentó a su vez. Alex sacó su pipa, la llenó cuidadosamente y la encendió, chupando vigorosamente hasta hacer prender el tabaco.

—¡Este tabaco no vale un comino! —exclamó—. Pronto me pondré a fumar hierba, si logro conseguir alguna.

No dijo una palabra más. La oficina se llenó de humo y de silencio en iguales proporciones. El cuerpo larguirucho de Alex Norfolk estaba totalmente relajado en el sillón. A no ser por los ojos pardos que se mantenían alerta bajo las gruesas cejas, se hubiese pensado que estaba durmiendo.

—Bien —dijo finalmente Owen Meissner—. ¿Se trata de una visita social o qué?

—Cuando un hombre ha llegado a los cien años de edad, como yo —dijo Alex Norfolk—, no deja de maldecir las reuniones sociales. No se trata de una reunión de ese tipo.

—Bien, entonces se trata de negocios. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Nada tiene que hacer por mí. Lo único que tiene que hacer es su trabajo —dijo Alex al tiempo que lanzaba una nube de humo hacia el techo.

Owen Meissner se sonrojó.

—Mire esto, Alex.

El anciano, que no parecía tener ni un solo día más que Randall Wade, con sus cincuenta y cinco años, aparentó que la cosa no fuera para él. Miró duramente a Owen Meissner.

El silencio volvió a imperar, hasta que por fin Randall Wade lo rompió:

—No tienes por qué excitarte, Owen.

Su voz sonaba con fuerza y dominio de sí. Randall era uno de esos hombres que cuando están en un grupo no cejan hasta que todos entran en acción.

Owen Meissner se volvió hacia él. Si Randall Wade no hubiese estado al tanto de las cosas, no habría sido el heredero manifiesto de Alex Norfolk. Pues Alex no solía equivocarse mucho con la gente ni con ningún otro asunto.

—Volvamos a lo nuestro —dijo Owen—. ¿De qué se trata?

Randall Wade sonrió:

—¿De qué se va a tratar, sino de lo que creemos que eres capaz de decirnos? Al fin y al cabo, tú eres el policía.

—Hablas de un modo enigmático, Randy; llevas demasiado tiempo cerca del viejo.

—Es muy posible; trataré de ser más explícito: ¿en qué están trabajando tus hombres?

—¿En estos momentos? —preguntó Owen.

—Sí, ahora.

Owen Meissner reflexionó unos segundos.

—La verdad es que no trabajan en nada que realmente pueda interesarte.

—Bueno, trata de decirnos algo; nosotros nos interesamos por un montón de cosas.

—Bien, pues acaba de caernos entre las manos un asesinato. El hecho ocurrió la noche pasada, pero hasta el momento lo hemos tenido callado a la Prensa. Se trata de uno de los miembros de los cultos socialmente marginados; un tipo un poco más violento que los demás. Ya saben de lo que estoy hablando.

—¿Crimen sexual?

—Sí, aunque no se trata esta vez de un caso corriente en esta clase de delitos. Creo que no suponían que las cosas llegarían tan lejos y que la chica fuera a fallecer. Por lo que a nosotros se refiere, se trata de una de esas cosas que más bien nos tienen sin cuidado. Una reunión corriente de los partidarios del culto antes mencionado: a la muchacha la encadenaron y torturaron de tal manera que acabaron con ella. Todos los hombres iban enmascarados; se califican a sí mismos de «Padres». Sabemos quiénes estaban allí, pero hasta ahora no hemos podido averiguar cuál de ellos es el verdadero autor de la muerte. Pero lo atraparemos.

—¿Y con atraparlo, qué? —preguntó Alex Norfolk.

—Vaya por el «¿qué?» —Owen Meissner se quedó estupefacto, y eso que no era de los que se sorprendían fácilmente—. Está usted hablando continuamente acerca de la población. Si asesinan a alguien, no dejará de ser una persona menos. Si atrapamos al tipo que cometió el asesinato, podremos someterlo a un tratamiento para evitar que vuelva a matar. Ese es el problema.

—Su lógica es impecable —dijo el anciano. Siguió chupando su pipa y preguntó—: ¿Cuántos cultos de ese tipo, para emplear sus palabras, existen en la Ciudad?

—Posiblemente una cincuentena.

—¿Se trata evidentemente de los que se celebran en público?

—Sí; no tenemos el más mínimo control sobre los que puedan celebrarse en las casas particulares de los miembros.

—Estoy familiarizado con las leyes, Owen. Pero, ¿me puede decir cuáles son las causas de esos cultos?

—Bien, se lo diré: ya sabe que los psicólogos afirman que nos encontramos en una época de dura tensión entre los sexos. Los hombres no paran de criticar a las mujeres y éstas no se muerden la lengua con respecto de aquellos. Así que es muy natural que entre ellos se encontrara alguno que...

—Exactamente; pero aun cuando logren atrapar a ese hombre, a ese pobre diablo con su navaja o su látigo o lo que sea, ¿qué se habrá resuelto?

—Habré resuelto un crimen. ¿Acaso no es mi oficio? Yo no puedo contemplar las causas finales, pues ésa es cuestión suya.

—De acuerdo, ese es mi trabajo —asintió Alex Norfolk, quien volvió a acomodarse en su sillón y cerró los ojos. Su pipa se apagó, pero no volvió a cargarla.

—¿Qué más, Owen? —preguntó Randall Wade.

—¡A ver si te imaginas que tengo algún conejo que sacarme del sombrero! Bueno, también hubo una «incursión» en el Laboratorio número 4, pero se trata de una faena francamente sin importancia. No llegaron a acercarse ni tan siquiera a los depósitos de los embriones. No dudo que estés enterado de todo eso.

—Sí, estamos enterados.

—Tenemos asimismo el informe acerca de un avión trasatlántico que volaba demasiado bajo dentro del área prohibida (se trata de la Zona 31) en un vuelo desde la Ciudad a Nueva Roma. El servicio de Control Aéreo lo detectó y lo obligó a cambiar de rumbo; nada más.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo, sí.

—¿Qué nos puedes decir acerca de un tal Earl Stuart?

Owen Meissner se desconcertó:

—No creo haber oído ese nombre nunca...

—Trata de mirar en tus ficheros ¿quieres?

Meissner sacó un tablero de uno de los compartimientos de su mesa y rápidamente impartió sus instrucciones. A los treinta segundos una pantalla mural empezó a centellear. Los datos relativos a Earl Stuart no tenían nada de particular: había nacido en la Ciudad hacía veintiocho años. Su padre, Graham Stuart, había ganado mucho dinero con los aparatos electrónicos, cosa bastante extraordinaria puesto que resultaba difícil hacer dinero con una economía cada vez más restringida. Graham Stuart y su esposa habían muerto. Earl era su único hijo y había heredado una pequeña fortuna. No tuvo necesidad de trabajar; era más bien un aventurero que cualquier otra cosa. Sabía nadar —lo cual no dejaba de ser curioso— y se interesaba por las armas de fuego. Solía ausentarse de su apartamento durante períodos de más de una semana en repetidas ocasiones. Desde el punto de vista sexual, nada había en él fuera de lo normal. Nunca lo habían detenido. Los médicos sólo lo habían atendido dos veces en toda su vida: una vez por fracturarse un brazo y otra por el sarampión.

En cualquier caso, su ficha antropométrica era mucho más interesante. Earl Stuart era un hombre de alta estatura, con más de seis pies y sólidamente constituido. Llevaba los cabellos muy cortos, de un negro de azabache; sus pómulos, muy altos, relucían a ambos lados de la nariz fuerte y ligeramente achatada sobre la boca, firme y de labios carnosos. Tenía los ojos muy oscuros y era de tez morena o —quizá— curtida por el aire y el sol.

Earl Stuart hubiese podido vivir en cualquier período de la historia dadas sus excepcionales capacidades físicas y su robustez. Sin embargo, entonces, en la Ciudad, no dejaba de ser un hombre extraordinariamente singular.

—Bien —dijo Owen al apagarse la pantalla—. ¿Qué más?

—Dos cosas —dijo Randall—. En primer lugar, necesito un informe completo acerca del nacimiento de ese hombre. Necesito un informe con los datos más exactos sobre el embarazo de la señora Stuart y también quiero saber el nombre del médico que la atendió en el parto.

—Earl no es ningún niño adoptado, puesto que, si lo fuera, aquí obraría la ficha del laboratorio, atestigüando que no es el hijo legítimo de la señora Stuart —dijo el jefe de las Fuerzas de Seguridad.

—Es preciso comprobarlo totalmente —insistió Randall—. En segundo lugar, quiero conocer las fechas exactas en que Earl Stuart se ausentó de su apartamento durante los últimos cinco años. Deseo saber no solamente el lugar donde se encontraba, sino lo que en él estaba haciendo.

—Eso no va a resultar tan fácil.

—Debes conseguirlo. Arréglate como puedas, pero quiero esos datos.

En aquel preciso momento, Alex Norfolk abrió los ojos y sonrió: Randy estaba llevando las cosas estupendamente. El asunto era de suma importancia, trascendental.

—¿Harán el favor de decirme a qué viene todo esto? —preguntó Meissner—. ¿Qué hay con ese hombre?

Randall Wade se levantó y declaró:

Uno de nuestros computadores le ha puesto el dedo encima. Todo parece indicar que Earl Stuart se ha puesto al frente de una expedición fuera de la Ciudad. Nos interesa saber cómo pudo salir de aquí sin ser detectado. Queremos saber lo que está tramando fuera de la Ciudad. Queremos detenerle.

—Haré cuanto pueda —prometió Owen Meissner.

Alex Norfolk volvió a llenar parsimoniosamente su pipa, se levantó a su vez y se plantó al lado de Randall Wade.

—Eso no basta, Owen; el asunto es muy importante. Deseo que nombres a un hombre realmente capaz para que inmediatamente investigue sobre Earl Stuart.

—En estos precisos momentos tengo un asesinato en mis manos; ahora no puedo desprenderme de mis hombres...

—¡Al infierno con vuestro asesinato! Yo quiero atrapar a Earl Stuart y, ¡ajo con dejarle escapar! De modo que, ¡vamos por él!

—¿Es una orden?

—¿Acaso suena de otra manera? ¿Se trata quizá de una conversación trivial?

—¡Bien! Lo atraparemos, si se trata del hombre que ustedes creen que puede ser.

—Ése es el hombre que buscamos.

Alex Norfolk se marchó hacia la puerta sin despedirse siquiera. Randall Wade vaciló:

—¡Adelante, Owen, que tengas éxito, y hasta la vista!

Owen Meissner se levantó del sillón, saludando con la cabeza, esforzándose en sonreír. Tan pronto como la puerta se volvió a cerrar tras la salida de los dos visitantes, se dejó caer en el sillón. Su sonrisa se había desvanecido. Pulsó un botón rojo en la mesa.

Cuando estuvieron instalados en el coche-tubo (tipo de coche que se desliza automáticamente a través de un verdadero tubo subterráneo), Randall Wade se volvió hacia el anciano:

—Se ha mostrado muy duro con él, Alex.

—Ese hombre es de los que necesitan que los pinchen para moverse...

—Es un buen policía. Estoy seguro que atrapará a Stuart.

—Ese hombre carece totalmente de imaginación. Es capaz de hacer lo que le mandan y solventar los casos rutinarios. ¿Crees que eso puede bastar, Randy?

—En cualquier caso, ha sido demasiado severo con él.

—No tengo tiempo para ser más suave.

—No puede esperar que un hombre trabaje en las tinieblas. Owen no puede comprender por qué razón un hombre como Stuart puede resultar tan peligroso. Tenía que haberle puesto mucho más al corriente del asunto, sobre todo al exigir tanto de él.

—Esta alternativa es imposible. Yo no puedo decirle a Owen lo que en realidad está sucediendo con Stuart. No es hombre para eso. Lucharía por todos los medios y en su caso podría resultar mortal. Y yo espero mucho más de él, y no menos. Si esas expediciones logran escapar a nuestro control, será nuestro fin.

—En ese caso, necesita encontrar otra solución.

—Los que necesitan otra solución son los demás, *tú* necesitas esa solución, puesto que yo no estaré aquí eternamente, pese a todas las bromas que puedan gastarme por haber alcanzado los cien años de edad. ¿Qué vas a hacer, entonces?

Randall reflexionó un momento:

—Quiero ser justo. Meissner es un hombre que cumple bien con su tarea.

—No lo bastante para el caso que nos ocupa.

—En tal caso, probaremos otra solución. En el Instituto contamos aún con gente joven y capaz. Podemos escoger a uno de ellos: puede ser Hashimoto, de la Facultad de Biología; él es aún bastante joven, podemos ayudarlo a formarse en el servicio de policía. Podemos crear un nuevo cargo, pongamos por caso el de Delegado de Seguridad o algo parecido, y colocar a Hashimoto por encima de Meissner. De esta manera, Owen puede manejar todos los asuntos rutinarios, mientras que Hashimoto se encargaría de controlar los casos peligrosos como el de Stuart. Todo esto podemos arreglarlo de modo que Owen no pierda en lo más mínimo en cuanto respecta a su estatus.

—Algo así habrá que hacer.

—Puedo hacerlo, si es preciso.

—Perfecto, tu idea me gusta, Randy. ¡Adelante!

—¿Está de acuerdo con que sea Hashimoto?

—Tú serás el único que tendrá que colaborar con él, desde luego.

Randall Wade ya estaba decidido:

—Voy a hablar con él ahora mismo.

—Estupendo. Vas a llevarme hasta los archivos y me dejas allí mismo, ¿quieres?

—¿No sería mejor que descansase un poco?

—¡Vamos, que no soy un inválido! Ya descansaré cuando esté cansado.

—Bien, usted manda, Alex.

El coche-tubo paró delante del edificio de los archivos.

—Buenas noches, Randy.

—Hasta mañana, señor.

—No apuestes en eso —dijo enigmáticamente el anciano—. Y deja de tratarme de señor.

El coche-tubo siguió su camino. Alex Norfolk estuvo mirándolo un rato con una expresión afectuosa en los ojos.

—Gracias, Randy —dijo quedamente.

El anciano estaba solo.

Entró en el edificio de los archivos. Este edificio era totalmente diferente de cualquier otro de la Ciudad. En su parte externa parecía bastante convencional y era precisamente esa la parte que la mayoría de la gente podía contemplar. El interior del edificio era totalmente diferente.

La estructura era la de una forma ahuecada, una masa discontinua de pisos. Disimulada por los contramuros, una torre de metal reluciente se alzaba en el aire. Tendría un centenar de pies de altura y su base se sumía en las profundidades de la tierra hasta otro centenar de pies por debajo de la superficie.

Aquella torre había sido levantada para perdurar; la torre aún seguiría en pie cuando el edificio exterior se hubiese ya reducido a polvo.

En la torre no había nada. Alex Norfolk se detuvo y permaneció mirando la reluciente columna un buen rato. La había visto muchas veces, pero aquella torre formaba una parte tan grande de su vida que raramente se detenía para contemplarla. La torre había sido levantada antes que Alex naciera.

Entonces la estaba mirando, consciente del hecho que era posible que ya no la volviera a ver. Trató de representársela como si un día aquella alta torre llegara a no ser más que un

gigantesco dedo de metal apuntando hacia el cielo. Aguantaría los embates de la lluvia y del viento y del frío y del sol..., y seguiría en pie. Seguramente, con el tiempo, ya no sería como entonces, una torre disimulada: Se convertiría en un monumento al igual que Stonehenge y las pirámides y las esculturas de la Isla de Pascua, uno de esos monumentos de las civilizaciones desaparecidas que atraen a los turistas. Los archivos —Alex odiaba ese nombre— estaban allí. Las futuras generaciones se sorprenderían ante los nombres que los archivos conservaran. En épocas futuras, los archivos podrían ser leídos.

Entonces, todos se enterarían de lo que Alex Norfolk había hecho.

Sin embargo, no era mucho, no bastaba lo que había hecho. Pero lo suyo, añadido a lo que los otros fueran capaces de descubrir, sin duda representaría algo. Podría ayudar a desentrañar más de un problema, a aclarar más de un enigma; ayudaría a ver las cosas de otra manera.

Alex Norfolk suspiró. Físicamente no se sentía viejo, y mentalmente se sentía más despierto que nunca, aunque suponía que la mayoría de los ancianos no dejaban de ilusionarse de modo semejante. Sin embargo, desde el punto de vista espiritual —pues no había otra palabra para definirlo— se sentía cansado. Los años se había ido amontonando y pesaban mucho sobre él.

Si solamente estuviera seguro...

Alex Norfolk irguió su cuerpo y se amonestó mentalmente a sí mismo: cuando uno empieza a compadecerse de sí mismo es un claro síntoma de senilidad. ¡Qué diablos!, debía hacer lo que tenía que hacer. Luego, si el ánimo no le fallaba, haría lo que deseaba hacer.

El anciano se metió en el túnel que conducía a los archivos. Allí no había escaleras, pero el túnel tenía una pendiente poco acusada; todo había sido concebido para bajar por él con suma facilidad y encontrar las cosas también muy fácilmente.

Los pensamientos de Alex Norfolk volvieron hacia Earl Stuart. Le hubiese gustado conocer a aquel hombre; estaba casi dispuesto a desear que las cosas le salieran bien al muchacho. Pero, ¿era posible que Earl Stuart no supiese quién era?

Alex Norfolk meneó la cabeza y siguió caminando por debajo de la tierra.

Los deslizadores aéreos aterrizaron cuando el alba despuntaba; a Levante el cielo comenzaba a encenderse.

Earl Stuart bajó del aparato, empuñando su rifle, presto a disparar.

—¡Vamos —dijo—, de prisa!, que no deben estar a más de un par de millas de aquí.

El doctor Ochoa se pasó las manos por la cara, poblada de una barba de tres días.

—Las madres están muy cansadas, Earl. No durmieron mucho durante los dos últimos días.

—La próxima vez tendrán más experiencia, doc. Distribuye algunas píldoras a los que lo deseen. Démonos prisa, que si los salvajes llegan a presentir lo que pasa, vamos a tener que estar persiguiéndoles por estos contornos durante semanas. Sé dónde se encuentran. Si nos damos prisa, podremos atraparlos en sus cuevas antes que despierten. Yo marcho ahora mismo y me llevo a mis hombres. Si las mujeres quieren esperar aquí solas, allá ellas.

—¡Qué tipo más simpático eres, Earl!

—Así me llaman ellas —dijo Earl, y volviendo los talones se fue hacia adelante sin preocuparse lo más mínimo de si los demás le seguían. Sin embargo, caminaba con paso lento. Los demás miembros de la expedición podían seguirle con un pequeño esfuerzo y por experiencia sabía muy bien que lo harían. Se trataba tan sólo de seguir al jefe y Earl era el único jefe de la expedición. De eso estaba seguro y los demás también lo sabían.

La luz era tenue, pero Earl podía distinguir todo cuanto necesitaba ver. Se encontraban sobre una pendiente cubierta de altas hierbas que descendía hasta un arroyo. En la orilla

opuesta del arroyo sabía que el terreno subía abruptamente. Allí había una línea de acantilados muy escarpados donde se abrían las cuevas.

No tropezarían con ninguna dificultad hasta que llegasen a la otra orilla del arroyo.

Earl comprobó la dirección del viento. Soplaban un aire puro y fresco, fragante por el olor de las flores silvestres y la humedad nocturna de la tierra. Lo más importante era para ellos que el viento les soplara de cara: así los salvajes no podrían olfatear su llegada.

Earl Stuart se sentía bien, realmente bien. Tenía que contenerse para no acelerar el paso. Se sentía lleno de ánimo, lleno de vida; iba lleno de entusiasmo y excitación, dispuesto a lo que pudiera ocurrir. *Aquello* no era realmente una matanza: era encontrarse fuera, con el viento en plena cara; era encontrarse al mando de la expedición; era asumir la responsabilidad de sus propios actos. En el interior de la Ciudad, Earl se parecía a un pez dentro de una botella, mientras que allí, fuera de la Ciudad, se sentía un hombre verdadero.

Y aquella impresión era lo más agradable para el muchacho.

Earl Stuart distaba mucho de un ser estúpido; tampoco era amoral. Lo había pensado muy bien, sabía lo que hacía. Aquello iba contra las leyes, pero estaba convencido de lo insano de las leyes. Nadie había tenido que decirle que la Ciudad estaba muriéndose, pudriéndose lo mismo que una fruta caída bajo el sol. Earl tenía ojos para ver y sabía muy bien porqué iba: la Ciudad necesitaba algo de sangre nueva.

Y él iba a buscarla.

Earl no era ningún héroe; no se hacía ninguna ilusión, creyendo que hacía aquello por la Ciudad. La Ciudad le importaba un bledo. Lo que quería era estar fuera de ella, allí, en el lugar donde estaba; le gustaba lo que estaba haciendo.

Sin embargo, no deja de ser agradable saber que uno tiene razón.

Y el dinero tampoco era despreciable. Su herencia había sido bastante cuantiosa, pero sólo un idiota podía vivir con su capital. Las inversiones ya no eran tan rentables como hubiesen sido en los viejos tiempos.

En la Ciudad, Earl Stuart tenía unos gustos muy costosos; necesitaba mucho dinero.

Cuando alcanzó el arroyo, el sol acababa de asomar en el horizonte detrás de Earl. Parecía un enorme globo rojo y su luz proyectaba unas sombras larguísimas. En el campo empezaron a sentirse los cantos de las aves. Hacia la derecha, la sombra de un animal se movió entre la hierba; el arroyo discurría, susurrante entre las rocas; el agua era cristalina; podían divisarse las sombras de los peces sobre el fondo de arena.

Earl no vaciló: sabía que si les dejaba el tiempo de reflexionar, podría tropezar con dificultades en el momento de hacer cruzar el arroyo a las madres. Entró resueltamente en el agua; estaba fría, pero era poco profunda; apenas le llegaba a las rodillas.

Siguió hacia delante, pero moderando el paso. Podía ver los acantilados que se proyectaban delante de él con sus rocas bañadas de una luz dorada por el sol naciente. Las cuevas eran unos agujeros negros, parecidos a unos ojos enormes.

Nada se movía en aquel lugar.

El grupo expedicionario seguía avanzando fuera del alcance de los rayos solares. Era difícil que los vieran; todos los hombres ya habían estado con él en aquel lugar anteriormente; ellos sabían lo que debían hacer.

Pero las madres...

Una de las mujeres lanzó un grito. Uno de los hombres la agarró inmediatamente, tapándole la boca con la mano, pero el grito había sido demasiado violento para que no lo oyesen. Sin duda lo habían oído...

Earl se volvió vivamente: vio cómo corría entre las altas hierbas un hombre medio desnudo, con su larga cabellera ondeando al viento; no llevaba más que un arpón para pescar. El salvaje abrió la boca para dar la alarma. Earl disparó su rifle con mucha calma, apuntando a la cabeza. La detonación desgarró el aire matutino.

—¡El tiro no falló! —se alegró Earl.

Volvió hacia la madre que había gritado. El hombre la seguía sujetando. La estuvo mirando: tenía los ojos desorbitados de espanto y temblaba tremendamente.

Earl le puso la boca del rifle en el pecho y dijo duramente:

—¡Suéltala!

El hombre la soltó y ella lo miró fijamente, helada de espanto.

—Ese hombre está muerto, ya no puede herirla. ¿Me entiende?

La madre asintió con la cabeza.

—Si vuelve a repetirlo, le pego un tiro. ¿Oye lo que le digo?

Ella volvió a asentir con la cabeza.

—Diga que me ha entendido.

—Lo he entendido —dijo la mujer con voz desfallecida.

Earl apartó el rifle de su pecho.

—Perfecto, cariño. Pero, por Dios, trate de contenerse. Sé muy bien lo espantoso que resulta ver a uno de esos hombres por primera vez. Cuando haya comenzado el tiroteo, podrá gritar todo lo que le venga en gana. Pero ahora mantenga la boca cerrada, ¿entendido?

Ella balbució:

—Lo siento, ese hombre era tan...

Earl sonrió.

—Pues, no crea, era uno de los más simpáticos...

Tras estas palabras dejó a la joven madre. Marchó hacia delante y asomó la cabeza por encima de las altas hierbas: los acantilados seguían tan desiertos como antes. Las cuevas se ofrecían nítidamente a su vista. Allí no había ninguna señal de vida.

—Bien, y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó el doctor Ochoa.

—¿Cree que los salvajes nos han oído? —dijo Earl, a modo de respuesta.

—No lo sé —respondió el doctor.

—Yo tampoco lo sé. El viento sopla a nuestro favor; nos sigue soplando de cara desde el lugar donde están las cuevas. Tenemos un cincuenta por ciento de posibilidades al hecho que nuestros amigotes sigan durmiendo aún en ellas. Es muy probable que esa banda de animales no hayan oído nunca la detonación de un rifle. He podido verlos siempre a través del escrutador, pero hasta ahora nunca había estado aquí. En este momento, no sé nada.

—Tú decides, Earl; tú lo planeaste todo.

Earl reflexionó un momento antes de tomar una decisión. El más mínimo error podía resultar catastrófico en aquel preciso momento. El sol ascendía rápidamente en el cielo por el este, inundando el mundo con su luz. Al cabo de poco, los miembros de la expedición ya no tendrían ninguna sombra donde guarecerse.

—A mí no me gusta hacer las cosas con un cincuenta por ciento de posibilidades a mi favor —dijo finalmente Earl—. Si esos tipos nos estuvieran aguardando, las cosas podrían tomar un cariz bastante peligroso. Ellos pueden adentrarse hasta el fondo de las cuevas y en tal caso tendríamos mucho trabajo para atraparlos; nunca lograríamos cazarlos. Si debemos internarnos en esas cuevas tras los salvajes, vamos a tener algunas narices ensangrentadas... ¡Maldita mujer!

—No te olvides de nuestro pescador insomne. Si no se hubiese encontrado fuera en este lugar...

—Pero el caso es que andaba fuera y eso no lo podemos cambiar de ninguna manera. Sólo hay una cosa que podemos cambiar, y es nuestro plan.

—¿Piensas intentar alguna otra cosa más?

—No —contestó Earl—. Seguiremos aplicando nuestro plan tal como hemos venido haciendo. Ese era nuestro objetivo y nos atenderemos al mismo.

—Me parece que estabas diciendo...

Earl interrumpió al doctor Ochoa.

—Ya estuvo conmigo en unas cuevas como éstas. Por lo tanto, sabe a qué se parecen. Estos salvajes las vienen utilizando desde hace muchas generaciones. Las cuevas están todas unidas por unas galerías de conexión y siempre hay en ellas una vía de escape en caso de emergencia. Esa salida de emergencia debe estar en cualquier lugar, en la parte superior de los acantilados, en esa meseta. ¿Entiende lo que estoy diciendo? ¿Me sigue o no?

—Si estás sugiriendo que debemos llegar hasta la salida trasera, entonces te digo que no cuentas con tu doctor: yo no iré hasta allí.

—Ninguno de nosotros debe llegar hasta allí. Haga trabajar su mente, doctor. Por allí es por donde van a salir.

—¿Y por qué tendrían que hacerlo? ¿Para agradarnos?

—¿Acaso debo hacerle un dibujo? Si algunos de nosotros atacamos de frente y descargamos un número suficiente de balas dentro de esas cuevas, los salvajes tratarán de salvar a las mujeres y los niños llevándolos fuera. Siempre lo hacen, y cuando lleguen arriba, a la meseta, el resto de nuestros hombres los puede estar esperando.

—Eso no me gusta nada, Earl. Debemos aplicar el plan todos juntos; no somos bastante numerosos para jugar al ejército.

—Contamos con diez hombres. Es decir, cinco se quedarán aquí mismo con las madres y los otros cuatro se vendrán conmigo. Es la única manera de salir airosos.

—Esa es la única manera a fin que nos coman vivos. En esas cuevas deben ser bastante numerosos para ello.

Earl Stuart sonrió.

—Recuerde que nos hemos traído los rifles.

—Eso decía el general Custer...

Earl contuvo sus nervios con dificultad. Las alusiones históricas del doctor siempre le molestaban. A él no le importaba lo que pudiera haber dicho cualquier general griego o romano. Ya había perdido demasiado tiempo.

—Voy a dividir a los hombres. Tomaré a cuatro conmigo y volveremos hacia el lugar donde están los deslizadores. Usted se quedará aquí con las mujeres y el resto de los hombres. Y escondan la cabeza, ¿entendido? Cuando nosotros hayamos llegado a la meseta y estemos preparados, lanzaré un cohete; entonces, ustedes avanzan y abren fuego. ¿De acuerdo?

—Sigue sin gustarme la idea.

—A mí tampoco me gusta, no tiene por qué gustarme; se trata únicamente de realizarla.

Earl actuaba con mucha calma, eligiendo a los cuatro hombres que debían acompañarle.

—¡Vamos! —ordenó, y los cinco hombres volvieron hacia el arroyo.

Earl tardó más de media hora en llegar hasta los deslizadores; no se había preocupado lo más mínimo de disimularse; había corrido todo el tiempo. Si los habían visto marchar, tanto mejor, pues los salvajes no debían saber cuántos hombres estaban allí. Así el resto de la expedición podría permanecer tranquilamente en su lugar un rato más.

Earl estaba enteramente sudado. Se preparaba un día de mucho calor y no estaba acostumbrado a caminar bajo el sol. Dejó que sus hombres descansaran un rato; todos ellos se pusieron a beber con ansia.

—No beban mucho, que eso les frenará en cuanto haya que caminar. ¿Están todos preparados?

Los cuatro hombres asintieron con la cabeza. Estaban cansados y nerviosos, pero todos deseaban encontrarse en el puesto cuando el fuego empezara. Eran hombres buenos para la época en que se vivía.

—Bien, vamos todos en un deslizador. Una vez que hayamos tomado tierra, no quiero oír ni una palabra; habrá que guardar silencio. Que nadie tire alocadamente; cada cual escogerá su blanco y se asegurará antes de disparar. Dejarán que los hombres y los niños mayores avancen todo lo que puedan. No disparen más de lo estrictamente necesario. Cuando tengan que hacerlo, apunten hacia las mujeres que llevan un niño y no fallen el tiro. Los tiros a la cabeza son los más eficientes. Esas mujeres son asesinas cuando están heridas. ¿Alguna pregunta?

Earl tomó los mandos y el aparato despegó, deslizándose silenciosamente a baja altura a través del aire tibio de la mañana. Al llegar sobre la meseta, redujo la velocidad y empezó a dar vueltas sobre ella. El cielo estaba claro, sin una nube; la visibilidad era perfecta. Pese a la velocidad del aparato, pudo distinguir claramente un par de rebaños que pacían tranquilamente. Se estaba acabando el juego... Pronto habría que actuar.

Earl Stuart no se sentía impresionado lo más mínimo. Tomó altura y estuvo planeando por encima de la meseta. Podía ver al doctor Ochoa y a los demás acechando entre la hierba. Podía ver al pequeño arroyo, reluciente como un lazo de cristal. En menos de un minuto localizó la salida de emergencia de las cuevas. Estaba disimulada por unas rocas y por la maleza a ras de tierra, pero desde el aire se dibujaba nítidamente.

El aparato tomó tierra e inmediatamente Earl desplegó a sus hombres. Ahora hacía un calor sofocante; el sol quemaba la piel.

Earl disparó el cohete, que describió un surco de fuego encarnado en el aire hasta convertirse en un sol diminuto y que se iba a la deriva. Armó su rifle y aguardó.

Se abrió el fuego inmediatamente tras la señal del cohete. Los disparos resonaban sordamente en el aire abrasado por el sol. Con aquella tropa, los tiros no podían causar mucho daño. Pero entonces el doctor tenía que moverse rápidamente y avanzar. A unas cien yardas de distancia, más o menos, los rifles de fuerte calibre sólo podían hacer escasos blancos en aquellas cuevas, ya que las balas podían rebotar sobre las rocas... El dedo de Earl estaba acariciando el gatillo. Le gustaban los rifles; los rifles eran un arma estupenda, sólida y en la que se podía confiar; las balas eran mucho más selectivas que los rayos mortíferos y para luchar contra unos salvajes armados con toscas lanzas y armas de piedra no era preciso ningún armamento fantástico.

Sentía una excitación agradable y todo su cuerpo estaba en tensión. Siempre le pasaba lo mismo en aquellos momentos; no se trataba exactamente de la alegría de matar, no era ninguna inclinación sanguinaria, sino sencillamente una impresión mucho más compleja e indefinible.

Era más bien la emoción sentida por el cazador; nada podía compararse con lo que Earl experimentaba en aquellos momentos.

Estuvo aguardando, escuchando cómo los disparos iban acercándose. El doctor y sus hombres disparaban de lo lindo.

El momento no podía tardar. Pronto...

¡Ahora!

Un hombre salió como disparado del agujero. Era un hombre viejo y encorvado, con una larga cabellera de un gris sucio. Una piel de animal, asquerosa, ceñía su descarnada cintura. Llevaba la boca abierta, enseñando sus dientes pintados y rotos. Se hallaba tan cerca que Earl podía oler la grasa rancia de sus cabellos y el sudor de su cuerpo.

Earl no disparó contra el anciano.

En aquel preciso momento, otro hombre salió tropezando del agujero; esta vez era un hombre joven; había sido herido en el hombro derecho y llevaba todo el costado cubierto de sangre. En su mano izquierda sujetaba una lanza con punta de pedernal. Sus ojos relucían alocados y llenos de dolor. Al encontrarse fuera de la cueva, trató de avanzar, pero cayó; volvió a levantarse y siguió titubeando hacia adelante.

Earl tampoco disparó esta vez. Ya no habría que aguardar mucho. Mientras los salvajes no vieran a sus hombres escondidos detrás de las rocas era una locura disparar; había que esperar hasta que salieran los blancos ansiosos. Disparar en aquel momento era tanto como obligar a los salvajes a volverse a hundir en sus cuevas y eso era lo último que Earl podía desear.

Al cabo de unos segundos, asomaron los niños; salían del agujero como una bandada de ratas silenciosas. Iban en cueros, y con los cuerpos llenos de llagas y de arañazos. ¡Niños, un montón de niños! Eran por lo menos una cincuentena. Earl no dudó que en las cuevas vivían muchos más niños de mediana edad que en toda la ciudad.

Dejaron pasar a los niños: eran demasiado grandes. Escaparon todos menos uno, que, saltando tras una de las rocas se encontró frente a uno de los hombres de Earl. El muchacho intentó escapar, pero antes que lo lograra el hombre le asestó un culatazo. El muchacho rodó por el suelo, con la cabeza aplastada como un melón.

Asomó la primera mujer. Llevaba su tosca cabellera muy corta, casi afeitada. Sus pechos estaban llenos de cicatrices y el labio inferior atravesado por una especie de pasador de piedra. No llevaba ningún niño.

Earl siguió aguardando, con el pulso acelerado.

El resto de las mujeres salió al segundo; gruñían ferozmente bajo la luz del sol. Jóvenes y viejas, gordas y flacas, todas ellas eran tremendas de ver: apestaban terriblemente y se movían con azoramiento; sus músculos relucían bajo la piel desnuda. Corrían como arañas espantadas...

Earl las contó rápidamente: cinco de ellas, cinco llevaban niños en sus brazos. ¡Cinco! Era más que suficiente, más de lo que Earl podía esperar. ¡Aquello era una verdadera fortuna!

Saltó sobre sus pies, se llevó el rifle al hombro y apretó el gatillo. La bala alcanzó a una de las madres en la nuca: la mujer se desplomó, dejando caer al niño que gritó al chocar contra el suelo. Otra mujer se volvió y trató de agarrar a la criatura, pero Earl le metió una bala en el pecho.

De pronto, Earl se volvió, sus ojos se estrecharon: otra mujer escapaba velozmente, intentando regresar a la cueva. Disparó dos veces antes que la mujer se colara por el agujero; la madre cayó muerta y el niño, que ya caminaba, trató increíblemente de introducirse en la cueva.

Earl dio un salto y lo agarró, sujetándolo con el brazo izquierdo. El niño lloraba y gritaba escandalosamente, retorciendo su cuerpecito y orinándose en el brazo de Earl. Éste no hizo caso.

—¡Bien! —gritó jubiloso—. Ya los hemos atrapado. —Volviéndose hacia uno de sus hombres ordenó—: Ed, dispara una ráfaga contra ese sendero para que los salvajes sigan corriendo. Los demás disparen dentro de esa cueva. No quiero que los otros salvajes salgan.

Los rifles formaron una barrera de fuego. El aire caliente se llenó de humo azulado y de olor a pólvora. Las moscas ya estaban zumbando sobre los cadáveres.

Earl aguardó un par de minutos, lo que representaba un montón de balas. Estaba claro que nadie iba a salir de aquel agujero durante un buen rato.

—¡Basta! —gritó—. Lleven esos niños al aparato y sujétenlos bien.

Earl entregó a Ed el niño que llevaba, con lo cual el hombre se cargó con dos niños; se puso a los mandos del deslizador, comprobó rápidamente si todo estaba en orden y despegó sin perder más tiempo.

Entonces los niños eran lo más importante. Debía entregárselos al doctor y a las madres que estaban esperando junto a él y luego habría que regresar con toda la expedición hacia

el lugar donde se encontraban los deslizadores. Earl rió sarcásticamente: las cosas no podían fallarle.

A la espalda, el sol quemaba las rocas de la meseta sobre los acantilados. Un enorme lagarto verde asomó la cabeza y se deslizó por encima de los cuerpos sin vida. A lo lejos, en el azul del cielo, unas formas negras planeaban: los buitres se aprestaban al festín.

Los negros orificios de las cuevas estaban desiertos y silenciosos.

La expedición no tropezó con ninguna nueva dificultad.

La mayoría de los salvajes seguían en sus cuevas y no intentaban salir de ellas. Se habían adentrado en las galerías más remotas y allí permanecerían hasta que cerrara la noche. De todos modos, ya no podrían luchar ni por sus hijos. Sus enemigos estaban ya demasiado lejos.

Earl tomó tierra y el doctor y las madres se hicieron cargo en el acto de los niños. El doctor Ochoa empezó por pegar unos cuantos azotes a los niños para calmarles y luego se puso a despiojarles. Las madres reclamaban a los niños para cuidarlos durante el viaje de regreso a la ciudad. Se planteaba el problema del hecho que había una madre de sobras. Sin embargo, Earl ya había pensado la solución: decretó que la mujer que había gritado antes de la refriega se quedaría sin niño. La pobre mujer se sentía tremendamente desilusionada y desgraciada, pero estaba demasiado asustada para protestar.

Si se portaba bien, a lo mejor tendría alguna posibilidad cuando la expedición le hubiese reintegrado a la Ciudad: podrían introducir los nombres de las madres dentro de un selector y la suerte decidiría cuál de ellas se quedaría sin niño. Aquella esperanza había traído a las madres hasta las cuevas de los salvajes.

Las madres quisieron probar a amamantar inmediatamente a los niños; todas ellas habían sido tratadas por los médicos para tener leche en el momento oportuno. Earl se había enfrentado con aquel mismo problema en anteriores ocasiones.

—Y ahora hay que moverse, no podemos quedarnos aquí más tiempo. Esta noche podrán amamantar a los niños, cuando ya estemos a salvo en los deslizadores aéreos. Si los salvajes nos atacasen, tendríamos que echar a correr y abandonar a los niños y nunca los volverían a ver.

No tenía Earl la más remota intención de abandonar así como así un par de millones de dólares, pero sus palabras hicieron que las madres se pusieran en marcha en el acto hacia el arroyo. Estaban completamente transformadas, arrullando y acariciando apasionadamente a sus hediondos bebés, con una alegría inimaginable. Ya se habían olvidado de sus penas y fatigas.

Earl ordenó a uno de sus hombres que se llevara el deslizador, pues no quería abandonar a los niños de ningún modo. De modo que se quedó en tierra, siguiendo a las madres, sin perder a los niños de vista.

De pronto Earl se sintió exhausto; pero ya conocía aquello; semejante impresión no era nueva: se aprestaba a regresar a la Ciudad. Trató de disimular a toda costa lo que sentía. El humor de los demás miembros de la expedición había cambiado totalmente; su misión se hallaba cumplida y todos regresaban a casa; todos mostraban la mayor despreocupación y estaban llenos de jactanciosa alegría. En cambio, Earl Stuart debía refrenar sus nervios, pues no podía resignarse a la idea de volver a una vida sin acción, por cuanto había aprendido a vivir de otra manera.

Earl sentía una especie de simpatía por aquellos niños que acababa de raptar. Los pobres diablillos no sabían lo que les esperaba en la Ciudad.

Earl vulneró las reglas que él mismo había establecido al emprender el vuelo antes que se hiciese de noche. Deseaba alejarse cuanto antes de aquellas cuevas, salir de allí. Volaron la noche entera bajo la luna plateada y durante las horas del día se escondieron. Estuvieron

volando durante casi toda la noche siguiente y aterrizaron antes del alba sin divisar el resplandor de la Ciudad.

Durante todo aquel día permanecieron escondidos. Después de la medianoche, los miembros de la expedición recorrieron las pocas millas que los separaban del túnel secreto.

Earl Stuart los guió a través del túnel.

Cuando salieron de él, los agentes de seguridad de Owen Meissner los estaban aguardando y allí se acabó todo.

Helen Sanderson había vivido los últimos tiempos con una esperanza que acababa de frustrarse.

Entonces se sentía singularmente apaciguada y casi relajada. Hacía dos semanas que se había enterado del fracaso de la expedición: ya no habría un niño para ella, a ningún precio. Cuando le comunicaron la tremenda noticia, sufrió una crisis de histeria.

Aquello había pasado ya; quizá la nueva medicina pudiera hacer algo, pero a lo mejor tampoco era eficaz. De todos modos, ya poco le importaba a Helen.

Larry le había dicho que podría aceptar uno de los niños criados en el Laboratorio, pero ella sabía que nunca lo aceptaría. Los niños del Laboratorio apenas llegaban a vivir un par de meses y aquello tenía que ser espantoso. Helen no quería ni imaginarlo: no podía pedirle a Larry que hiciera tal cosa; ya lo había molestado demasiado.

Todo le salía mal. Sentada en la pequeña cama de Bobby, la desgraciada madre contemplaba la habitación donde el pequeño había vivido, tratando de recordar a Bobby, las pocas veces que había jugado con sus juguetes; maquinalmente tocó el osito pardo que yacía junto a la almohada.

Helen se levantó y anduvo lentamente a través del piso silencioso. «¡Cuántas habitaciones —pensó— cuántas habitaciones vacías...!»

Entró en el estudio y puso en marcha el registrador. Con aquel aparato era posible grabar no sólo la voz, sino también la imagen del que dictaba. Sus manos pulsaron resueltamente las clavijas; miró directamente hacia el registrador y habló con una voz clara y firme: «Habla Helen Sanderson. Totalmente sana de cuerpo y de espíritu, hago uso esta noche de mi derecho de libre testamento. Asumo la total responsabilidad de mi decisión y de mi acto. Juro y afirmo que no he sufrido ninguna coacción mental ni física por parte de nadie». Hizo una pausa y prosiguió con estas palabras: «Yo era Helen Sanderson».

Paró el registrador, que había anotado automáticamente la hora y la fecha de la declaración.

Evidentemente se trataba de una pura formalidad, pero Helen no quería causarle la más mínima dificultad a Larry ante los órganos judiciales de la Ciudad.

Después de haber dictado sus postreras palabras, se deslizó a través del dormitorio sin luz y penetró en el cuarto de baño. Se fue directamente al armario de los medicamentos, lo abrió y tomó una cajita negra en la estantería superior. En la caja quedaban dos cápsulas rojas. Tomó una de ellas, la mezcló en un vaso con un poco de agua y se la bebió. Luego volvió a colocar cuidadosamente la cajita negra en la estantería.

Aún no sentía nada en absoluto. Sabía que no sentiría ningún dolor. Le habían dicho que sólo se notaba algo así como el deseo de dormir.

Helen regresó al dormitorio y se acostó. Se arrimó a su marido y lo besó, pero éste sólo se movió, sin llegar a despertarse.

—Adiós, Larry. Perdóname.

Helen cerró los ojos y esperó. La muerte no tardaría en llegar.

Alex Norfolk estaba sentado en su despacho, solitario y pensativo.

Se había pasado casi toda la vida solo y generalmente prefería su soledad. Pero aquella noche era diferente. Alex deseaba hablar con Earl Stuart. Evidentemente, no era posible. Hay cosas que incluso un director del Instituto de Ciencias no puede permitirse, y visitar a un condenado en la víspera de su castigo era una de ellas.

Earl Stuart seguía teniendo aún ciertos derechos. Pero al día siguiente habría dejado de ser Earl Stuart: sería alguien —o algo— totalmente diferente. Earl no querría pasarse su última noche hablando con Alex Norfolk.

Alex lo había colocado en el lugar que en ese momento ocupaba; de nada serviría criticar a la Dirección o a la policía, ni a la ironía del destino; de cualquier manera, Alex era el único que había impartido las órdenes; el único responsable era él.

Nunca podría explicarle las cosas a Earl Stuart. Aun cuando hubiese intentado que Earl lo comprendiera, las cosas habrían sido mucho peores para el joven. Aquello podía convertir su última noche en un infierno.

Todo estaba claro: Earl Stuart había nacido entre los salvajes. Alex lo había reconocido tan pronto como vio su retrato en la pantalla mural de la Jefatura de Seguridad. Aquellos pómulos altos y relucientes, aquellos ojos casi negros lo habían delatado. El cuidadoso examen del acta de nacimiento falsificada de Earl había confirmado lo que Alex ya sabía. Earl había sido raptado en las cuevas siendo niño; luego lo habían vendido a Graham Stuart. Y por una de aquellas ironías del destino, Earl se había pasado su vida adulta dando muerte a gentes de su propio pueblo, exterminando a sus hermanos y hermanas...

¿Quién podía decirle aquello a Earl?

Alex dejó apagar su pipa. Sintió un escalofrío y se arropó con su abrigo. Había perdido bastantes kilos; había descendido a 175 libras. Aquella noche se sentía viejo: viejo y cansado.

Alex continuó con sus pensamientos: resultaba difícil vivir en medio de la incertidumbre. Si solamente hubiese estado seguro de las cosas... Pero nunca lo lograría. El discurso del hombre civilizado era incierto; no había respuestas definitivas, ninguna libertad que arrancara de la duda, ningún camino que condujera al Olimpo. Earl Stuart había estado seguro, pero había sido malvado, trágicamente malvado. Los salvajes, que seguían vagando por los desiertos con sus lanzas y sus piedras, estaban seguros...

Alex seguía pensando. ¿Acaso se había olvidado algo?

Analizar el problema era para él lo mismo que caminar por una antigua calle, desde siempre conocida y familiar. Alex Norfolk había recorrido aquella calle tantas y tantas veces que ya no tenía ninguna sorpresa para él.

Sin embargo, Alex no dejaba de ser anticuado en ciertos aspectos. Así, no cejaba hasta lograr o por lo menos intentar descargarse de las responsabilidades sobre otro cualquiera.

El problema fundamental podía resumirse bastante sucintamente: el animal humano corría rápidamente hacia su extinción. Las cosas realmente no podían ser más sencillas. Al igual que en la mayoría de los sencillos problemas humanos —el amor, el odio, la guerra—, la solución no era simple.

Durante mucho tiempo, el problema parecía no tener absolutamente ninguna solución.

Todo había acontecido como una tremenda sorpresa, como una especie de puntapié en el trasero. Durante siglos, el hombre había operado con tres hipótesis fundamentales. Estaba tan seguro de ellas que ni siquiera se había detenido a reflexionar acerca de las mismas; las había asumido como algo que se da por descontado y había seguido alegremente su camino. El hombre pensaba que el problema inmediato que se le planteaba era únicamente el de la superpoblación. Los sabios preguntaban: ¿cómo y dónde van a vivir las gentes en un planeta tan densamente poblado? El hombre había creído que la tecnología ayudaría a solventar el problema. Si no había bastantes alimentos en la Tierra, el hombre podría sacar las riquezas del fondo de los mares o colonizar los otros planetas. Y

llegaría un día en el que el hombre haría surgir algo mejor: el Superhombre con su voluminoso cerebro, ya estaba a la vuelta de la esquina, pronto iba a asomar... ¿Acaso no era lo que se hallaba al cabo de toda la evolución? El hombre se miraba en el espejo y llegaba a la conclusión que era muy fuerte y sagaz, naturalmente. ¿Acaso podía temer un fin mortal? ¿Iba a extinguirse la raza humana? No podía ser.

Aquellas tres hipótesis básicas del hombre habían ido a engrosar la pila de sus antecedentes históricos. En unos cuantos siglos, el hombre se había vuelto a encontrar en la misma situación en que se hallara al comienzo: era un animal relativamente raro. La tecnología había producido sus magias, pero como en todas las magias, el hombre se había visto esclavizado entre sus garras. Y el superhombre se había frustrado ineludiblemente, sin llegar ni tan sólo a ser un proyecto, puesto que no había aparecido por ninguna parte.

¿Cómo pudo ocurrir todo ello?

Alex Norfolk, con su larga vida, esperó llegar a saberlo un día. Naturalmente, existían ciertos indicios, algunas claves, que los del Instituto calificaban como teorías. Pero, en el mejor de los casos, no eran más que conjeturas, hipótesis ilustradas.

La respuesta —si acaso de veras la había— estaba escondida en los documentos históricos de la vida del planeta Tierra. La extinción del hombre era una parte de aquella historia, una parte muy importante. La extinción era tanto como un principio de evolución, de mutación o de selección natural o de supervivencia. Otra de las hipótesis alegres consistía en que el hombre estaba inmunizado contra la extinción, salvo la que pudiera provocar la explosión del sol o su propia falta de cuidado con las armas nucleares.

La extinción era un hecho válido en el caso de los dinosaurios.

Los pontífices de la ciencia siempre lo habían subrayado: los dinosaurios eran una especie demasiado específica; no eran como el hombre, el hombre maravilloso, generalizado, el hombre adaptable a todas las situaciones.

Bien, contemplemos el caso de los dinosaurios. Es un hecho que algunos de ellos pesaban hasta treinta y cinco toneladas, mientras que otros no eran mayores que un pollo. Algunos dinosaurios eran carnívoros, mientras que otros eran herbívoros. Algunos vivían en la tierra y otros vivían en el mar. Algunas especies llegaron a proliferar. Los dinosaurios habían vivido durante sesenta millones de años, y, sin embargo, no quedaba ninguno. ¿Por qué se habían extinguido? ¿Cuál era la causa de su desaparición: las enfermedades o bien los cambios atmosféricos? También existía la hipótesis de unos mamíferos parecidos a las ratas y aficionados a chupar los huevos...

Todo aquello era posible. Sin embargo, lo cierto es que nadie sabía concretamente lo que había sucedido con los dinosaurios.

¡Pobres dinosaurios! Sesenta millones de años no deja de ser un tiempo larguísimo. En cambio, el hombre había permanecido en el escenario durante menos de tres millones de años y esta duración era más bien exagerada para definir al hombre. El hombre era un animal verdaderamente joven. Su poder de resistencia no dejaba de ser hipotético.

Alex estaba cansado de atormentarse acerca de los dinosaurios. Los mamíferos eran mucho más interesantes y estaban mucho más cerca de nosotros.

La lista de los mamíferos desaparecidos era larga e impresionante; asimismo, muy enigmática y desconcertante. Aun dejando de lado las especies más tempranas, la lista seguía siendo muy sustanciosa: el mastodonte, el mamut, el tigre con dientes en forma de sable, el lobo cruel, y centenares y centenares de mamíferos... Todas las especies de antílopes y de conejos y de ratas, y de castores y de bisontes. A veces, uno se enfrentaba con unas peculiaridades realmente sorprendentes: los calípedes o perezosos que vivían en la superficie de la Tierra habían desaparecido, mientras que seguían viviendo los perezosos que vivían en los árboles. Los caballos desaparecían en el Nuevo Mundo y, en cambio,

sobrevivían en el Viejo Mundo. Ciertas especies de conejos se extinguían, mientras que otras especies, prácticamente idénticas, florecían.

Aproximándonos aún más a la especie humana, valía la pena contemplar los primates: antiguamente, los primates habían constituido un orden de mamíferos tan rico como variado. Los prosimios, los monos, sólo se conocían en su gran mayoría a partir de los fósiles.

Algunos, como el parapiteco, habían vivido largo tiempo. En cambio, algunas especies de simios, como el gorila, sólo habían vivido lo bastante como para ser fotografiados y estudiados. Muchos grupos y especies de monos habían conocido la luz del sol y luego, ¡puff!, habían desaparecido.

¿Quemados por el sol? Nadie lo sabía.

Continuemos acercándonos a la especie humana. Contemplemos el surgimiento y la evolución del hombre mismo: su árbol genealógico cuenta con un montón de ramas. El viejo hombre de Neanderthal era inteligente y lleno de inventiva. ¿Adónde se fue? El Sinántropo debía estar satisfecho de sí mismo hasta que también desapareció. Al Australopiteco y el Megántropo y todos los demás nombres tan difíciles de pronunciar, desaparecieron como fósiles.

¿Y el *Homo sapiens*, el autocoronado Rey del Mundo?

No hay duda que tuvo un arranque impresionante. Vivió durante casi toda su existencia como cazador y cosechador de frutas silvestres. Al comienzo, los hombres eran muy raros, pero fueron multiplicándose. El hombre llegó a poblar casi toda la Tierra: llegó hasta los desiertos y los glaciares, pobló las montañas y los llanos y las islas tropicales. Con la invención de la agricultura, se multiplicó muchísimo más velozmente. La Tierra registró una verdadera explosión demográfica, y el hombre se convirtió en un animal habitante de ciudades. Hasta llegar al día en que el hombre consiguió fabricar su primera bomba atómica; muchísimas generaciones humanas habían vivido sobre la Tierra a través de toda la historia conocida y desconocida.

Al comienzo, la Tierra albergó una gran diversidad de culturas humanas. Colectivamente, el hombre era mucho más que una idea y que una serie de características biológicas similares. En realidad, el hombre había sido hopi y cheyenne, azteca y ona, masai y zulú, polinesio y hombre de la selva y Arunta...

Más tarde, el hombre había cambiado. La vida moderna, el modo de vida urbano, industrializado y especializado, fue mucho más poderoso que todo lo demás. Mientras los unos se habían adaptado, los otros habían desaparecido. El hombre se internó en las ciudades y las ciudades salpicaron la Tierra.

El hombre parecía omnipotente. Había llegado hasta las estrellas... Y, sin embargo, increíblemente, inesperadamente, había fracasado.

Algo malo había acontecido; algo muy malo se había producido sin duda...

Al comienzo, las cosas habían transcurrido de un modo casi insignificante: las grandes familias habían desaparecido sin armar mucho ruido. Por entonces, mientras que en África y en otros puntos de la Tierra, existían hombres que tenían veinte hijos con tres o cuatro mujeres, en los pueblos civilizados o llamados tales, empezó a ser cosa normal que el hombre sólo tuviera dos hijos. ¡Estupendo, tanto mejor para los pequeños! Pues, ¿cómo podía un hombre enviar a veinte hijos a la escuela? Y así las escuelas y la enseñanza fueron durando veinte años, luego veinticinco y luego treinta años...

Muy pronto, el hecho de tener dos hijos fue volviéndose raro. Un chico bastaba. Ya no había tiempo para dos hijos.

Luego fue cada vez más difícil tener incluso un solo hijo. Los matrimonios estériles ya no eran cosa rara. Entonces entraron en acción todos los campos de la medicina y la biología, pero los hijos no llegaban al mundo...

Las ciudades ya no se podían reproducir.

¿Por qué motivo?

Alex Norfolk chupó largamente su pipa y movió la cabeza, ¿por qué?

Nadie lo sabía. Todo se reducía a unas conjeturas. Las conjeturas no costaban nada, cualquier idiota podía adelantar las suyas.

Es muy probable que las guerras atómicas hubieran contribuido a la extinción del ser humano al matar a millones y millones de hombres y borrar a tantas ciudades de la faz de la Tierra. Las explosiones nucleares habían dejado un cúmulo de mortíferas radiaciones y un montón de niños extrañamente anormales. Pero aquello había transcurrido hacía muchos siglos. Los doctores no lograban encontrar algo malo en el *Genus Homo*.

Los doctores afirmaban: «Está usted muy bien», y el paciente daba media vuelta y se marchaba tan contento...

Las píldoras para el control de los nacimientos también habían jugado su papel, según afirmaban algunos científicos. Se habían producido masivamente de una vez y la mayoría de las gentes se habían tragado un montón de ellas. Y las píldoras, pese a todas las bromas, habían hecho su labor, y a buen seguro que habían trabajado muy bien.

Entre todas las teorías, desde las más fantásticas a las más factibles, Alex Norfolk se inclinaba por las más sutiles. Existía según él una clara correlación entre la vida en las ciudades y ciertos tipos de enfermedades, tales como las enfermedades cardíacas, las úlceras, las depresiones nerviosas y las altas tensiones sanguíneas. Por último, incluso el cáncer podía vincularse a los citados factores.

El modo de vida que el hombre había creado era rápido, nervioso y tenso. Era una cultura de alta presión, una cultura de la que el hombre se había evadido ocasionalmente con miras a permanecer sano. Y a este respecto no había solución. El hombre arrastra su cultura con él. El juego se volvió más frenético que la propia obra...

Es posible que el hombre fuera un individuo de baja presión. El hombre se había evadido de un mundo de pequeñas unidades sociales, un mundo apacible y distante. Podríamos afirmar incluso, que era un mundo de ocio, donde el cazador pasa más tiempo sentado alrededor de la lumbre que cazando. Entonces había tiempo para contar historias, tiempo para bailar, tiempo para educar las cabezas vacías...

La tensión pudo afectar la fertilidad. La tensión pudo afectar a los niños. La tensión pudo maniar tan sólidamente al hombre que nunca logró evadirse de ella.

Sea como fuere —y nadie conocía la respuesta— el hombre dejó de procrear. Nacían muy pocos niños y entre los que hacían, raros eran los que llegaban a ser adultos.

Las grandes ciudades se contrajeron. Entonces ya no abundaban.

El hombre, que había cubierto la Tierra con su sombra, se había convertido nuevamente en un animal raro. Se volvía cada vez más escaso.

Existieron formas de vida —por ejemplo, la de los peches (especie de molusco)—, que parecían virtualmente inmortales. Sin embargo, el hombre no es ningún peche.

El hombre se enfrentaba con su extinción.

Lo había intentado todo para escapar a ella: había intentado llegar a otros planetas, pero sus colonias no habían sobrevivido. Los demás mundos del Sistema Solar no estaban adaptados para la vida humana y los restantes planetas y estrellas exteriores a aquél no podían ser alcanzados. El hombre estableció unas comunidades utópicas sobre la Tierra, al mismo tiempo que se producía un desesperado éxodo de las ciudades. El hombre trató de volver a la época dorada de la vida natural... Las comunidades utópicas no trabajaban nunca; eran infinitamente más artificiales que las ciudades y siempre las gentes se llevaban

su cultura consigo. El granjero que había vivido durante casi toda su existencia en la ciudad, ¿qué podía hacer en el campo...?

Los especialistas en genética criaban niños en los laboratorios a centenares y millares. Seleccionaban los embriones, los mejoraban: los niños eran hermosos, gordos y rebosantes de salud, pero no era posible criarlos en los laboratorios, y cuando eran entregados a los matrimonios sin hijos, vivían unos años y se morían.

Sólo quedaba una solución. Los científicos no podían salvar una cultura específica, no podían hacer un milagro. No podían salvar una ciudad, una civilización, un modo de vida. No podían salvar a sus amigos.

Tenían la posibilidad de salvar una especie. Eso era todo.

¿Era importante? Alex Norfolk sonrió. Era importante si uno llegaba a pertenecer a esa especie. Para él era muy importante.

Hacía ya más de doscientos años que el Instituto había seleccionado a millares de niños criados en los laboratorios. Los habían llevado lejos de las ciudades, a las zonas desiertas. Habían cuidado con mucho esmero a aquellos niños. Los habían criado de acuerdo con todas las normas científicas. Les habían enseñado únicamente las técnicas más sencillas de la supervivencia: cómo cazar, cómo pescar, cómo desenterrar las raíces comestibles y cosechar las frutas silvestres...

Algunos de aquellos niños habían vivido. Tan pronto como fueron capaces de valerse por sí mismos, cuando los de mayor edad alcanzaron los veinte años, los científicos los abandonaron a su suerte.

Los salvajes —pues eran tales— habían vivido. Más aún, se habían multiplicado. No eran muy numerosos; habían desarrollado un tipo físicamente diferente. Eran sucios, ignorantes y crueles; se los comían los piojos. Aquellos salvajes no tenían ninguna ciencia; su técnica era lamentable; sus chamanes eran ridículos.

Sin embargo, tenían algo que no poseían los hombres de la Ciudad: tenían un porvenir; tenían una oportunidad.

A lo mejor no la lograban; la senda que seguían era larga, y peligrosa. Pero el hombre había recorrido aquella senda anteriormente, tropezando con los mismos escollos. Podía volver a recorrerla.

No sería sin duda la misma senda, no podía ser exactamente la misma. El hombre incurriría en errores distintos, lograría éxitos diferentes. Su senda podía ser bastante diferente y podía también llegar a otra meta.

Si conseguía llegar tan lejos, los archivos tendrían que esperar. Tiempo tendría para contemplarlos.

Alex Norfolk volvió a cargar su pipa. Le hubiera ayudado sobremanera poder hablar con Earl Stuart. Este cumpliría pronto su condena. ¡Si hubiese podido explicarle las cosas...!

Las expediciones eran mortales, eran fatales. Algunos de los niños que habían raptado habrían podido sobrevivir en la ciudad, lo mismo que el propio Earl. Pero no bastante para marcar una diferencia realmente importante. Y cada salvaje muerto, cada niño raptado, disminuía las posibilidades de supervivencia de los salvajes.

Las expediciones robaban el futuro del hombre.

Aunque lo hubiese querido, la gente de la Ciudad no podía unirse a los salvajes. Aquello hubiese sido fantástico: ¡una horda de hombres civilizados corriendo hacia las cuevas!

El anciano siguió con sus pensamientos: ambos debían perecer. A lo mejor, a Earl Stuart lo dejaba sin cuidado. Él era lo que era. Sin embargo, hubiese podido aliviar el espíritu de Alex, quitarle algo del peso que lo abrumaba. Pero aquello era imposible.

Alex Norfolk se levantó, envolviéndose en su abrigo. Su trabajo estaba casi terminado. Ya era un anciano y Randall Wade estaba esperando para tomar la sucesión al frente del

Instituto. Lo más seguro era que el cargo terminase con Randy. Alex Norfolk se encogió de hombros. Las cosas habían dejado de incumbirle. Había hecho cuanto había podido. Salió del despacho, dirigiéndose hacia la Ciudad.

El jefe de la tribu de Little River estaba sentado en una roca, en la meseta que se extendía por encima de los acantilados donde se abrían las cuevas; el jefe estaba tomando un baño de sol: su pierna izquierda había sido alcanzada por un cascote de piedra durante la última incursión de la expedición capitaneada por Earl Stuart. El jefe advertía que el sol le sentaba bien en la pierna lastimada. Era de suma importancia para el jefe de la tribu caminar sin renquear.

Pues sabía muy bien que si no seguía fuerte y vigoroso dejaría de ser el jefe. Los miembros de su tribu dejarían de escuchar sus palabras, por muy sabias que fueran; escucharían a otro cualquiera y sería necesario nombrar a un nuevo jefe.

El jefe había tenido mucha suerte, pese a todo. La tribu había sufrido grandes pérdidas, pero las cosas hubieran podido ser muchísimo peores. Hubo un gran descontento entre su gente, pero afortunadamente los cinco niños habían reaparecido. Nadie sabía cómo, pero allí estaban de nuevo...

Aquello era muy extraño: los cinco niños habían sido raptados por los Hombres Fuertes. Se habían llevado a los niños, el jefe lo había visto con sus ojos. Y luego, a los pocos días, una buena mañana, los niños habían vuelto a aparecer. La tribu, despertada por los gritos y el llanto de los niños, había salido de las cuevas y allí mismo los habían encontrado...

Todo había transcurrido mágicamente. El jefe de la tribu no lo entendía, evidentemente, pero no le habían nombrado jefe para que entonces se mostrara estúpido. Aquello era tan extraordinario como provechoso para su influencia de jefe, de manera que más valía quedarse con la boca cerrada y no decir nada.

Si los espíritus ancestrales habían decidido ayudarle, tanto mejor; él trataría de aprovechar su ayuda lo mejor posible. Al jefe le hubiese gustado mucho que los espíritus ancestrales no estuvieran durmiendo cuando los raptadores se presentaran. Pero no siempre resulta fácil comunicarse con los espíritus ancestrales...

Lo más difícil había sido encontrar a las mujeres capaces de amamantar a los niños recuperados. No habría, con todo, suficiente leche para la totalidad de los niños. No habría más remedio que comerse algunos...

El jefe de la tribu dejó de pensar en el problema. Aún era pronto para tomar una decisión tajante; de todas maneras, el caso no era tan crucial. Ya nacerían más niños, y los unos vivirían mientras que los otros se morirían. Las cosas eran así y nada más.

El jefe se levantó de la roca y se fue hacia el borde de los acantilados. Desde su observatorio podía ver lo que sucedía en las inmediaciones de las cuevas. El jefe tuvo una sonrisa: sus centinelas estaban todos en sus puestos. Por mucho sol que hiciera, no se moverían de allí. El jefe podía estar tranquilo sobre ello. Mientras el recuerdo del rapto siguiera fresco en las mentes, permanecerían vigilantes. Es claro que al cabo del tiempo ya no se preocuparían tanto. Entonces, el jefe tendría que cuidarse de todo.

No podía ordenar nada a la tribu; lo único que podía hacer en su calidad de jefe era sugerir las cosas, pero si su pierna no se curaba, la situación se le iba a poner muy difícil...

De pronto, el jefe frunció el ceño: alguien parecía acercarse al arroyo que corría al pie de los acantilados. No, no era ningún espejismo: un hombre avanzaba hacia las cuevas, solitario. Los centinelas aún no lo habían divisado.

El jefe de la tribu se estremeció. Todos los cazadores se encontraban en sus cuevas; ninguna otra tribu acampaba por aquella zona; ningún miembro de la tribu de Little River podía caminar de aquella manera, solitario y sin lanza. Sin duda era uno de los Hombres Fuertes.

El jefe de la tribu no vaciló; llevándose las manos a la boca a modo de altavoz lanzó un grito de alarma hacia los centinelas. Agarró su lanza y corrió hacia la boca de la galería de emergencia sin acordarse de su pierna lastimada. El jefe sabía lo que debía hacer.

El Hombre Fuerte estaba solo. La tribu debía estar preparada.

Alex Norfolk entró en el arroyo y se detuvo de pronto. Iba envuelto en su abrigo y estaba cansadísimo. El camino desde el punto donde había aterrizado el deslizador aéreo había resultado mucho más penoso de lo que esperaba. El sol quemaba y la celeste inmensidad del cielo le daba vértigo.

El agua era tibia y agradable; se lavó con fruición el rostro sudoroso. La noche pasada, cuando volaba a bordo del deslizador estuvo pensando en su existencia, filosofando. Luego miró hacia la bóveda estrellada y se sintió reanimado. Pensó que había más de un camino para llegar a las estrellas.

En aquel momento estaba rendido; los ojos le dolían. Sabía perfectamente que lo que estaba realizando era una pura quijotada; pero también se le ocurrió que una de las mayores dificultades humanas con que se había venido tropezando era precisamente que el quijotismo ya no era tan frecuente entre los hombres.

Mas no era el momento de filosofar. Tras mucha reflexión, Alex Norfolk había tomado su decisión. Sólo deseaba que aquello acabara.

Tras atravesar el arroyo y encaramarse en la orilla opuesta, Alex Norfolk siguió caminando lenta, pero resueltamente por entre las altas hierbas. Frente a él podía divisar las bocas negras de las cuevas en los acantilados.

—¡Demonios! ¿Dónde se habrán metido? ¿Tendré que subir hasta arriba y llamar a la puerta?

Alex Norfolk siguió avanzando; el corazón le latía con fuerza.

¿Dónde estarían?

Avanzó un paso más, y otro, y otro...

¡Allí!

Silenciosas como sombras, las cabezas de los salvajes iban asomando alrededor de él por encima de las altas hierbas. Enseñaban los dientes, las lanzas prestas... Podía ver los piojos y las chinches corriendo por sus sucias cabelleras, podía oler el rancio hedor de sus cuerpos...

Alex Norfolk se detuvo en el acto, con los ojos muy abiertos.

Casi ni lo advirtió cuando las puntas de pedernal de las lanzas penetraron en su carne.

No puede decirse que Alex Norfolk muriera felizmente, pero su muerte fue mucho más provechosa que la de la mayoría.

FIN

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>